

Una introducción al

CAPITALISMO

Por: Emonn Butler

Traducido al español por Corporación LIDER lab
Impreso por: Especial Impresores
En Medellín, Colombia



Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2018 por
The Institute of Economic Affairs
2 Lord North Street
Westminster London SW1P 3LB
En colaboración con London Publishing Partnership Ltd

La misión del *Institute of Economic Affairs* es mejorar la comprensión de los aspectos fundamentales de las instituciones de una sociedad libre analizando y exponiendo el papel de los mercados en la solución de problemas económicos y sociales.

Copyright © The Institute of Economic Affairs 2018
Derecho moral del autor reservado

Todos los derechos reservados. Sin menoscabo de los derechos de autor arriba reservados, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en forma alguna por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, etc.) Sin previa autorización escrita, tanto del titular de los derechos de autor, como del editor de este libro.

Sobre Libertank

Libertank es una organización de la sociedad civil dedicada a mejorar Colombia, con el compromiso de dejarla mejor de cómo la encontró. Su principal enfoque es promover y cuidar el pilar de la prosperidad: la libertad. Busca transformar la mentalidad de los ciudadanos basado en la convicción de que el verdadero progreso y bienestar derivan de una sociedad más libre.

La organización se centra en dos áreas fundamentales: la transformación de la mentalidad y cultura para apreciar y valorar la libertad y la responsabilidad individual, y la implementación de programas educativos orientados hacia el éxito. Libertank desarrolla iniciativas dirigidas a diferentes segmentos de la población, incluyendo jóvenes, empresarios y trabajadores, con el objetivo de inspirar a los colombianos a adoptar un estilo de vida basado en la libertad y el éxito.

Índice

| | |
|--|-----|
| Sobre Libertank _____ | 3 |
| Prólogo _____ | 7 |
| El autor _____ | 12 |
| Introducción _____ | 13 |
| ¿Qué es el capitalismo? _____ | 17 |
| ¿Qué es el capital? _____ | 29 |
| ¿Cómo se crea el capital? _____ | 41 |
| ¿Por qué la estructura del capital es crucial? _____ | 51 |
| ¿Qué hace que el capitalismo funcione? _____ | 61 |
| La dimensión moral del capitalismo _____ | 73 |
| Breve historia del capitalismo _____ | 85 |
| Grandes pensadores sobre el capitalismo _____ | 97 |
| Críticos y críticas _____ | 109 |
| El futuro del capitalismo _____ | 121 |
| Lecturas adicionales sobre el capitalismo _____ | 133 |
| Acerca del IEA _____ | 141 |

Prólogo

El capitalismo es el motor de la prosperidad económica en la humanidad. Al repasar la historia de los países más exitosos del mundo, siempre encontramos que el capitalismo ha sido un componente fundamental en su despegue. Ninguna sociedad ha pasado de la miseria crónica de nuestra especie al desarrollo y la abundancia generalizada sin una importante presencia de capitalismo. El resultado de este sistema, allí donde predomina, ha sido la mayor creación de riqueza y la más impresionante disminución de la pobreza que se haya conocido en toda la historia humana.

En un mundo en el que la virtud de la honestidad estuviese más arraigada y difundida, la gran mayoría de académicos, intelectuales, profesores, líderes religiosos, periodistas, artistas, sindicalistas, empresarios, estudiantes, influenciadores en las redes sociales y hasta políticos deberían estar elogiando al único sistema que hace posible la protección efectiva de la propiedad privada, el respeto por la dignidad y la libertad personal, una justicia independiente, la erradicación de las hambrunas y la multiplicación de las oportunidades. Deberían estar exigiendo más capitalismo, no menos. No deberían estar diciendo que hay un exceso de capitalismo en el mundo, sino que es insuficiente. Deberían estar exaltando las bondades del único sistema económico conocido en la realidad que hace posible enriquecerse sirviendo al prójimo. En cambio, en los otros sistemas conocidos, buena parte de las grandes riquezas se acumulan forzando, saqueando o esclavizando a otras personas. Cuando hay verdadera libertad económica, la única forma de obtener ganancias es ofreciéndole a los consumidores un producto o un servicio que les mejore la vida, satisfaciendo sus deseos y necesidades.

Sin embargo, en el mundo prevalece la mentira y la propaganda anticapitalista. Como decía Jean François Revel: “hay una cosa moribunda en el mundo, que es la verdad”. En sinnúmero de libros, artículos de opinión, arengas sindicales, sermones

religiosos y especialmente discursos políticos se suele culpar al capitalismo de todas las desgracias de la humanidad. Se trata de una estafa ideológica promovida por enemigos de la libertad y de la civilización occidental sobre todo aunque no únicamente de izquierda, para tratar de ocultar los fracasos del estatismo socialista, adjudicándoselos al capitalismo. Los países que han aceptado plenamente este fraude ideológico, como Cuba, Venezuela, Nicaragua, Zimbabue o Corea del Norte, están sumidos en la pobreza y la opresión. En cambio, los que se han orientado hacia al capitalismo, como Suiza, Irlanda, Taiwán, Australia o Nueva Zelanda, se encuentran entre las sociedades que hoy disfrutan de mejor calidad de vida y de mayores oportunidades para sus habitantes.

Introducción al Capitalismo es un libro de combate contra esta campaña de desinformación. Es una verdadera caja de herramientas argumentativas o de munición intelectual para aclararnos un poco más las ideas, para no dejarnos confundir por los enemigos de la libertad y para que podamos dar, con convicción, sin miedo y con cada vez más acierto, rigor y precisión, la necesaria batalla cultural en defensa de la convivencia civilizada y en libertad. Su autor es el profesor Eamonn Butler, una de las figuras más destacadas, especialmente en el mundo anglosajón, de la defensa y la divulgación de las ideas de la libertad. Lo ha hecho, por ejemplo, escribiendo libros de referencia para el combate intelectual como *Fundamentos de la Sociedad Libre* o como *4000 años de controles de precios y salarios*, este último en coautoría con Robert Schuettinger. Desde hace más de cuatro décadas dirige el Adam Smith Institute, uno de los centros de estudios más influyentes del Reino Unido.

A lo largo de los doce capítulos de *Introducción al Capitalismo*, Butler derriba los principales argumentos y críticas contra este sistema, logrando explicar conceptos complejos de forma fácil y ampliamente comprensible. Empieza por poner las cartas sobre la mesa, reconociendo abiertamente su apoyo al capitalismo e incluso aporta, desde el principio, una síntesis muy clara del contenido del libro, junto a unas definiciones muy precisas sobre lo que es y lo que no es en realidad este sistema. No estamos ante un texto académico, de esos que tienen multitud de citas y

referencias, sino que se trata de una guía práctica y escrita en una prosa clara, amena y sencilla, aunque no por ello menos rigurosa y profunda, para abordar la discusión del capitalismo sobre la base de lo que realmente es y no de las caricaturas, la propaganda y los embustes que fabrican sus enemigos. Acierta en enfatizar la explicación de la dimensión moral del capitalismo, porque más que fallas económicas, a la libertad y al capitalismo se le achacan, más a menudo, supuestos defectos morales.

El orden económico capitalista presupone un orden moral previo. Es como una planta exótica que requiere de un ambiente muy especial y muy delicado para surgir, florecer, producir sus mejores frutos y perdurar en el largo plazo. Se trata de un entorno social, moral y cultural, sustentado en principios, valores, costumbres, tradiciones y virtudes, como la dignidad humana, la confianza, la empatía, la justicia, la paz social, el respeto por los proyectos de vida ajenos, el cumplimiento de la palabra y de los compromisos asumidos, la laboriosidad, la disciplina, la honestidad, el sometimiento a la ley, el Estado de derecho, la responsabilidad personal, la frugalidad, el ahorro, la solidaridad, el afecto y la unidad familiar, la visión de largo plazo, el respeto por las tradiciones y la protección del medio ambiente. Sin esto, el capitalismo se pervierte, se marchita y muere.

En consecuencia, decir que el capitalismo es salvaje, que en el libre mercado rige la ley del más fuerte y la inseguridad absoluta, especialmente para los más pobres y vulnerables, es una idea totalmente equivocada, aunque bastante extendida. El capitalismo no existe en la selva, sino en la civilización. No florece en contextos de tiranía, de robo, de trampa, de envidia, de desconfianza, de violencia o de abusos por parte de los poderosos, sino donde impera o predomina la libertad individual, la responsabilidad personal, la justicia, la sana competencia, la creatividad, la garantía del cumplimiento de los contratos y la protección efectiva de los derechos y de las propiedades.

Como bien dice Butler varias veces en el libro: “no se puede comparar legítimamente el socialismo ideal con el capitalismo real”. El capitalismo no fue diseñado ni creado deliberadamente por nadie, sino que es fruto de la evolución, del conocimiento

acumulado, de la interacción de millones de personas a lo largo de muchas generaciones. Este sistema no es perfecto, ni lo pretende ser, porque los seres humanos tampoco lo somos. El capitalismo no se origina en un ideal utópico o en modelo imaginario de altruismo universal abstracto, como el socialismo, sino que es la consecuencia práctica, siempre limitada e imperfecta, de la difícil adaptación a las circunstancias complejas y cambiantes de la realidad.

Todo esto lo explica y lo desarrolla brillantemente *Introducción al Capitalismo*, proporcionándole al lector, además, un excelente compendio de las ideas de los principales autores y defensores intelectuales del capitalismo, empezando, acertadamente, por los maestros y clérigos hispanos de la Escuela de Salamanca, como los padres Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Diego de Covarrubias o Juan de Mariana, entre los siglos XV y XVI, con sus ideas sobre la limitación del poder, de los impuestos y del gasto público que genera inflación y empobrece a las masas. También reflexionaron sobre la importancia de la propiedad privada, la subjetividad del valor, el carácter libre del precio justo, entre otros principios económicos que están en la base fundamental del capitalismo.

Luego, Butler destaca los argumentos de Adam Smith contra el mercantilismo de su época y sus aportes sobre los beneficios de la especialización, el intercambio y el libre comercio, que es la manera en que las comunidades consiguen mayor eficacia, desarrollo y armonía social. Esto lo complementa David Ricardo, con sus contribuciones sobre la ventaja comparativa y la eficiencia productiva. Más adelante, concurre la “Escuela Austríaca” con Ludwig von Mises y con Friedrich Hayek, quienes demostraron que el libre mercado capitalista genera un orden natural espontáneo muchísimo más armonioso y creador de bienestar que la planificación centralizada del socialismo. Posteriormente, menciona a Milton Friedman, con sus aportes sobre la importancia del dinero sano y sus reflexiones sobre los costos sociales de las regulaciones excesivas. También están las investigaciones de la Escuela de la Elección Pública de James Buchanan y Gordon Tullock, quienes cuestionaron el crecimiento de las burocracias estatales y del gasto público,

demostrando que las decisiones del gobierno implican costos perfectamente cuantificables, con intereses identificables de los servidores públicos y de los partidos políticos. Luego están las valiosas contribuciones de Gary Becker sobre la importancia del capital humano y las soluciones económicas o de mercado a problemas sociales. Más adelante comparece Israel Kirzner, con sus aportes sobre el papel del emprendimiento en captar vacíos y desajustes en el mercado y sobre el carácter dinámico de la función empresarial. Por último, Butler menciona los “valores burgueses”, que ha estudiado Deidre MacClosky, y que son esenciales para el desarrollo del capitalismo. Con este recorrido, Butler nos muestra que el sistema capitalista es, en suma, una corriente de pensamiento en constante evolución.

En el capítulo final, *Introducción al Capitalismo* propone una pequeña biblioteca para continuar por la senda de la reflexión y del debate sobre el capitalismo. Hay una interesante selección de libros introductorios hostiles a este sistema, contrarrestada luego por otra con textos introductorios favorables. De esta manera, logrará tener el lector una visión más completa sobre el capitalismo, el cual, bien entendido y practicado, no es el mundo mezquino, rapaz, desbocado, sin normas, sin alma, sin ética y sin valores morales que a menudo nos pintan sus detractores, sino que es un sistema inseparable de las instituciones, de las reglas de convivencia y de las virtudes humanas más exigentes y elevadas. Un sistema tan natural y tan necesario como la familia. El único que realmente nos permite avanzar en el camino hacia nuestra mejor versión.

Juan David García Vidal,
Director Académico de Libertank
Medellín, febrero de 2024.

El autor

Eamonn Butler es director del *Adam Smith Institute*, uno de los principales centros de pensamiento (*think tanks*) de políticas públicas en el mundo. Tiene títulos en economía y psicología, un doctorado en filosofía (PhD) y un (DLitt) doctorado honorífico en literatura. En la década de 1970, trabajó en Washington D. C. para la Cámara de Representantes de los Estados Unidos y enseñó filosofía en *Hillsdale College*, Michigan, antes de regresar al Reino Unido para contribuir a fundar el Adam Smith Institute. Es ganador de la medalla de la libertad otorgada por la *Freedom's Foundation* de Valley Forge y del *National Free Enterprise Award* del Reino Unido. Actualmente, es secretario de la *Mont Pelerin Society*.

Eamonn es autor de numerosos libros, incluyendo introducciones a economistas y pensadores pioneros como Adam Smith, Milton Friedman, F. A. Hayek, Ludwig von Mises y Ayn Rand. También ha publicado guías sobre el liberalismo clásico, la teoría de la elección pública, la Carta Magna, la Escuela Austriaca de Economía y grandes pensadores liberales, así como "*The Condensed Wealth of Nations*" y "*The Best Book on the Market*". Su obra *Fundamentos de una sociedad libre (Foundations of a Free Society)* ganó el Premio Fisher en 2014. Es coautor de *4.000 Años de Controles de Precios y Salarios*, y de una serie de libros sobre el coeficiente intelectual. Contribuye frecuentemente en medios de comunicación impresos, radiales, televisivos y de internet.

Introducción

¿De qué trata este libro?

Es difícil encontrar un libro que explique de manera simple y con objetividad qué es el capitalismo, cómo funciona y cuáles son sus fortalezas y sus debilidades.

La palabra ‘capitalismo’ fue acuñada como un término despectivo. Aún hoy, la mayoría de los libros sobre el tema siguen siendo hostiles al capitalismo o lo presentan con una imagen distorsionada y confusa. Tan común es esto que incluso los propios defensores del capitalismo tienen problemas para entender qué es y terminan luchando por minimizar la distorsión, en lugar de explicar la realidad.

Por lo tanto, resulta necesaria una guía breve que describa el capitalismo de manera clara y justa. Este es ese libro.

Lo que abarca el libro

Este libro derriba prejuicios y distorsiones, con el propósito de encontrar una mejor definición de lo que realmente es el capitalismo e, igual de importante, lo que no es, despojándolo del desorden con el que sus críticos lo han cargado, de modo que se pueda entender su esencia.

Además, identifica qué es el capital, qué formas toma, cómo y por qué surge, su propósito, su uso y sus efectos. Además, explora la naturaleza económica, social y moral del capitalismo, así como de las instituciones que lo sustentan.

El libro rastrea la historia del capitalismo, explica algunas de las ideas clave de quienes lo apoyan y examina las críticas de quienes no lo hacen. Proporciona una evaluación franca de las fortalezas y debilidades del capitalismo, así como de su futuro.

¿Para quién es este libro?

Este libro está escrito en un lenguaje sencillo y directo, libre de términos técnicos y complejos. No contiene notas al pie, ni glosarios académicos. Su objetivo es permitir que cualquiera entienda, realmente, de qué se trata el capitalismo y ayudar a aquellos que creen entenderlo a comprenderlo mejor.

El libro debería, ciertamente, ayudar a los estudiantes de colegios y universidades a lograr un mejor entendimiento del capitalismo y, teniendo en cuenta que la mayoría de los profesores universitarios siguen siendo hostiles a él, sugerir algunas preguntas agudas con las que los estudiantes puedan ponerlos a prueba.

También es un libro al alcance de personas fuera del ámbito académico, incluyendo empresarios, políticos y miembros del público en general interesados en ideas económicas y políticas, buscando una guía directa a través de las ideas y los argumentos.

El capitalismo y el autor

Pocos autores sobre el capitalismo reconocen sus sesgos o incluso son conscientes de que los tienen. Así, llevan a los lectores a sus propias interpretaciones equivocadas y les hacen creer que esas perspectivas son objetivas.

Reconozco abiertamente que respaldo el capitalismo, aunque no siempre estoy de acuerdo con su práctica actual. Me opongo a la noción de que el capitalismo sea intrínsecamente inmoral y antisocial. En mi opinión, el capitalismo ha sido gravemente alterado por la intervención política y, a menudo, se le acusa injustamente de sus consecuencias. Sin embargo, incluso en su forma alterada, el capitalismo ha logrado expandir la prosperidad en todo el mundo.

Por lo tanto, continúo apoyando el capitalismo, aunque soy consciente de las críticas dirigidas tanto a su teoría como a su

práctica. Al abordar estas críticas en este libro, mi objetivo es proporcionar un equilibrio en el debate y ofrecer al lector una explicación objetiva y equitativa de lo que realmente significa el capitalismo.

Cómo está estructurado este libro

El libro inicia intentando definir *qué es* y *qué no es* el capitalismo. Prosigue abordando la naturaleza del capital, su origen, su función y por qué es necesario, además de resaltar la importancia, a menudo ignorada, de cómo está organizado e interconectado en una comunidad.

Posteriormente, analiza los elementos necesarios para el funcionamiento del capitalismo, explorando aspectos como la propiedad, los incentivos, la competencia, los mercados, las instituciones y el papel del Estado. A continuación, examina las críticas morales al capitalismo, junto con su (más poco frecuente) visión y efectos morales positivos.

Después, sitúa al capitalismo en su contexto histórico, describiendo los sistemas económicos que dieron forma a sus ideales y principios, así como las intervenciones políticas que lo han distorsionado. El libro presenta, más adelante, de manera concisa, las ideas de algunos de los principales defensores intelectuales del capitalismo y responde a las críticas de sus opositores.

Finalmente, describe las fortalezas, debilidades, oportunidades y riesgos del capitalismo, proporcionándole al lector una breve lista de fuentes adicionales que aportan más información sobre este tema fascinante.

¿Qué es el capitalismo?

Realidad y conceptos erróneos

Independientemente de cómo lo definas, el capitalismo ha provocado un enorme aumento en la riqueza y en el nivel de vida de la humanidad. Hasta el inicio de la Revolución Industrial, en la década de 1760, la vida humana cambió poco. La mayoría de las personas trabajaban en la tierra con métodos que habían cambiado poco desde la época de los faraones. En 1800, como calcula la historiadora económica estadounidense, Deirdre McCloskey (1942-), el ingreso promedio del ciudadano mundial era entre \$1 y \$5 dólares al día. Ahora, el promedio es de casi \$50 dólares al día. Eso no incluye la enorme prosperidad que han logrado los países más capitalistas. Mientras que algunos de los países más anticapitalistas de la actualidad siguen atrapados en la pobreza de \$1-5 al día, los ingresos diarios promedio en Suiza, Australia, Canadá y el Reino Unido, superan ahora los \$90 dólares al día. Los ingresos en Estados Unidos promedian más de \$100 dólares al día, lo que hace que los estadounidenses actuales sean entre 20 y 100 veces más ricos que sus ancestros de 1800.

Este enorme aumento en la prosperidad no se ha limitado a unos pocos ricos. En los países capitalistas, cosas que una vez fueron lujos, como viviendas decentes, saneamiento básico, iluminación, calefacción, ropa de repuesto, viajes, ocio, entretenimiento y carne fresca, ahora son accesibles para todos. Las máquinas ahora eliminan el trabajo duro de la producción industrial y las tareas del hogar. La salud, la supervivencia infantil, la longevidad y la educación han mejorado notablemente.

La desaprobación del capitalismo

Aún incluso mientras se desarrollaba este ‘Gran Enriquecimiento’ (como lo llama McCloskey), la palabra capitalismo se convertía en un término despreciable. La palabra raíz *capital* se remonta a los años 1100, cuando el término latino *capitale* (de *caput*, que significa ‘cabeza’) se usaba para referirse a rebaños de ganado y, más tarde, para bienes o dinero. *Capitalista*, que significa, simplemente, propietario de capital, aparece en los años 1600. No obstante, para 1867, a pesar del enriquecimiento que la Revolución Industrial había traído, el pensador político alemán, Karl Marx (1818–83), despreciaba el ‘modo de producción capitalista’ – lo que hoy llamamos *capitalismo* – en su libro *Das Kapital (El Capital)*.

Fue un ataque enormemente exitoso, porque los polémicos escritos de Marx todavía dan forma al debate actual. Muchas personas siguen considerando que el capitalismo está sustentado en motivaciones antisociales o inmorales, como el egoísmo, la avaricia y la falta de preocupación por los demás. A menudo, el capitalismo, incluso, se define por tales motivaciones, con la presunción de que ningún bien social puede provenir de ellas. Sin embargo, se considera que el socialismo está basado en motivaciones bondadosas: altruismo, cooperación, armonía, con la presunción de que estos deben producir buenos resultados sociales.

Sin embargo, la conexión entre las motivaciones individuales y los resultados sociales no es tan sencilla. El filósofo y economista escocés, Adam Smith (1723–90), por ejemplo, mostró cómo el interés propio podría producir resultados sociales beneficiosos, mientras que la escritora ruso-estadounidense, Ayn Rand (1905–82), afirmó que el altruismo solo podría producir mal social. Es importante analizar las motivaciones que realmente inspiran a las personas en el capitalismo o en el socialismo y rastrear qué buenos o malos resultados sociales realmente producen.

Otro error común, o engaño, de los comentaristas del capitalismo es comparar la *realidad* del capitalismo con el *ideal* del socialismo, a menudo con la excusa de que 'el socialismo ideal nunca se ha probado en la práctica'. Entonces, el socialismo puede presentarse como puro y noble, mientras que el capitalismo es culpado de cada mal motivación, acción y resultado en la historia económica reciente. Pero comparar la teoría con la práctica es ilegítimo: la teoría debe ser comparada con la teoría, los resultados con los resultados. Los defensores del capitalismo dirían que gana en cualquiera de ambas pruebas comparativas.

Hay muchos otros mitos y malentendidos. Por ejemplo, se afirma que en el capitalismo solo unos pocos individuos poseen y controlan el capital. Falso: como mostrará el próximo capítulo, todos somos propietarios de capital en mayor o menor medida. También se dice que el capitalismo se trata de producción masiva, utilizando mano de obra asalariada, lo que luego desvía la discusión hacia temas de clase social y explotación. Falso nuevamente: la mayoría de los emprendimientos capitalistas son pequeñas compañías y comerciantes individuales. El capitalismo se identifica comúnmente con el lucro y los mercados. Sin embargo, estos también están presentes en otros sistemas. Se dice que el capitalismo significa monopolio y amiguismo. Pero, nuevamente, estas cosas no son exclusivas del capitalismo, sino que son promovidas por la intervención política en él.

Los problemas de definición

Por lo tanto, una definición más realista del capitalismo es necesaria. Necesitamos despejar dudas e identificar el concepto real.

La propia palabra *capitalismo* nos da una pista. Su primera parte se refiere al capital. La parte de *-ismo*, significa que se trata de un modo de vida muy extendido. (Uno podría llamarlo un *sistema*, excepto que 'sistema' sugiere algo más centralmente diseñado y gestionado de lo que en realidad sucede en el capitalismo). En

esencia, entonces, el capitalismo es un modo de vida que utiliza el capital.

La palabra *capital* representa un concepto, la idea abstracta de la totalidad de *bienes de capital* particulares. De la misma manera que usamos la palabra *animal* para describir una idea que representa la totalidad de los animales, como: halcones, mosquitos, tigres, arañas, lombrices de tierra y delfines particulares, también la idea abstracta de *capital*, en realidad, representa la totalidad de los bienes de capital particulares como: herramientas, máquinas y finanzas. Pero la idea no se limita a las grandes fábricas, los talleres y las cadenas de producción en masa de las empresas. Los bienes de capital están a nuestro alrededor, en cada hogar (lavadoras, aspiradoras), oficina (computadoras, teléfonos), tienda (cajas registradoras, vitrinas), teatro, escuela y hospital en el mundo desarrollado.

¿Por qué el uso del capital es un modo de vida? Porque los bienes de capital nos permiten aumentar la facilidad y eficiencia de producir las cosas que queremos. Por ejemplo, podemos producir mucho más pan con mucho menos trabajo manual utilizando maquinaria agrícola para sembrar y cosechar el trigo, y energía eléctrica para moler la harina y hornear los panes.

Asociaciones más amplias del capitalismo

Los economistas generalmente no incluyen la tierra o el trabajo como bienes de capital. Ven los bienes de capital no como recursos naturales, sino como recursos que alguien crea con el propósito de aumentar la productividad. Aunque los bienes de capital puedan comenzar siendo materias naturales como árboles y mineral de hierro, alguien tiene que convertirlos en palas y rastrillos.

Por lo tanto, los bienes de capital no son lo salvaje o lo desértico, donde las cosas no son propiedad de nadie. Para que haya bienes de capital, alguien tiene que invertir tiempo y energía en

crearlos. Es normal que aquellos que crean bienes de capital los consideren como su propiedad personal. Después de todo, su esfuerzo es una parte esencial de ese bien de capital, que no existiría sin él. El concepto de *capital*, por lo tanto, implica, o al menos sugiere fuertemente, la propiedad privada de los bienes de capital.

Esto no significa que el capital sea propiedad de solo unos pocos individuos ricos, los ‘capitalistas adinerados’ de la caricatura común. Al contrario, los bienes de capital pueden ser creados y poseídos por cualquier persona o por grupos de personas, como cooperativas o empresas. (Algunas personas incluso hablan de ‘capitalismo de Estado’, donde los gobiernos poseen y administran empresas, aunque esto parece en desacuerdo con el uso normal de la palabra *capitalismo*). Ciertamente, el capitalismo funciona mejor si los bienes de capital son de propiedad y control privados, ya sea por individuos o grupos muy unidos. Aunque la propiedad privada puede no ser exclusiva de (y quizás ni siquiera esencial para) el capitalismo, por lo tanto, normalmente se asocia muy fuertemente con el concepto.

El capitalismo también se asocia comúnmente con la distribución de bienes a través de mercados. Pero los mercados no son lo mismo que el capitalismo. El capitalismo se refiere a la *producción* de bienes económicos; los mercados se refieren a su *distribución*. Confundir ambos lleva a errores graves sobre qué es el capitalismo y cómo funciona.

Los mercados no son exclusivos del capitalismo: otros sistemas de producción también los utilizan. Tampoco los mercados son esenciales para el capitalismo: las cosas que produce podrían distribuirse de alguna otra manera, por decreto gubernamental, por ejemplo, o por lotería. Pero se debe encontrar *alguna* forma eficiente de distribución, aunque solo sea porque el capitalismo es muy eficaz en la producción de cosas: la enorme productividad hecha posible por el uso de bienes de capital especializados, permite a la gente producir grandes excedentes que luego

pueden comercializarse. Los mercados resultan ser medios de distribución muy eficientes, por lo que el capitalismo y los mercados generalmente van de la mano.

Cosas que no son esenciales para el capitalismo

Muchos escritores, influidos por Marx, suponen que el capitalismo se basa necesariamente en un sistema salarial. En su opinión, los empresarios capitalistas acumulan bienes de capital, como talleres y fábricas, y contratan legiones de trabajadores para operarlas. Esta visión del capitalismo proporciona a estos escritores el fundamento para contrastar los beneficios de los empresarios con los salarios de los trabajadores, que ven como la base de una división de clases fundamental en la que los trabajadores son explotados por los capitalistas.

Esta visión es errónea. El capitalismo no implica necesariamente un sistema de salarios ni división de clases. Los comerciantes individuales que no emplean a nadie, igual, adquieren bienes de capital: un alfarero invierte en una rueda y un horno, un tendero en una caja registradora, un consultor en computadoras y teléfonos. Incluso es posible imaginar una producción a mayor escala que sea operada completamente por máquinas: de hecho, los fabricantes de automóviles, los vendedores minoristas de Internet, los operadores financieros y otros utilizan cada vez más robots para entregar sus productos. Y, de hecho, las sociedades capitalistas están entre los países más abiertos, con mayor movilidad social y con menor división de clases socioeconómicas en el mundo.

Tampoco el *monopolio* es una parte inevitable del capitalismo. Marx pensó que debido a las economías de escala, las empresas capitalistas inevitablemente crecerían hasta convertirse en enormes monopolios. Pero en realidad también existen *deseconomías* de escala: las grandes empresas son mucho más difíciles de gestionar y mucho más lentas para adaptarse a los cambios tanto en la tecnología como en la demanda del

consumidor, brindándole oportunidades a competidores más pequeños y ágiles para quitarles negocios. Es cierto que los productores pueden y, a menudo intentan, usar la influencia política para manipular los mercados a su favor, pero esto es completamente contrario al concepto de capitalismo, no es esencial para él. En un capitalismo genuino, la única manera de hacer crecer una empresa es proporcionar bienes y servicios que la gente esté dispuesta a comprar. Y, con las tecnologías y los gustos de los consumidores cambiando tan rápido, eso hace que sea muy difícil para cualquiera mantener un monopolio.

Cosas que no son exclusivas del capitalismo

Hay varias cosas que los críticos consideran como no solo esenciales sino exclusivas del capitalismo, pero que en realidad no lo son. Esta es otra confusión o engaño que daña la reputación del capitalismo.

Por ejemplo, con frecuencia se dice que el capitalismo solo tiene que ver con el lucro, y se asume que es algo malo. Ambas visiones son falsas. Obtener lucro simplemente significa obtener un mayor valor del invertido en las cosas. Ahora bien, los beneficios no son solo en dinero. En cada dimensión de nuestras vidas buscamos beneficios no-financieros. Si llevamos a cabo un arduo ascenso a la cima de una montaña, somos recompensados con una vista maravillosa. Si asistimos a una conferencia y aprendemos cosas de gran interés, consideramos que hemos obtenido beneficio del esfuerzo. En cualquier sistema económico, capitalista o de otro tipo, las personas esperan obtener beneficios similares en valor. De hecho, la actividad económica que involucra insumos de tiempo, energía, recursos y riesgo sería inútil si valoráramos menos los bienes que produce que los insumos que gastamos en producirlos.

Ni siquiera el capital es exclusivo del capitalismo. Otras formas de producción también utilizan bienes de capital. Desde las herramientas manuales de la comunidad de la aldea más primitiva

hasta los talleres y fábricas de la economía socialista más avanzada, los bienes de capital se crean y utilizan para facilitar y hacer más efectiva la producción.

La competencia - mencionada a menudo por los críticos del capitalismo, para efectos polémicos, como “competencia despiadada” - tampoco es exclusiva del capitalismo. Otros sistemas emplean la competencia por recompensas (por ejemplo, recompensas financieras, políticas u honoríficas) como formas de estimular a las personas para que sean más trabajadoras, productivas, honestas o innovadoras.

El amiguismo no es parte esencial del concepto de capitalismo y, ciertamente, no es exclusivo de él. Los principios del capitalismo no implican una alianza indebida de propietarios de capital y políticos para explotar a otros. De hecho, los principios del capitalismo limitan el poder del Estado a la protección de los individuos contra la coerción y el robo, ya sea por parte de otros individuos o del Estado y sus amiguetes. En realidad, hay muchas más oportunidades para el amiguismo en regímenes socialistas en los que el Estado tiene que ser grande y poderoso para administrar los asuntos colectivos y, por lo tanto, hay más poder estatal para ser abusado a través de políticos y funcionarios corruptos.

La explotación no es parte del capitalismo. El capitalismo ofrece sus beneficios por medio del intercambio voluntario, no forzando a la gente a comprar, producir o consumir ciertas cosas. La gente no está forzada a trabajar por un salario para un empleador: pueden trabajar por sí mismos; las empresas no están obligadas a producir lo que el Estado exige; los individuos tienen la elección sobre lo que compran y lo que no. Y dado que el intercambio en el capitalismo es voluntario, solo ocurre donde ambas partes se benefician. Al igual que los niños que intercambian láminas de fútbol, un intercambio voluntario permite que cada parte quede con algo que valora más que aquello a lo que renuncia: a menos que ambos vean beneficio en el intercambio, el comercio nunca se realizaría. Lo mismo

ocurre en el capitalismo: para prosperar, los productores tienen que crear bienes y servicios que los clientes valoren más que el dinero que entregan a cambio de ellos; para encontrar un empleo que valga la pena, los trabajadores deben valorar sus ganancias más que el tiempo y el esfuerzo que entregan. Tales intercambios voluntarios no explotan a las personas, sino que las benefician.

Por último, *la codicia* no es exclusiva del capitalismo; existe en todos los sistemas económicos y en todos los ámbitos de la vida. El capitalismo, ciertamente, se basa en el interés propio, que es una característica humana natural: si no tuviéramos en cuenta nuestros propios intereses, no sobreviviríamos mucho tiempo. Pero el capitalismo castiga la codicia. Las personas libres simplemente tienden a no hacer negocios con productores que consideran deshonestos, poco confiables o demasiado centrados en sí mismos y muy poco en sus clientes. En una economía competitiva, hay muchos otros proveedores a los que pueden acudir. Por eso no necesitamos leyes 'anti-codicia' para evitar que los cafés cobren más de la cuenta: si lo hicieran, sus clientes pronto los abandonarían. De hecho, el capitalismo es cooperativo: todos nos beneficiamos de la colaboración que se lleva a cabo por medio del comercio honesto; y todos queremos vivir en un mundo en el que las personas hagan acuerdos y negocios de manera justa.

Definiendo el capitalismo

¿Cómo definir, entonces, el capitalismo? En esencia, es una forma general de vida económica en la que las personas crean y utilizan bienes de capital con el fin de producir de la forma más eficiente posible los bienes y servicios que ellos y otros desean.

Más allá de esta definición básica, el capitalismo también se asocia con otras cosas que pueden no ser exclusivas de él o de su esencia. Por ejemplo, se asocia con la propiedad de bienes por parte de individuos y grupos privados. Los derechos de propiedad – las reglas sobre cómo se puede adquirir, proteger,

usar, disponer, gozar o ceder la propiedad – son importantes para el capitalismo, porque permiten a las personas crear y emplear bienes productivos con confianza.

El capitalismo también se asocia con el intercambio de mercado. Otras formas de distribución de bienes económicos son posibles, pero el intercambio de mercado proporciona una forma eficiente de distribuir la gran abundancia que los productores (también altamente eficientes) del capitalismo pueden crear. Además, los precios de mercado alertan a los productores sobre las preferencias de los clientes, ayudándoles a enfocar su capital en satisfacer esas preferencias de la manera más eficiente posible.

El capitalismo suele verse como una forma de vida económica, sobre la creación y distribución de bienes económicos, no sobre resultados morales o sociales. Sin embargo, de hecho, es un sistema social, sobre la interacción humana en muchos niveles.

Además, es un sistema altamente moral. Las relaciones humanas en el capitalismo no son forzadas, sino voluntarias. Las personas invierten, crean, suministran, venden y compran cosas de acuerdo con su elección. Ningún gobierno ordena sus acciones: las decisiones son suyas. De hecho, el único papel del poder ejercido por el Estado es asegurar que los individuos no sean forzados, robados, defraudados o de otra manera violentados o abusados. El capitalismo no se basa en imposiciones o en órdenes autoritarias, sino en el Estado de Derecho, en el que reglas generales (como acuerdos voluntarios honestos, respeto a los contratos y rechazo a la violencia) se aplican a todos, incluidas las autoridades gubernamentales.

Sin embargo, como un juego que también se desarrolla siguiendo reglas, el capitalismo no garantiza ningún resultado específico. No se le puede culpar por los crímenes, locuras o infortunios de la humanidad. No promete sabiduría ni igualdad. Ni siquiera promete enriquecer a todos (aunque de hecho lo hace). Pero lo que el capitalismo sí promete es impulsar la productividad económica,

¿Qué es el capitalismo?

y hacerlo de formas que mantengan las oportunidades abiertas para todos, con un trato igualitario y justo para las personas, y con rechazo del fraude, la coerción y la violencia.

¿Qué es el capital?

El concepto de capital

El capital, como hemos visto, es una idea abstracta, similar al concepto de *animal*. Pero, mientras que la mayoría de las personas pueden reconocer algo como un animal cuando lo ven, pocas personas realmente entienden qué es el capital, incluso aquellos que lo poseen y lo usan.

De nuevo, muchas personas imaginan el capital en términos de enormes fábricas, edificios, grúas, prensas de metal y fondos financieros, lo que refuerza la idea de que el capital es propiedad de unos pocos ricos. Pero la realidad es que los bienes de capital son poseídos y utilizados por casi todos en los países desarrollados y benefician a otros. Incluso, se podría decir que los bienes de capital son democráticos.

El propósito del capital

En primer lugar, vale la pena preguntar por qué existe el capital. La respuesta es que creamos bienes de capital para ayudarnos a producir de manera más eficiente los muchos bienes y servicios que necesitamos y deseamos. Nos permiten producir ropa, alimentos, vivienda, iluminación, calefacción, medicinas, educación, juguetes, transporte, comunicaciones, arte, entretenimiento y todo lo demás que queremos de manera más barata y más eficiente de lo que podríamos sin ellos.

Es importante recordar que la única razón por la que producimos cosas es porque queremos disfrutarlas. Como dijo el economista escocés, Adam Smith (1723-90), “El consumo es el único fin y propósito de toda producción”. Sin embargo, muchos críticos del capitalismo se centran en cómo debería reestructurarse la producción, sin pensar mucho en *por qué* producimos

cosas en primer lugar o *qué* queremos producir. Pero nuestro tiempo, esfuerzo y energía mental son demasiado valiosos para desperdiciarlos. Necesitamos centrarnos en producir cosas que necesitamos o queremos y en producirlas lo más rápido, fácil y barato que podamos.

Cómo el capital impulsa la productividad

Creamos y usamos capital porque nos hace más productivos. Por ejemplo, usando barcos, sedales y redes, podemos capturar muchos más peces de los que podríamos con nuestras propias manos. Usando tractores y cosechadoras, podemos cultivar la tierra y producir más alimentos, con mucho menos esfuerzo. Usando telares mecánicos, podemos convertir más algodón en más ropa más rápidamente y más barato. Usando camiones, podemos distribuir rápida y fácilmente estos productos donde más se necesitan.

De hecho, los bienes de capital pueden proporcionar mejoras asombrosas en la productividad, permitiéndonos producir cosas en mucha mayor cantidad o calidad y a un costo mucho menor. El autor británico, Matt Ridley (1958-), calcula que las luces eléctricas de la actualidad proporcionan iluminación 43.200 veces más barata que las velas de 1800, mientras que la producción agrícola es 600 veces mayor que en 1900. Cuando los libros tenían que ser escritos a mano por escribas, solo unos pocos ricos podían permitírselos; las imprentas ahora los producen por millones, con aún más descargados en línea. La ropa de algodón también era un lujo; pero los telares mecánicos de la Revolución Industrial la hicieron cien veces más barata y disponible para personas de todo el mundo. Los relojes de pulsera que salen de las líneas de producción de hoy son más delgados, más precisos y a una milésima parte del costo de los relojes de bolsillo hechos a mano en el siglo XIX.

Los bienes de capital, incluso, nos permiten crear cosas que serían imposibles sin ellos. Los europeos y estadounidenses

de hoy disfrutan de mangos frescos, ya no encurtidos o preservados en vinagre, gracias al transporte refrigerado y aéreo. Usando nuestros teléfonos inteligentes, podemos hacer negocios con personas al otro lado del mundo, hablar con amigos en movimiento o descargar una vasta biblioteca de noticias, información y entretenimiento, las orquestas sinfónicas del mundo en tu bolsillo. La nanotecnología nos permite producir células solares muy pequeñas para ser vistas, la desinfección UV que usa energía lumínica para matar gérmenes y las telas que se estiran hasta quince veces su tamaño original.

Además de darnos bienes y servicios nuevos, más baratos, mejores y más abundantes para consumir directamente, los bienes de capital también mejoran los insumos que hacemos y usamos en el proceso de crear estas cosas. Por ejemplo, las máquinas nos permiten extraer el mineral de hierro y laminar el acero que usamos para hacer autos o lavadoras, o para producir el vidrio que usamos para hacer frascos de almacenamiento para nuestra comida, o para crear el cloro que usamos para hacer el poliuretano que a su vez usamos para hacer zapatos, camas, marcos de ventanas y canoas.

Nociones tradicionales de capital

Bienes físicos. La mayoría de las personas piensan en los bienes de capital como bienes físicos, por ejemplo herramientas, máquinas industriales, barcos, fábricas, u oficinas, computadoras y camiones de reparto. Tales bienes aumentan claramente nuestra productividad, al permitirnos hacer y entregar cosas más rápido, más fácilmente y en mayor cantidad de lo que podríamos sin ellos. Esto es bastante elemental.

Ahora bien, a menudo se pasa por alto que los *mercados* de bienes de capital aumentan, aún más, la productividad de estos (y otros) bienes de capital. Los mercados de bienes nuevos y de segunda mano llevan a las máquinas, barcos, vehículos, equipos e incluso a los edificios hacia sus usos de mayor valor.

Supongamos, por ejemplo, que las mejoras en la tecnología de baterías hacen que muchos productores comiencen a comprar más camiones eléctricos y menos de diésel para usar en sus flotas de entrega, porque son más baratos, más confiables, silenciosos y limpios. Ese cambio envía una señal de mercado a los fabricantes de camiones en el sentido de que se deben reajustar, adaptando sus líneas de producción, para satisfacer la nueva demanda e incorporar motores eléctricos en lugar de diésel. A su vez, sus proveedores encontrarán que venden menos motores diésel y cambiarán sus líneas de producción para fabricar productos que se vendan más. Los viejos camiones y motores diésel, mientras tanto, serán desechados para que el metal pueda ser utilizado en usos más productivos, o se venderán baratos en mercados de segunda mano a clientes que aún los necesiten. De esta manera, los bienes de capital viejos y nuevos se dirigen, automáticamente, a sus usos más productivos.

Capital financiero. Otra forma común de capital es el financiero. Los administradores de fondos, por ejemplo, toman prestado dinero que los bancos recogen de los ahorradores y lo usan para invertir en empresas de negocios que necesitan dinero para iniciar o expandirse. Para esas empresas, las finanzas son un bien de capital como cualquier otro, que les permite comprar el equipo que necesitan para producir cosas de manera eficiente o expandir su producción para satisfacer las demandas de sus clientes.

Las empresas de negocios que tienen más éxito en satisfacer la demanda generarán más ingresos de clientes satisfechos que aquellas que son menos exitosas: por lo tanto, pueden ofrecer a los inversores un mejor retorno y atraer más capital financiero a sus compañías. Por lo tanto, como con el capital físico, el mercado de capital financiero dirige rápidamente los fondos a sus usos más productivos.

A menudo se cree que el capital financiero, más que cualquier otro tipo de capital, debe ser propiedad de unos pocos ricos.

Esto es un error: los inversores finales en los fondos, que a su vez invierten en empresas de negocios, son principalmente personas del común, ahorrando dinero para un 'día lluvioso' (momentos difíciles) o para mejorar los ingresos de su jubilación. Estos son los verdaderos 'capitalistas'.

Infraestructura. La infraestructura, como carreteras, puentes y puertos, son bienes que mejoran la productividad al hacer el comercio más fácil y barato, aunque son una forma extraña de capital, siendo generalmente propiedad de estados, en lugar de individuos y grupos privados. Esto permite a los críticos del capitalismo argumentar que las empresas, supuestamente 'capitalistas', en realidad dependen en gran medida del Estado. Pero esto es olvidar que muchas carreteras, redes ferroviarias y puertos fueron creados originalmente por inversionistas privados o por las gestiones particulares de ciudadanos interesados, el resto siendo pagado con los impuestos de individuos y de empresas de negocios privadas. Así que incluso la infraestructura 'pública' se construye sobre la riqueza privada.

La forma más importante de capital

Tan importantes como parecen, ninguna de estas formas de capital es tan importante como la que cada uno de nosotros posee: nuestro capital humano.

El economista estadounidense, Gary Becker (1930–2014), no acuñó la frase 'capital humano', pero trabajó extensamente en la idea. El capital humano es todo el conocimiento y las cualidades personales que hacen a los individuos más productivos. Incluye nuestra educación y habilidades, pero también cualidades como la diligencia e incluso la buena salud. Invertimos en ello para hacernos aún más productivos, tal como invertimos en otros bienes de capital.

En consecuencia, asistimos a escuelas, colegios y cursos de formación para aprender las habilidades sociales y prácticas

que necesitamos para ser productivos. Lo que más podría importarnos es nuestro potencial de ganancias, pero si somos más productivos, generalmente podemos ganar más. Los empleadores invierten tiempo y dinero en capacitar a los nuevos empleados sobre el manejo de sus máquinas y sistemas de información. Las familias enseñan a sus hijos autodisciplina, honestidad, fiabilidad, puntualidad y otros valores que mejoran de manera similar sus perspectivas en el trabajo y los negocios. Al invertir en nuestra salud y en nuestro estado físico, podemos permanecer productivos por más tiempo.

Una vez más, hay mercados para ayudarnos a maximizar nuestro potencial productivo. Incluyen colegios en los que podemos obtener competencias, cursos en los que podemos desarrollar nuestras habilidades, agencias de empleo que conectan nuestras habilidades y cualidades personales con los trabajos para los que somos más adecuados, clubes de *fitness* o de acondicionamiento físico que nos ayudan a mantenernos saludables, clínicas y centros de rehabilitación para restaurar nuestra salud mental y física.

Los economistas tradicionalmente ven el trabajo, junto con la tierra, como algo diferente del capital, pero la idea del capital humano hace que esta división parezca demasiado estricta. El capital humano hace que el trabajo sea más productivo, al igual que las herramientas y los equipos. De hecho, probablemente es más importante para la productividad que todas las demás formas de capital juntas. Aunque el capital, en general, es más ampliamente poseído de lo que la gente imagina, el hecho es que todos poseen capital humano, y la mayoría de las personas y familias invierten mucho en él. Los éxitos de los inmigrantes que construyen negocios exitosos desde cero, como Astor, Carnegie o los fundadores de Procter & Gamble, Kraft y DuPont, testifican la importancia de la educación, las habilidades y las cualidades personales, como el enfoque y la diligencia. Lo mismo ocurre con la riqueza de Hong Kong, Macao o Singapur: lugares pequeños con pocos recursos naturales, pero con fuertes valores y ética laboral en sus poblaciones.

Aun así, el capital humano necesita las condiciones adecuadas para florecer. Necesita que las personas sean libres para invertir en sí mismas y en sus familias, y que su derecho a disfrutar de los frutos de esa inversión sea respetado.

Infraestructura de sistemas

La forma en la que se utilizan los bienes de capital es una parte importante de su beneficio. Los empleados del pionero de la fabricación de automóviles, Henry Ford (1863–1947), usaban prácticamente los mismos martillos, llaves inglesas o polipastos que cualquier otro; pero él organizó este capital en una cadena montaje que hizo la fabricación de automóviles mucho más productiva que cualquier otra antes de ella. Contar con el *sistema* adecuado es un activo de capital importante.

Redes. Redes telefónicas, cadenas de suministro y sistemas de distribución son otras formas de este ‘capital organizacional’, aumentando la eficiencia de las comunicaciones y la distribución. Redes de información, como Internet, la televisión interactiva y el correo electrónico, también aumentan nuestra productividad: además de facilitar la producción y el intercambio, promueven la difusión de ideas, fomentando la innovación y el descubrimiento de nuevas y mejores técnicas productivas. También hacen posible formas de trabajo más eficientes, como aplicaciones de la ‘economía colaborativa’ que conectan a familias con niñeras, a viajeros con conductores y a propietarios de viviendas con aquellos que buscan lugares para alojarse.

Mercados. El sistema de mercado no es lo mismo que el capitalismo. Pero los mercados individuales, ya sea de bienes, servicios, finanzas o mano de obra, son, aunque es discutible, una forma de capital. No son solo un medio de distribución de bienes y servicios, sino un acuerdo productivo por su propia naturaleza.

Al igual que otras formas de capital, los mercados requieren inversión tanto para desarrollar y controlar las reglas necesarias

que permiten que sigan operando, como para mantener las comunicaciones y otros sistemas de los que dependen compradores, vendedores e intermediarios.

De la misma manera, los mercados aumentan la productividad al difundir información sobre excedentes y escasez. Si, por ejemplo, un programa de televisión popular hace que muchas más personas quieran visitar el lugar donde se filmó, los operadores turísticos descubren que pueden cobrar precios más altos para llevar a las personas allí. Programarán más vuelos, trenes o autobuses a esa ubicación, quitándolos de destinos menos rentables. Además, el aumento en el número de visitantes permitirá a los restaurantes y cafeterías locales aumentar los precios, estimulando a la apertura de nuevos establecimientos de comercio; mientras que las personas locales descubrirán que pueden ganar más como camareros que en otros tipos de trabajo. A través de señales de precios como estas, la producción y el capital se dirigen, de manera eficiente y automática, hacia sus usos de mayor valor.

De hecho, los precios de mercado coordinan las actividades de innumerables individuos en todo el planeta. En 1776, Adam Smith habló del vasto número de personas involucradas en la producción de un simple abrigo de lana: pastores, hilanderos, tejedores, tintoreros, comerciantes, marineros, constructores de barcos, fabricantes de herramientas y muchos más. Pero ninguno de estos individuos tiene la intención de producir un abrigo particular para un cliente en particular: simplemente responden a los precios del mercado, que señalan dónde se aplica mejor su esfuerzo. Y si los requerimientos del cliente (o, por esa razón, la tecnología de producción) cambian, los precios cambiarán y nuevas señales se propagarán por toda la red, impulsando a todos los involucrados a adaptarse a la nueva realidad.

A través de tal coordinación dinámica, los mercados aumentan la productividad de cada productor y de cada bien de capital que tocan. Recompensan a los productores de alto valor y a los planificadores reflexivos, e instan a los productores menos

efectivos a reorientar sus esfuerzos. Al hacerlo, también conservan recursos: después de todo, nadie quiere desperdiciar su tiempo, esfuerzo o capital si podría usarse mejor en algo distinto.

Capital jurídico y cultural

Justicia. El capitalismo se basa en acciones e interacciones voluntarias. Pero tal arreglo solo funciona si las personas pueden actuar e interactuar libremente y hacer planes e inversiones con confianza. Por lo tanto, el capitalismo requiere un sistema de justicia que asegure que las personas no sean sometidas a violencia, robo o fraude, que se respeten las promesas contractuales y que se respeten los derechos y libertades individuales.

Al igual que los mercados, el sistema de justicia también tiene las características de un activo de capital. Invertimos mucho en él (legislación, policía, tribunales, prisiones, etc.). Es relativamente duradero y nos hace más productivos al promover la confianza, asegurando así que el capitalismo funcione sin problemas.

Hay muchos componentes en este activo. Uno, por ejemplo, es el derecho consuetudinario anglosajón (*common law*), en el que los conflictos se resuelven en los tribunales, los cuales establecen las normas aceptables de comportamiento comercial. Otro componente es el *Estado de derecho*, en el cual la justicia debe respetar el debido proceso, y las autoridades están sometidas a la ley, al igual que el resto de nosotros. Adicionalmente, está el componente relacionado con las reglas de la democracia y la representación, con restricciones constitucionales sobre el uso del poder gubernamental. Todos estos componentes fomentan la confianza, la certeza y la seguridad, facilitando así la planificación a futuro, la inversión y los negocios en el mercado. De esta manera, la justicia se convierte en un activo de capital que aumenta nuestra productividad.

Derechos de propiedad. Las personas tienen más probabilidades de hacer inversiones y de crear bienes de capital si saben que pueden poseerlos y disponer de ellos, al tiempo que pueden beneficiarse de lo que produzcan. Por lo tanto, las reglas jurídicas y las costumbres sociales en torno a la propiedad y su uso, lo que llamamos derechos de propiedad, deben ser relativamente seguras y duraderas. Pero no siempre son obvias (por ejemplo, ¿se permite que los aviones vuelen sobre su propiedad: si es así, ¿a qué altura?) Y cambian a medida que varían las circunstancias y las opiniones (por ejemplo, ¿se permite poseer y comercializar cannabis?) Sin embargo, al ser relativamente intuitivos y estables, promueven la confianza y la productividad.

Propiedad intelectual – marcas registradas, derechos de autor y patentes – son un tipo especial de propiedad, limitada en el tiempo. La idea detrás de ellas es asegurar que los inventores, autores y otros que construyen una marca valiosa puedan disfrutar de los frutos de esos esfuerzos, lo que nos beneficia a todos, porque animará a otros innovadores a hacer lo mismo. Sin embargo, tampoco se debe permitir que los herederos y sucesores de esas personas disfruten de un monopolio sobre el producto o invención para siempre: queremos que las ideas se desarrollen y se difundan. Por eso se limitan temporalmente estas protecciones. Las reglas específicas pueden variar en el mundo, pero el hecho de que el principio general sea respetado favorece la confianza y la productividad.

Cultura y la tradición moral. El capitalismo, y la productividad que logra, se beneficia de una cultura en la que hay respeto mutuo, valores ampliamente compartidos, confianza y un rechazo general al uso de la fuerza contra otros. Experimentos económicos indican que el capitalismo y esta cultura se refuerzan mutuamente: las personas de lugares donde los mercados están bien establecidos tienden a confiar más unas en otras que las personas de lugares donde los mercados son menos importantes; y una cultura de confianza, naturalmente, hace que el comercio sea más fácil.

En sociedades pequeñas y homogéneas, la confianza puede surgir naturalmente. Pero en la mayoría de los lugares, con poblaciones diversas, tiene que construirse a lo largo de los siglos. Requiere una inversión en el desarrollo de los valores e instituciones que permiten que el capitalismo funcione. Tal cultura es una forma de capital, porque es algo que tenemos que trabajar para crear, es relativamente duradera y aumenta nuestra productividad.

Conclusión

Definir exactamente qué es el capital puede ser controvertido. Pero está claro que el capital no se limita a una serie de fábricas, maquinaria pesada, barcos y activos financieros propiedad de unos pocos. Es mucho más democrático. Todos utilizamos bienes de capital en nuestros hogares, tiendas y oficinas. Ahorramos en bancos y fondos financieros que a su vez invierten en empresas productivas. Somos más productivos por el uso de redes privadas y públicas, construidas con riqueza producida de forma privada. Usamos mercados y otros sistemas que hacen su propia contribución a nuestra productividad y nos esforzamos por mantener una cultura de confianza. En particular, todos tenemos capital humano dentro de nosotros: nuestro conocimiento, habilidades y capacidades. Todos somos capitalistas, y el capital es algo muy diverso y muy democrático.

¿Cómo se crea el capital?

Para entender el capitalismo, es importante comprender la vida del capital: no simplemente existe, sino que debe ser creado, se puede perder o destruir fácilmente y requiere esfuerzo para mantenerlo. Los conceptos erróneos sobre esto conducen a muchas críticas equivocadas hacia el capitalismo.

Ideas equivocadas sobre la adquisición del capital

Muchos críticos parecen sugerir que el capital solo puede adquirirse robándolo del trabajo duro de otros. Argumentan que los empleadores adquieren capital engañando a los trabajadores sobre el valor que crean. O afirman que las naciones acumulan su capital yendo a la guerra y tomando el producto de aquellos a quienes conquistan. O ven a las corporaciones utilizando el amiguismo y los privilegios políticos para crear monopolios que engañan a los consumidores. Los capitalistas, en otras palabras, se convierten en ello, mediante el fraude, la guerra o la extorsión. La suposición es que el capital que adquieren mediante estos crímenes permanece en su poder, proporcionándoles beneficios continuos sin esfuerzo.

Estas ideas son incorrectas, o al menos, anacrónicas. Ciertamente, hubo un tiempo en que el capital se adquiría continuamente por la fuerza: cuando los países invadían a otros para tomar su riqueza y luego vivir del trabajo de los vencidos; cuando los aristócratas podían explotar a sus siervos; y cuando los monarcas otorgaban lucrativos monopolios a sus amigos. Pero esa fue una época previa al capitalismo, cuando las personas eran mucho más pobres que hoy y rara vez podían permitirse adquirir

bienes de capital propios. En los países desarrollados de hoy, el uso de la fuerza está prohibido y el capital debe acumularse por medios pacíficos, sin coaccionar a otros. El capital ya no es una posesión rara, por la que luchar o robar: ahora es mucho más asequible y está mucho más ampliamente distribuida, en el contexto de una población mundial mucho más rica. La única forma legítima de adquirir capital hoy en día no es quitárselo a otros, sino creándolo por uno mismo.

La idea de que el capital es un activo permanente, que proporciona a sus afortunados propietarios un flujo continuo de beneficios sin esfuerzo, como manzanas cayendo de un árbol, también es errónea. De hecho, el capital requiere tiempo, dinero y esfuerzo para preservarlo. Debe ser mantenido y protegido. Y para mantener su valor en un mundo cambiante y competitivo, debe usarse, consistentemente, con diligencia y enfoque. Incluso los árboles frutales deben ser cultivados, injertados, regados, fumigados, cuidados y, eventualmente, reemplazados si un huerto quiere seguir siendo rentable. Incluso así, la fruta tiene que ser cosechada y utilizada, distribuida a las tiendas o procesada en bebidas. Si nada de este trabajo ocurre, dejará de ser un huerto valioso y se convertirá, simplemente, en un desierto inútil y abandonado: ya no será capital, sino desecho.

Nuevamente, parece que los críticos no ven cuán individualista y democrático es el capital (y el capitalismo) en realidad. El capital no simplemente existe, sino que debe ser creado. Hoy en día, es creado y poseído por muchos, no por unos pocos. Su valor depende exactamente de lo que esas personas crean y cómo lo protegen, mantienen y aplican.

El capital no es fácil de mantener

El capital también puede perderse con mucha facilidad, por el riesgo, por malas decisiones, por consumirlo, por violencia o por los impuestos.

Riesgo e incertidumbre. Ninguno de nosotros puede predecir el futuro con certeza. Nadie puede planificar un evento inesperado. Incluso si estamos bastante seguros sobre lo que depara el futuro y calculamos cuidadosamente las posibilidades de éxito o fracaso, siempre existe el riesgo de que nos equivoquemos.

En consecuencia, cuando invertimos tiempo, esfuerzo o dinero para crear bienes de capital, estamos asumiendo un riesgo. Nuestra evaluación de los resultados futuros podría ser incorrecta: nuestra inversión podría generar rendimientos más bajos de lo esperado, o incluso una pérdida. Por ejemplo, podrías abrir un restaurante de pizzas, con toda la última tecnología para hacer pizzas, solo para descubrir que los clientes prefieren las pizzas de un competidor o, en su lugar, se han dejado llevar por una moda de salud y están comiendo ensaladas. Si las cosas se ponen realmente mal, es posible que tengas que descartar tu inversión, desechar el equipo de capital y cerrar.

Si la gente piensa que los riesgos de una empresa son altos, solo invertirán en ella si esperan que las recompensas también sean altas. Pero a lo largo del tiempo, incluso un riesgo modesto puede destruir el capital de las personas. Esa es una razón por la que la riqueza no se mantiene, permanentemente, en las mismas manos. Tome cualquier revista de hace cincuenta años y mire los anuncios: pocas o ninguna de las empresas que aparecen serán familiares para usted. La mayoría han sido expulsadas del mercado, hace mucho tiempo, por competidores con ofertas más nuevas, mejores o más baratas. Las empresas más reconocidas también van y vienen, como lo proclama el viejo adagio: 'abuelo rico, padre millonario, nieto miserable': una persona establece una empresa, los hijos lo heredan y lo administran, y los nietos, nacidos con más dinero que sentido comercial, lo arruinan.

Consumo. El despilfarro destruye el capital. Uno puede consumir capital, así como perderlo por el riesgo. Por ejemplo, los propietarios de un negocio familiar podrían pedir prestado contra su seguridad, o vender sus activos, no para invertir en

nuevo equipo de capital, sino simplemente para pagar sus propios generosos salarios. O los fundadores podrían establecer un fondo fiduciario para mantener a sus hijos y nietos, quienes luego (al estilo *'trustafarian'* o de aquellos jóvenes adinerados que consumen su herencia) simplemente viven de ese capital en lugar de ponerlo a trabajar para el futuro. De cualquier manera, la familia que consume su capital, en no mucho tiempo, estará, nuevamente, en la miseria.

Violencia. El capital, por supuesto, puede perderse a través del robo o del fraude, o destruirse por la violencia. Además de ser inmoral y causar pérdidas a la víctima, tales acciones imponen costos a todos. Se deben gastar recursos en investigar y castigar los crímenes. Incluso si los crímenes no se castigan, la persona que toma el capital por la fuerza, probablemente extraerá menos valor de él que la persona que lo creó, enfocó, gestionó y aplicó cuidadosamente a su propósito más productivo, creando una pérdida para toda la comunidad.

La forma más extrema de violencia es la guerra: y como hemos visto, algunos críticos del capitalismo piensan que la guerra permite que los fuertes roben el capital de los débiles. Otros afirman que a las personas de negocios les gustan (y fomentan) las guerras, simplemente porque se benefician de suministrar todos los barcos, aviones, electrónica, vehículos y armas que se necesitarán. Pero, de hecho, las empresas no pueden iniciar guerras. Solo los gobiernos tienen el poder de emitir un ultimátum o de reclutar soldados. Y las personas de negocios saben que las guerras no son útiles, sino altamente dañinas para ellos: las guerras aumentan los riesgos (lo que aumenta el costo de hacer negocios), dañan la confianza y la demanda de los clientes, al tiempo que destruyen el capital, incluidos bienes físicos, sistemas y capital humano. Esta obvia verdad es la razón por la que tan pocas democracias en la actualidad van a la guerra con otras con las que comercian. En siglos pasados, la guerra podría haber sido considerada una buena manera de apoderarse del capital de otro país; hoy nos damos cuenta de que es más fácil, seguro y efectivo

no apoderarse del capital de otros, sino crearlo.

Impuestos. El capital puede ser destruido por formas menos radicales de acción estatal, como los impuestos a la riqueza o a la renta.

Por ejemplo, supongamos que en nombre de ayudar a los pobres y hacer que 'los ricos' contribuyan más a los servicios públicos, el gobierno impone un impuesto del 10 por ciento sobre todas las formas de capital. Las personas que están pensando en crear o expandir una empresa de negocios ahora encontrarán que los bienes de capital que necesitan para administrarlo, como locales, máquinas, equipos, vehículos y finanzas, ahora son un 10 por ciento más caros. Eso hará que sean menos propensos a seguir adelante con su empresa. Necesitarán estar más seguros que antes de que su empresa tendrá éxito antes de arriesgar su dinero y esfuerzo. También serán menos propensos a construir, expandir o reemplazar sus bienes de capital. Como resultado, se perderá capacidad productiva y toda la comunidad se verá ligeramente perjudicada.

Lo mismo ocurre cuando se grava la riqueza en general. Las personas pueden dejar su dinero inactivo o gastarlo en placeres. Pero si van a convertir su riqueza en un activo de capital productivo, necesitan emplearlo en ese fin, con orientación y enfoque. Esto lo podemos fomentar permitiendo que las personas puedan apropiarse de la recompensa completa de su esfuerzo. Pero cuando se grava con impuestos la riqueza, esa recompensa potencial se reduce y aumenta el riesgo de pérdida. Como resultado, la riqueza de las personas se usa de manera menos productiva y sus fondos financieros se desintegran, disipan y consumen, en lugar de usarse para aumentar la productividad. Esto nos perjudica a todos.

Redistribución. La redistribución es otra política que destruye el capital. El capital no puede simplemente tomarse y darse a otros sin ninguna pérdida o interrupción en su productividad. La productividad del capital depende de muchas cosas, como

qué es, dónde está, cómo se gestiona y, lo que es importante, cómo se integra con otro capital. Por ejemplo, una red compleja de entrega de productos se interrumpe inevitablemente si se confiscan algunos de sus camiones para ser utilizados por otros.

Esto se puede ver en países en los que las granjas han sido arrebatadas a sus dueños y la tierra y los equipos redistribuidos a otras personas. Se desintegran sistemas integrados y estructuras de capital. Con mucha frecuencia el resultado es pérdida de cultivos y escasez de alimentos. Del mismo modo, el experimento de China con la agricultura colectiva fue un fracaso desastroso, redimido solo cuando el país introdujo un nuevo sistema de 'responsabilidad familiar', el cual se asemejaba más a la propiedad privada.

Legislación antimonopolio. Las leyes destinadas a frenar el poder monopolístico de las grandes empresas también pueden tener un efecto perjudicial en la red de capital. En una economía abierta y competitiva, las empresas solo pueden crecer ofreciendo a los clientes lo que valoran, no a través de la coacción o el amiguismo. Su crecimiento es una indicación de su éxito en ello. Los límites en la participación de mercado significan que las empresas que son eficientes en usar su capital para entregar el máximo valor al público no tienen permiso para hacerlo, y ese capital se desvía a productores menos eficientes.

Pero hay daño incluso antes de que se alcance ese límite. Es muy difícil definir cuándo una empresa específica se ha vuelto 'dominante' en un mercado y si su gran tamaño es una amenaza para los clientes, en lugar de una señal del valor que está entregándoles. Por lo tanto, las decisiones de los legisladores antimonopolio son difíciles de predecir para las empresas. Así que deciden permanecer pequeñas, y las ganancias potenciales de su eficiencia se pierden; o crecen, pero luego son desmanteladas por los reguladores, causando una interrupción en su red de capital y una pérdida resultante para los clientes.

Como hemos visto, incluso las empresas más grandes pueden ser amenazadas por otras grandes empresas, o combinaciones de otras, o incluso por empresas más pequeñas que erosionan diferentes partes de su negocio. Por lo tanto, muchos defensores del capitalismo argumentarían que la política debería centrarse en hacer los mercados más abiertos, en lugar de imponer límites arbitrarios de tamaño en productores populares y exitosos.

El capital depende de la valoración humana

Otro aspecto de la naturaleza democrática o individualista del capital, a menudo ignorado por los críticos, es que el capital no existe por sí solo, independiente de los seres humanos. Para ser un bien de capital, y no solo una cosa sin valor, un objeto debe ser hecho para servir a las necesidades, deseos y valores humanos. Una piedra es solo una piedra, sin valor, hasta que un humano se da cuenta de su potencial productivo, por ejemplo, en la construcción de una casa o en la molienda de maíz. Solo entonces se convierte en capital. El uranio se pensaba que era un mineral en gran parte inútil (y, por lo tanto, sin valor), hasta que descubrimos cómo generar energía nuclear. Ahora, una mina de uranio es un valioso activo de capital.

Pero si los seres humanos van a transformar algo de un objeto inútil en un activo de capital potencialmente productivo, necesitan derechos de propiedad sobre él. Necesitan tener la confianza de que pueden poseerlo, gestionarlo y beneficiarse de su uso. Hace algunos años, el economista peruano, Hernando De Soto (1941-), señaló que, aunque muchos de los más pobres de Perú construyeron sus hogares y cultivaron parcelas de tierra, nada de eso podía considerarse capital, porque sus usuarios no tenían título legal sobre ellos. Abogó por un cambio: ahora esos mismos agricultores tienen título legal y pueden usar sus hogares como garantía para préstamos, con los cuales comprar tierras y equipos. Sus derechos de propiedad hacen que la tierra, antes sin valor, sea segura y valiosa, incentivándolos a invertir en hacerla más productiva.

Ideas como los títulos de propiedad, el estatus legal de la propiedad, la ley que hace posibles la existencia de corporaciones o de sociedades mercantiles, las regulaciones y la cultura de los mercados son tan familiares para las personas en países altamente desarrollados de Occidente que apenas se notan. Tampoco son conocidas y entendidas en países donde la libertad está tan reprimida y el poder económico está tan centralizado que no existen derechos de propiedad. Pero tales derechos son activos jurídicos y culturales vitales para usar los recursos de manera productiva.

El verdadero origen del capital

Crear derechos de propiedad y sistemas jurídicos es, por lo tanto, una forma importante de convertir cosas en capital, y mantener esos sistemas es crítico para el capitalismo. Pero más allá de eso, las cosas se convierten en capital solo invirtiendo tiempo y esfuerzo.

Por ejemplo, podrías ser capaz de atrapar unos pocos peces con tus manos desnudas; pero atraparás muchos más peces si conviertes un palo en un arpón, o recoges fibras y las conviertes en redes de pesca, o haces un bote para poder pescar en aguas más ricas.

¿De dónde viene el considerable tiempo y esfuerzo requerido para crear estos simples bienes de capital? La respuesta es que tiene que salir del *consumo*. En lugar de consumir instantáneamente cada pez que atrapas, necesitas consumir menos (o pasar más tiempo pescando una mayor cantidad de peces) para que puedas acumular suficiente para vivir mientras trabajas para crear estas nuevas herramientas que aumentan la productividad. Eso significa renunciar al consumo: comer menos pescado o disfrutar de menos tiempo libre.

Renunciar al consumo es la principal manera en que se crea el capital. Por supuesto, podrías pedir prestado pescado a alguien más para poder vivir al mismo nivel mientras fabricas tus

herramientas de pesca; pero eventualmente tendrás que devolver ese préstamo con interés, así que, incluso entonces, estarás renunciando a una parte de tu propio consumo en el futuro. Y (aparte de establecer derechos de propiedad, sistemas de justicia, mercados y similares, todo lo cual requiere una inversión comparable de tiempo y esfuerzo) renunciar al consumo es la única manera sostenible de crear capital.

El capital frente a la coacción

La lección es que tienes que *ahorrar* para *invertir* y prosperar. Pero la gente solo ahorra si tiene la protección de los derechos de propiedad y del Estado de derecho, proporcionándoles la confianza de que el capital que crean y los bienes que producen no serán robados por alguien más - incluido el gobierno - por la fuerza o el fraude.

En el capitalismo, la seguridad de los derechos de propiedad y del Estado de derecho promueve la creación de capital y, por lo tanto, una mayor productividad, alcanzable a través de la especialización y la creación de valor que, a su vez, es el resultado del intercambio voluntario de los bienes que esta mayor eficiencia produce. La formación de capital crea valor sin costo para nadie y sin coacción.

La política gubernamental es tan importante para la formación y el crecimiento del capital como lo es la ausencia de fraude y fuerza por parte de otros. Los impuestos sobre el ahorro, la inversión y las rentas dan a las personas menos incentivos para ahorrar, invertir o crear valor. La redistribución quita el capital de los inversores que lo crean, nutren y enfocan, poniéndolo en manos de aquellos (como funcionarios del gobierno) que tienen menos interés en hacerlo, o disipándolo por completo para gastarlo en consumo actual. Pero más que eso, tales políticas rompen la delicada red de inversiones, por la cual los bienes de capital trabajan juntos para ofrecer la máxima productividad: *la estructura del capital*.

¿Por qué la estructura del capital es crucial?

Los economistas convencionales a menudo tratan el capital como algo homogéneo, uniforme, como la arena, cada porción de la cual es bastante similar a cualquier otra. En sus cálculos, modelos y pronósticos, la única preocupación sobre él es cuánto capital hay.

Pero en realidad, el capital es muy diverso. Existe solo en bienes de capital específicos, todos los cuales son diferentes: desde martillos y hoces, hasta automóviles y camiones; fábricas de tejidos de algodón y plantas automotrices; computadoras e impresoras; cajas registradoras y congeladores; créditos y bonos, y muchos más. Exactamente, qué tipo de bienes de capital se utilizan, cómo se utilizan y cómo se relacionan con otros bienes de capital, tiene profundos efectos en los resultados económicos.

No entender esto lleva a errores graves. Por ejemplo, es absurdo hablar 'del' retorno del capital, como lo hace el economista francés, Thomas Piketty (1971-), en su libro de 2013, *El capital en el siglo XXI*. Los diferentes bienes de capital que componen el capital vienen cada uno con diferentes cantidades de riesgo y recompensa potencial, y tienen diferentes propietarios, quienes cuentan con diferentes niveles de habilidad en su gestión, y que los aplican a diferentes propósitos. También hay numerosas formas diferentes en las que distintos tipos de capital pueden perderse, ser robados, disipados, consumidos, gravados o regulados, algunos más fácilmente que otros, todo lo cual reduce el potencial retorno de los diversos bienes de capital de varias maneras y en varios grados. No solo eso, sino que la mezcla de bienes de capital que están en uso, está cambiando constantemente: hoy usamos automóviles y computadoras, donde antes usábamos

carruajes tirados por caballos y reglas de cálculo. Así que no hay un perfil permanente y uniforme del capital de un país, con una tasa de retorno 'permanente y uniforme'.

La red de bienes productivos

Cómo los diferentes bienes de capital están interconectados entre sí es incluso más importante que cuántos hay o cuánto se ha gastado en crearlos. Las cadenas de suministro pueden ser muy extensas, con un gran número de productores en diferentes países, creando los diversos insumos que se alimentan en la creación de componentes y luego los bienes y servicios finales que consumimos.

Tomemos, de nuevo, el simple abrigo de lana de Adam Smith. No solo muchas personas, sino una vasta gama de bienes de capital, deben ser coordinados para suministrar este producto final. Incluyen las tiendas y los accesorios del establecimiento comercial del minorista, los almacenes y camiones del mayorista, los telares y máquinas de coser del fabricante, los talleres de tintura y marcos de hilado de los fabricantes de hilos, las tijeras y empacadoras de los pastores, las fundiciones de quienes hacen las herramientas y equipos utilizados por todas estas personas, los barcos y aviones de los transportistas que mueven las materias primas y equipos utilizados en cada etapa, más muchos otros que contribuyen a suministrar este simple artículo de uso diario. Incluso así, el proceso no sería viable sin el diverso equipo de capital necesario para suministrar a las muchas personas que trabajan en este proceso la comida, bebida y vivienda que necesitan, y, de hecho, su propia ropa también.

Claramente, la ausencia de cualquiera de estos bienes de capital podría interrumpir todo el proceso de fabricación, creando escasez, problemas de suministro y pesadillas logísticas para cada operación más adelante en la cadena. Sin el taller de tintura, por ejemplo, la lana terminada no puede ser suministrada a los tejedores y finalizadores, y, por lo tanto, la prenda no puede ser

enviada al mayorista, al minorista y al cliente.

Como la vasta gama global de bienes de capital está interconectada, por lo tanto, es absolutamente crucial para mantener y mejorar la productividad y eficiencia con la que se crean los bienes. Eso incluye tanto los bienes utilizados en la producción como los bienes que van a los clientes, los bienes de consumo, como el abrigo de lana, que son el propósito de todo este esfuerzo.

En consecuencia, nuestra productividad depende no solo de la cantidad de capital o el número de fábricas, máquinas, camiones y herramientas que tenemos. La estructura del capital, la manera en la que nuestros bienes de capital están interconectados, es crítica para crear los bienes y servicios que necesitamos y queremos.

La fragilidad de la estructura del capital

La importancia crítica de esta estructura de capital a menudo es pasada por alto por visionarios políticos o planificadores económicos que piensan que el capital puede ser quitado a sus propietarios, redistribuido a otros, o asignado a usos 'más racionales', sin ninguna pérdida en el valor que produce, e incluso a menudo con la expectativa de que, en estas nuevas manos, el capital se volverá más productivo y creará cosas de mayor valor que ahora. Pero la simple verdad es que al menos habría una masiva interrupción en la producción.

Los planificadores económicos deberían recordar que toda esta elaborada estructura de bienes de capital, que abarca a muchos países, a muchos sectores de productos y a muchos procesos, es el resultado de un desarrollo evolutivo, por el cual cada parte de la red se adapta y se renueva constantemente por los propietarios de capital para satisfacer los requisitos cambiantes de los clientes y producir las cosas que las personas valoran más. Por ejemplo, si el clima se vuelve más cálido y los compradores comienzan a demandar ropa de algodón en lugar de lana, los minoristas

y mayoristas comienzan a pedir más bienes de algodón, los fabricantes se reequipan para producirlos, los proveedores comienzan a comprar más algodón y los transportistas cambian sus rutas para traer más algodón crudo de las plantaciones, donde los agricultores estarán cultivando más algodón para satisfacer la nueva demanda. Como ondas que se expanden cuando se lanza una piedra en un estanque, todo el proceso se adapta a la nueva realidad, reasignando o reemplazando las partes individuales de la estructura del capital, según sea necesario.

Los planificadores también deberían recordar que el capital no es homogéneo, y no todos los bienes de capital pueden ser reasignados a otros usos cuando cambian las circunstancias. Algunos, como un par de tijeras, una máquina de coser o un camión, pueden usarse para muchos propósitos diferentes: cortarán, coserán o transportarán tela de algodón tan bien como lo hacen con tela de lana. Pero los telares industriales que tejen la tela pueden requerir una adaptación extensa para manejar el nuevo hilo de algodón más fino. En el peor de los casos, ellos y otras máquinas utilizadas en la fabricación pueden tener que ser desechadas por completo, y se deberán incorporar nuevas máquinas hechas a propósito.

El hecho de que algunos bienes de capital no puedan adaptarse a otro propósito es otra razón por la cual la propiedad del capital no garantiza a los propietarios un retorno seguro y cómodo. Cuando cambian las circunstancias, algunos bienes de capital pueden tener que ser descontados, dejando a los propietarios con una pérdida real. Las ruedas de hilar domésticas y los telares manuales de los tejedores de lana escoceses, por ejemplo, se volvieron de poco valor una vez que se inventaron los marcos de hilar y telares impulsados por agua. Y muchas de esas mismas máquinas tuvieron que ser adaptadas para procesar la nueva fibra de algodón proveniente del Nuevo Mundo. Hoy en día, esas máquinas, los talleres y lugares que las albergaban, están en gran parte desmantelados y demolidos, o convertidos en oficinas, espacios de exposición o museos, porque el Reino Unido ahora

importa gran parte de su ropa de India, China, Nepal y otros mercados en desarrollo.

Ni siquiera las industrias estatales son inmunes a las pérdidas de capital. La fábrica de Zwickau en Alemania Oriental, que había fabricado autos Trabant desde 1957, perdió todo su propósito una vez que Alemania se reunificó y la gente pudo comprar alternativas más rápidas, silenciosas, limpias y cómodas, quedando como un cascarón vacío y en descomposición. Igual sucedió con gran parte del capital anticuado e inútil de la antigua Unión Soviética.

La mala política mata el capital

El capital puede perderse, simplemente, porque ya no es el adecuado, no está en el lugar correcto, o en el momento correcto. A medida que la tecnología se desarrolla y cambian las necesidades, deseos y gustos de los clientes, la estructura del capital tiene que adaptarse a esos cambios, y parte del capital, simplemente, puede no ser adaptable y tendrá que ser descartado. Pero como hemos visto, hay muchas otras maneras por las que el capital puede perderse, incluyendo pronósticos erróneos, mal juicio o mala gestión por parte de sus propietarios.

La política pública también puede alterar la estructura del capital y destruir el capital, y no siempre de manera intencionada. Un ejemplo son los ciclos de auge y caída del comercio (también llamados ciclos económicos) que muchos países experimentan. Los auges pueden ocurrir porque la nueva tecnología hace que muchas cosas sean mejores o más baratas, como fue el caso de la invención de la máquina a vapor, la electricidad o la Internet. Pero eso no lleva a una caída, a menos que la gente sobreestime enormemente los beneficios potenciales de la nueva tecnología e invierta en exceso.

¿Qué causa, entonces, los ciclos de auge y caída que son tan

comunes y tan frecuentes? Los economistas austriacos F. A. Hayek (1899–1992) y Ludwig von Mises (1881–1973), que estudiaron estos ciclos, concluyeron que, típicamente, eran provocados por una mala política pública. Comienzan con gobiernos tratando de estimular la actividad económica y aumentar el empleo, manteniendo bajos los tipos de interés o aumentando la cantidad de dinero en circulación. Con más dinero en sus bolsillos, los clientes gastan más, haciéndolo, proporcionalmente, en productos más caros y sofisticados, los cuales ahora pueden permitirse. Con el crédito barato, consecuencia de los bajos tipos de interés, los productores buscan capturar parte de esa demanda invirtiendo en nuevas plantas y equipos para producir todos estos bienes.

Pero al igual que el subidón provocado por el alcohol o las anfetaminas es seguido por el dolor de la resaca, este auge de dinero y crédito es seguido por una caída. Las personas ahorran menos, porque los rendimientos de sus ahorros son más bajos. Entonces los bancos descubren que no tienen fondos suficientes para todos los nuevos créditos y comienzan a cobrar los préstamos. Enfrentando una crisis de crédito, los clientes vuelven a comprar productos más baratos y básicos. Pero los productores ya han construido las fábricas y ya han comprado el equipo necesario para producir los lujos que la gente ya no está comprando. Esos bienes de capital ahora no tienen propósito: las líneas de producción se cierran, las máquinas se desechan y los trabajadores son despedidos. Las tiendas, que dependían del gasto de esos trabajadores, sufren una recesión y algunas tendrán que cerrar. Fue un auge falso, construido sobre crédito barato y dinero fácil, aunque con pérdidas reales.

Tales catástrofes, como el auge y la posterior crisis financiera a principios de la década de 2000, no son causadas por los banqueros, la codicia o cualquiera de las otras explicaciones populares. Son causadas por las autoridades estatales tratando de estimular el crecimiento económico y, en el proceso, enviando señales falsas que alteran la delicada red de la estructura de

capital. El daño causado por esta mala política es mucho mayor que cualquiera de los causados por los errores o por la ineptitud de cualquier propietario de capital individual, o por el reemplazo de una tecnología por otra. Los ciclos de auge y caída afectan a cada parte de la vida económica: las pérdidas no se limitan a una empresa o sector, sino que son generalizadas y sistemáticas. La ilusión de prosperidad creada por la política miope de las autoridades es de corta duración. Sin embargo, conduce a pérdidas, despidos y bancarrotas reales. También, a menudo, lleva a fallas de los bancos mismos, las cuales se extienden por toda la estructura del capital y por toda la economía en su conjunto.

Conclusión

En resumen, el capital no es algo homogéneo que pueda ser reorganizado a voluntad, sin ninguna interrupción o costo; ni es una fuente permanente de ingresos seguros para sus supuestos afortunados propietarios. Por el contrario, el capital existe solo en bienes de capital específicos, como herramientas o máquinas determinadas, o el capital humano de las habilidades y conocimientos concretos de las personas. Cada uno de estos bienes de capital tiene diferentes características, siendo más o menos duraderos, utilizables para uno o varios propósitos, adaptables o no a necesidades cambiantes, teniendo o no al menos algún valor residual, y así sucesivamente.

Además, la productividad que se hace posible por estos bienes de capital, y el aumento de ingresos que sigue a esa productividad, no se limita a sus propietarios, sino que se comparte, en cierta medida, entre toda la población. Todos en un país se benefician de sus carreteras, redes de servicios públicos, alfabetización y habilidades de sus conciudadanos. Todos disfrutan de bienes y servicios que son mejores y más baratos como resultado de que los productores inviertan en procesos y equipos más eficientes.

Pero estos beneficios no son permanentes. El capital puede

perderse o ser robado; puede deteriorarse o consumirse; puede ser mal gestionado o mal aplicado; puede quedar obsoleto por nuevas tecnologías o por los cambiantes gustos del público consumidor. El capital no es un árbol mágico de dinero para unos pocos afortunados: tiene que ser creado, nutrido, protegido y bien gestionado. Esta no es una tarea menor.

Por último, el capital tiene que estar interconectado. Hoy en día, muchos procesos de producción son largos y complicados, requiriendo materias primas y componentes que provienen de todo el mundo, y que, a su vez, dependen de otras operaciones internacionales complejas para reunir, procesar y ensamblar. Los bienes de capital que se utilizan en toda esta producción necesitan ser operados en conjunto en cada etapa.

Por lo tanto, es un gran error suponer que podríamos tomar el control del capital de una nación (o del mundo) y redirigirlo, sin costo, para producir algún resultado más valorado. Puede parecer teóricamente posible, pero es muy improbable: después de todo, muchos, o todos esos mismos bienes de capital, han sido creados con el propósito específico de ser parte de esta compleja red internacional de producción. Es como imaginar que podemos reordenar las piezas de un rompecabezas para producir una imagen más agradable: pero las piezas no encajan fácilmente de otra manera; y es poco probable que las piezas produzcan una imagen mejor. Si queremos crear una nueva imagen, necesitamos crear y ensamblar nuevas piezas; de igual manera, para crear diferentes productos, necesitamos crear diferentes bienes de capital y combinarlos en una estructura productiva coherente. Esto se hace mucho mejor mediante un largo proceso evolutivo continuo de ensayo y error en el mercado, que a través de las decisiones cambiantes y políticamente motivadas de algún planificador, dictador o legislador.

¿Qué hace que el capitalismo funcione?

Como hemos visto, hay varias cosas que no son exclusivas o esenciales del capitalismo, pero que comúnmente se asocian con él, porque definitivamente contribuyen a su éxito. Entre estas están el interés propio, la propiedad privada, la paz, las ganancias, la competencia, la especialización y los mercados.

Interés propio, propiedad, ganancias e incentivos

Interés propio. El capitalismo está motivado por el interés propio, pero castiga la codicia. Los dos son bastante diferentes.

La codicia implica actuar según los intereses propios, pero sin tener en cuenta los intereses o sentimientos de los demás, y quizás, incluso, sin tener en consideración las leyes, regulaciones y costumbres vigentes. También sugiere acumular cosas por el simple hecho de hacerlo, independientemente de la necesidad. Pero el capitalismo solo puede funcionar cuando las personas siguen las reglas, se tratan de manera justa entre sí y cumplen sus promesas. Afortunadamente, gracias a la competencia entre muchos compradores y vendedores, cualquiera que mienta o engañe en los negocios, pronto será abandonado por sus clientes y proveedores. La única manera de prosperar es proporcionar a otros lo que quieren. Lejos de ignorar los intereses de los demás, el capitalismo nos hace ansiosos por conocerlos y servirlos.

El interés propio, por el contrario, es una característica humana natural, sin la cual ninguno de nosotros sobreviviría. La cuestión moral es cómo contenerlo y dirigirlo para producir una sociedad funcional, en lugar de un caos de individuos que se sirven a sí mismos. Afortunadamente, una vez más, el capitalismo

aprovecha el interés propio para el beneficio de todos.

El interés propio significa que las personas persiguen sus propios objetivos, su visión, sus propósitos y sus ambiciones, no los impuestos por otros. Persiguen esos sueños no solo para su beneficio individual, sino para el beneficio de sus familias y de los otros a quienes aman y cuidan. Por ejemplo, cuando comercian, están colaborando con otros, cuando es de interés recíproco para las partes involucradas. Pero mientras el motivo puede ser el interés propio, eso no implica algún resultado indeseable. Al contrario, la colaboración a través del comercio produce un resultado social que, generalmente, es beneficioso. Así es como Adam Smith explicó su idea de la “mano invisible”.

Propiedad privada. La propiedad privada no es exclusiva del capitalismo, pero es necesaria para que funcione bien. Inesperadamente, quizás, la propiedad privada promueve una sociedad laboriosa, mutuamente respetuosa, honesta y confiable.

Es un hecho de la vida que las personas cuidan más de su propiedad que de la de otros. En muchos países, por ejemplo, las escaleras y áreas comunes en bloques de apartamentos están descuidadas y deterioradas, aunque los apartamentos mismos están bellamente cuidados por sus propietarios.

Las personas también extraen más valor de las cosas que poseen de forma privada, en beneficio tanto de ellos mismos como de la sociedad. Las granjas colectivas de la Rusia soviética o de la China de Mao produjeron poco, excepto hambre generalizada, mientras que las granjas gestionadas de forma privada en las sociedades capitalistas se manejan cuidadosamente para producir el máximo rendimiento posible. Los océanos del mundo, propiedad de nadie, están sobreexplotados, mientras que las reservas de salmón de Escocia son ferozmente protegidas por los propietarios privados de los ríos por los que nadan, cuya subsistencia depende de que estén disponibles para el deporte.

Para que las personas protejan, nutran y extraigan valor de la propiedad, deben tener confianza en ella. Deben existir reglas claras sobre cómo se mantiene la propiedad, qué se puede hacer con ella, qué beneficios se pueden obtener de ella y cómo se puede transferir a otros. Los contratos en torno a la venta o compra de propiedad, no solo de terrenos o de bienes de capital, sino también de cualquier bien de consumo o de servicios, deben ser claros y respetados. El robo y el fraude deben ser rechazados, lo que implica algún sistema de justicia y restauración, si ocurren. Solo entonces las personas pueden hacer compromisos futuros para comerciar o invertir en una empresa que podría implicar riesgos y tomar muchos años en dar frutos. El capitalismo solo puede funcionar en un mundo así.

Y, por supuesto, las autoridades deben estar bajo el mismo Estado de derecho que todos los demás. No pueden usar su poder político o judicial para favorecer a algunos grupos o distorsionar los mercados para lograr algún objetivo preestablecido. Hacer eso puede desequilibrar los mercados y destruir la compleja y eficiente red de producción capitalista.

Ganancias. Las ganancias tampoco son exclusivas del capitalismo. De hecho, las buscamos en cada actividad en la que nos involucramos, ya que hay muchos tipos de ganancias fuera de la ganancia financiera. Sea lo que sea que hagamos en la vida, esperamos que el beneficio que resulte sea mayor que el tiempo y esfuerzo que hemos invertido. ¿Valió la pena la vista después de escalar la montaña? ¿Aprendiste algo realmente útil al sentarte durante esa larga conferencia? Si es así, has obtenido ganancias.

Incluso en el comercio, las ganancias no son solo en dinero. La mayoría de las personas, ciertamente, se involucran en los negocios para ganar dinero, no necesariamente para hacer una fortuna, sino que buscan ganar lo suficiente para mantenerse a sí mismos y a su familia. Sin embargo, nadie quiere hacerlo a expensas de ser miserable o de estar continuamente fatigado. Eso sería una pérdida. Entre las ganancias no financieras que

diferentes personas buscan en sus vidas económicas están el orgullo en su trabajo, oportunidades para el ocio y el sentimiento de que están haciendo algo útil que ayuda a otros. Para la mayoría de nosotros, quizás, la gratificación que obtenemos de tales cosas vale más que el dinero.

A menudo se dice que las ganancias financieras obtenidas por los empresarios capitalistas deben provenir de los salarios de los trabajadores, a través de algún tipo de explotación. Sin embargo, en primer lugar, hay empresarios que sin emplear a nadie obtienen ganancias, lo que parece refutar ese argumento. En segundo lugar, nadie está obligado a trabajar para un empresario en particular: ¿por qué aceptarían un trabajo que los explota? Pueden ir fácilmente a otro empleador o trabajar por su cuenta. En tercer lugar, y lo más importante, el argumento olvida que las ganancias y el valor se crean. No existe un monto fijo de valor que los empresarios puedan obtener solo si engañan a los trabajadores para obtenerlo. El valor existe en nuestras mentes, no en las cosas: una persona puede ver un jarrón en particular como invaluable, mientras que otra lo considera basura. Precisamente porque las personas valoran las cosas de manera diferente, pueden intercambiarlas y cada una considerarse mejor. El empresario no roba valor de sus trabajadores, sino que lo crea al gestionar sus talentos para hacer algo nuevo.

Ganancias empresariales. Las ganancias de un empresario pueden provenir de muchas fuentes. Por ejemplo, comerciando sobre la base de las diferencias en la valoración de las cosas por parte de las personas, o administrando hábilmente los insumos, la mano de obra, los procesos de fabricación, el mercadeo y la distribución para satisfacer de manera más efectiva las demandas de los consumidores. O sus ganancias también pueden provenir de detectar oportunidades que otros han pasado por alto.

Algunos empresarios, por ejemplo, obtienen ganancias al detectar una demanda potencial que otros no han visto, como Sony hizo con su reproductor de música personal Walkman, o Starbucks

con sus cafeterías especializadas. A veces, los empresarios pueden obtener ganancias inventando nuevas tecnologías, como Eli Whitney con la desmotadora de algodón y Thomas Edison con la bombilla incandescente. Otros obtienen ganancias aplicando tecnologías existentes para crear nuevos productos y procesos, como James Dyson con aspiradoras y Apple con el iPhone.

Los empresarios pueden encontrar formas de mejorar la conveniencia para los clientes, como Amazon con las compras por Internet. También pueden desarrollar mercados completamente nuevos y formas novedosas de trabajar, como Uber, Airbnb y muchas otras aplicaciones de la llamada 'economía colaborativa'. La reforma regulatoria también puede crear nuevas oportunidades de ganancias empresariales. Las redes de telefonía móvil, por ejemplo, crecieron rápidamente después de la desintegración de la compañía telefónica Bell en Estados Unidos y el monopolio de British Telecom en el Reino Unido.

Indudablemente, algunas personas han hecho fortunas a partir de accidentes afortunados, produciendo o descubriendo algo que captura la imaginación del público y se convierte en un éxito rotundo. Ocasionalmente, la gente descubre que la pintura que compraron en una tienda de segunda mano es en realidad una obra maestra antigua. Pero sería erróneo pensar que tal beneficio empresarial puro, como se le llama, es simplemente cuestión de suerte y no algo merecido. La mayoría de los empresarios, en realidad, trabajan duro por su éxito y tienen que dedicar tiempo y esfuerzo a promocionar su producto. Sufren fracasos y rechazos, pero persisten hasta que tienen éxito: doce editoriales rechazaron la primera novela de *Harry Potter* de J. K. Rowling antes de que Bloomsbury la aceptara, sin grandes expectativas de éxito.

Incentivos. Por lo tanto, el beneficio empresarial rara vez es suerte: es una búsqueda activa que exige invertir visión, inteligencia, tiempo, esfuerzo, habilidad, toma de riesgos y persistencia. La mayoría de estos esfuerzos terminarán en fracaso, pero aquellos que tienen éxito mejoran la vida de todos y construyen los

cimientos para un mayor progreso.

Esto hace que sea vital tener una cultura jurídica, política y social que fomente y recompense el espíritu empresarial y la inversión, junto a las cualidades personales en las que se sustenta. Se requiere seguridad, paz y Estado de derecho para que los empresarios sepan que pueden realizar inversiones con confianza, sin que su trabajo sea destruido o sus creaciones robadas por otros, no solo por parte de ejércitos extranjeros o de criminales locales, sino también por parte de sus propios gobiernos. Puesto que los riesgos de fracaso ya son altos, los empresarios se desaniman fácilmente con impuestos elevados y regulaciones onerosas, lo cual aumenta, aún más, sus riesgos y costos.

El proceso de la competencia

Otra cosa que hace al capitalismo tan dinámico es la competencia. Para mantenerse por delante de la competencia y evitar que sus clientes se vayan, los productores deben innovar y mejorar constantemente lo que ofrecen y cómo lo producen.

Los libros de texto de economía rara vez explican este efecto dinámico de la competencia. Con gran frecuencia hablan de ‘competencia perfecta’, un estado teórico en el que un gran número de compradores y vendedores similares comercian bienes idénticos. Pero en realidad, los compradores y vendedores son todos diferentes. En lugar de comerciar productos idénticos, los vendedores están ansiosos por distinguirlos, ofreciendo a los compradores algo único y más deseable que la competencia.

Desafortunadamente, la idea de la ‘competencia perfecta’ está tan extendida que incluso los defensores del capitalismo generalmente no entienden cómo funciona realmente la competencia. El término engañoso ‘perfecta’ hace que los críticos del capitalismo (incluso los amigables) piensen que los gobiernos deben intervenir para hacer que los mercados sean

más 'perfectos'.

Pero los mercados reales nunca se establecen en un equilibrio 'perfecto': la competencia es un proceso constante de ajuste, innovación y mejora. Ese es el gran beneficio que la competencia nos brinda. A medida que los empresarios se esfuerzan por satisfacer nuestras necesidades cambiantes, nuevos productos y procesos suplantando a los menos efectivos. Los consumidores impulsan este proceso dinámico, no los funcionarios. Los intentos de los funcionarios por hacer que los mercados sean 'perfectos' simplemente los congelan en algún estado particular; pero en el marco de la competencia real, los clientes son implacables al exigir bienes cada vez mejores a los productores, quienes, a su vez, buscan activamente formas cada vez mejores de proporcionarlos.

Algunas empresas pueden no sobrevivir a este proceso. Pero la competencia del mercado no es como la competencia biológica, en la cual hay un suministro fijo de recursos, con vida y muerte, dependiendo de quién los obtenga. La competencia crea recursos y expande el valor total. Debido a que las empresas enfrentan pruebas diarias en el mercado, deben seguir trasladando los recursos de usos de menor valor a usos de mayor valor. Nadie muere: solo tienen que trabajar de manera diferente.

Especialización y mercados

La especialización y sus beneficios. Los bienes de capital pueden ser muy especializados. Muchos existen únicamente para crear un producto o componente particular. En algunos casos, pueden hacer productos o componentes miles de veces más rápido o más barato. Por ejemplo, permiten que el acero sea extraído y fundido, los bloques de motores modelados y terminados, y los automóviles ensamblados por miles, mucho más rápido y barato que hacerlo todo a mano. Las habilidades también son especializadas: decoradores, techadores, vidrieros, electricistas y fontaneros pueden mantener nuestras casas mucho mejor

y con mayor seguridad de lo que podríamos hacerlo nosotros, mientras que los médicos especialistas saben más sobre nuestras dolencias médicas que sus colegas no especialistas.

Las personas comunes no pueden saber todo sobre cada condición médica, o cómo pintar mejor una habitación o arreglar una lavadora; ni pueden todos poseer el equipo de capital necesario para hacer un automóvil. De hecho, sería un desperdicio de recursos escasos si cada uno de nosotros intentara hacerlo. En cambio, todos ganamos con la especialización de otras personas, tanto en las habilidades como en los bienes de capital que adquieren. Nuestros automóviles, relojes, cortes de cabello y todas las demás cosas que queremos se vuelven más baratas y mejores, gracias a la especialización de otras personas.

Mercados. De hecho, la especialización hace que el capitalismo sea tan productivo que se vuelve urgente encontrar una forma igualmente eficiente de distribuir todos los bienes y servicios que crea. Es por eso que los mercados se han desarrollado junto con el capitalismo. Nos permiten intercambiar los enormes excedentes que podemos producir y beneficiarnos, también, de los frutos de la productividad de otras personas.

El intercambio en el mercado ocurre porque diferentes personas valoran los mismos bienes o servicios de manera diferente. El valor no es una cualidad objetiva de las cosas, como el peso o el tamaño: el valor existe solo en la mente del observador. Después de intercambiar algo que valoramos menos por algo que valoramos más, ya sea directamente o usando dinero, consideramos que estamos mejor, al igual que la persona con la que comerciamos. Aunque nuestro intercambio no ha creado nuevos bienes, ha aumentado el valor total.

Esto es particularmente importante, dada la enorme productividad del capitalismo. Por ejemplo, un agricultor de cereales que usa métodos de labranza, siembra y cosecha mecanizados a gran escala, solo puede consumir personalmente una pequeña

porción del trigo o cebada que produce, y valora la cosecha solo por lo que se puede intercambiar en el mercado. Lo mismo es cierto para el alfarero, que tiene poco uso personal para todas las tazas y platos que salen de su torno cada día. Lo mismo para el fabricante de automóviles, el zapatero, el hábil artista de acuarela o el restaurador. Los mercados logran que todos sus productos lleguen a los clientes que los valoran mucho más.

El intercambio es antiguo; pero a medida que los mercados crecen y se consolidan, las tasas a las que diferentes cosas suelen intercambiarse, es decir, sus precios, se vuelven más conocidas y predecibles. Eso, en sí mismo, es un beneficio para todos, porque nos da una mejor idea de dónde es más probable que nuestra inversión de recursos rinda frutos. Además, ayuda a los productores a obtener el mejor precio por sus bienes: la difusión de teléfonos móviles habilitados para conectarse a Internet, por ejemplo, significa que los pequeños agricultores, incluso en las áreas más remotas del mundo, pueden monitorear los mercados internacionales de alimentos y asegurarse de que los mayoristas les estén dando un precio razonable por sus cultivos. Y una mirada a los mercados de futuros les ayudará a decidir qué deben plantar y cuándo, para tener la mejor perspectiva de un buen retorno.

Los mercados están regidos por la ley y la costumbre, pero deben adaptarse a la demanda cambiante de los clientes. Necesitan lidiar con nuevos productos y procesos, como las aplicaciones de la economía colaborativa. Toda innovación plantea desafíos para los reguladores del mercado: puede haber preocupaciones genuinas de seguridad sobre si se deben comercializar productos nuevos. Estas alarmas a menudo son impulsadas por el cabildeo de los empresarios ya establecidos que temen la competencia. Pero también hay beneficios al mantener abiertos los mercados, especialmente cuando los proveedores pueden ser valorados instantánea y fácilmente por Internet. Solo si permitimos la innovación podemos progresar.

El capitalismo y el Estado

Los defensores del capitalismo argumentan que el Estado no debería poseer ni gestionar el uso de los bienes de capital. Ven a los gobernantes y funcionarios públicos más influenciados por intereses políticos estrechos que por las amplias necesidades de los consumidores. Como máximo, el Estado debería defender los principios que hacen que el capitalismo funcione: derechos individuales, justicia y cooperación no coercitiva. Para hacer eso, necesita su propia fuerza coactiva: policía, ejércitos, tribunales y prisiones. Pero todo poder es corruptor y puede ser presa de intereses creados, por lo que el poder gubernamental debería ser limitado.

Los partidarios del capitalismo argumentan que los individuos pueden decidir la mayoría de las cosas por sí mismos, pero para proyectos colectivos, como la defensa, por ejemplo, o nuevos aeropuertos y carreteras, la democracia es una forma razonable de tomar decisiones. También ven la democracia como una forma pacífica de restringir y, cuando sea necesario, remover de sus cargos a aquellos que ejercen el poder coercitivo del Estado.

Ahora bien, para funcionar, la democracia misma debe ser limitada. No es una buena forma de decidir todo y politiza decisiones que no podemos tomar de ninguna otra manera. La democracia no significa que una mayoría del 51 por ciento pueda decidir cada aspecto de las vidas del 49 por ciento minoritario, o explotarlos como elijan: la democracia requiere una cultura de tolerancia y autocontrol. Tanto los ciudadanos como los políticos deberían entender estos límites; pero con demasiada frecuencia, están tan orgullosos de los logros de la democracia que piensan que muchas más cosas deberían decidirse democráticamente. Desafortunadamente, eso significa decidir más cosas políticamente, lo que estimula la tensión y el conflicto, dejándonos a todos expuestos a la explotación por parte de la mayoría.

Las constituciones pueden ayudar a mantener a la democracia

¿Qué hace que el capitalismo funcione?

restringida a las funciones que realiza bien, protegiendo a las minorías. Para lograr eso, necesitan ser ampliamente apoyadas y ser relativamente permanentes, con *supermayorías* necesarias para enmendarlas. Pero ningún documento puede garantizar los derechos individuales y defender las instituciones que hacen que el capitalismo funcione. Solo los corazones, las mentes, la moralidad, la cultura y la tolerancia pueden lograr eso.

La dimensión moral del capitalismo

La visión moral del socialismo y la del capitalismo

En su libro de 2014 *¿Por qué no el capitalismo?*, el politólogo estadounidense, Jason Brennan (1979-), contrasta el caso moral del socialismo y el del capitalismo.

La idea socialista de la buena sociedad, dice, es bien conocida. Como en un viaje de campamento familiar, todos actúan con virtud y espíritu público hacia un propósito acordado, centrándose en el bien de todos, no solo en el de cada uno. El capitalismo nunca puede lograr tal cooperación armoniosa, porque se basa en los vicios del interés propio y la codicia. De hecho, la única razón por la que toleramos el capitalismo es que aún no somos lo suficientemente buenos para el socialismo, careciendo de la fuerza moral para abandonar completamente el egoísmo y vivir para el beneficio de todos.

Pero un caso igualmente convincente se puede hacer a favor del capitalismo, dice Brennan. Se basa en la asistencia mutua a través de la reciprocidad. Rechaza la fuerza y la explotación. Recompensa a quienes benefician a otros, lo cual fomenta la confianza y la colaboración. Permite a las personas perseguir sus propios propósitos de forma libre y pacífica, en lugar de obligarlos a servir a algún propósito único elegido por los que están en el poder. Esta misma diversidad promueve la tolerancia hacia los demás, el respeto por sus diferentes ambiciones y estilos de vida, así como el cuidado de ellos mismos, en lugar de meros componentes en una máquina económica. Este cuidado humano se expresa a través de la caridad, las iglesias y otras instituciones voluntarias de la sociedad civil, todas fortalecidas por la riqueza que genera una sociedad capitalista.

Esta visión del capitalismo también es más realista. Los principios capitalistas pueden funcionar en todo el mundo, no solo en grupos pequeños, mientras que el modelo socialista del viaje de campamento familiar pronto se desmorona cuando se agregan extraños. No tiene sentido culpar de eso a nuestra debilidad moral. El capitalismo no nos exige ser altruistas ni santos, sino que convierte nuestro interés propio natural en beneficios sociales. Al recompensar el talento, el enfoque, la energía y la organización productiva, nos guía automáticamente hacia la innovación, el descubrimiento y el servicio a los demás.

El capitalismo crea valor y difunde la riqueza

Otra de las virtudes morales del capitalismo es su capacidad para crear y difundir valor y riqueza. El capitalismo incentiva a las personas a descubrir lo que otras personas desean y proporcionarlo. A través de la utilización de equipos de capital altamente productivos, nos permite satisfacer las necesidades de muchos, no solo de unos pocos.

No sorprende que el crecimiento del capitalismo haya producido un aumento importante en los ingresos y la riqueza de los humanos. Durante la mayor parte del largo curso de la historia humana, los ingresos promedio estaban al nivel de subsistencia: quizás \$1-3 dólares al día, en valores actuales. Pero alrededor de 1800, los ingresos aumentaron repentinamente y su ascenso aún continúa. Los pobres han ganado de forma particular: en 1990, según el Banco Mundial, alrededor del 40% de la población humana vivía con menos de \$1.90 dólares al día; hoy es menos del 10%. La pobreza se ha reducido más en los últimos 35 años que en los últimos 3.500.

Además de permitir a las personas costear más de lo que necesitan y desean, el capitalismo también les permite hacerlo mejor. La competencia empuja a los productores a innovar, a reducir precios y elevar estándares de calidad. Como resultado, todos los elementos esenciales: alimentos, vivienda, combustible

y ropa, ahora son más baratos y de mayor calidad que nunca. En 1800, pocas personas en cualquier parte del mundo podían permitirse carne fresca; hoy, todos en los países capitalistas pueden. En 1800, dice el científico político británico, Matt Ridley (1958-), en su libro de 2011 *El optimista racional (The Rational Optimist)*, una vela que proporcionaba una hora de luz costaba seis horas de trabajo. Para la década de 1880, la misma luz de una lámpara de queroseno tomaba 15 minutos de trabajo para costearse. Ahora, con la iluminación LED, es medio segundo. En términos de iluminación, estamos 43.200 veces mejor que en 1800.

Este enorme aumento en la riqueza es la razón por la que los humanos de hoy son más saludables, más altos y más longevos que nunca antes. No se puede explicar por algún supuesto avance tecnológico inevitable. Después de todo, ¿qué estimula los desarrollos tecnológicos si no son los incentivos del capitalismo? ¿Por qué ocurrió el Gran Enriquecimiento tan repentinamente? ¿Y por qué, cuando los alemanes occidentales conducían lujosos Mercedes y BMW de alta tecnología, los europeos orientales luchaban por poseer Trabants y Yugos poco fiables, incómodos y altamente contaminantes?

La mejor tecnología, ciertamente, impulsa nuestros estándares de vida, pero es el capitalismo el que proporciona el incentivo para desarrollarla. Los derechos de propiedad son esenciales para eso: le dan a las personas los medios y la confianza para invertir tiempo y esfuerzo en investigación, invención y desarrollo, sabiendo que pueden cosechar sus recompensas. Esas nuevas tecnologías y productos se difunden amplia y rápidamente a través de la producción y distribución eficiente del mercado capitalista.

Es por eso que la rápida disminución de la pobreza mundial desde la década de 1980 se debe, en gran parte, a la apertura de China, India, Europa del Este y otros al comercio internacional y a los principios capitalistas. Singapur, Hong Kong, Taiwán, Japón y

Corea del Sur eran de los países más pobres del mundo a finales de la Segunda Guerra Mundial; pero solo unas pocas décadas de comercio y capitalismo los han convertido en unos de los países más ricos, a diferencia de vecinos cercanos suyos como Corea del Norte, Camboya y Laos. Tales ejemplos demuestran que son los más pobres los que más tienen que ganar con el capitalismo y el comercio. Para los más pobres, un dólar adicional al día, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Los beneficios humanos de los derechos de propiedad

Los derechos de propiedad no solo permiten a las personas *utilizar* recursos. Les dan un incentivo para proteger, desarrollar y hacer crecer los recursos. La propiedad privada se cuida mucho mejor y se utiliza de manera más productiva que la propiedad común o la propiedad de nadie. Un ejemplo obvio es el fracaso lamentable de las granjas colectivas en la Unión Soviética y en la China de Mao, que solo produjeron hambruna y miseria. La pesca es otro ejemplo: al ser propiedad de nadie, las reservas de peces marinos a menudo se explotan en exceso. Solo en lugares como Islandia y Nueva Zelanda, que otorgan a las flotas pesqueras cuotas comercializables, efectivamente un derecho de propiedad sobre los peces, las reservas están bien protegidas.

Los derechos de propiedad también permiten a las personas expresarse y desarrollarse como elijan. La propiedad proporciona un refugio contra la intrusión de otros, o incluso del Estado. Como señaló el politólogo y economista anglo-austriaco, F. A. Hayek (1899-1992), en su libro de 1944, *Camino de servidumbre*, las personas ni siquiera pueden expresar y discutir diferentes opiniones políticas si un gobierno hostil controla las salas de reuniones, los suministros de papel y los medios de comunicación.

La propiedad también satisface algo natural en nosotros. Las cosas que poseemos son extensiones de nosotros. Pueden incluir cosas que recolectamos cuando éramos niños, o que nos fueron dadas por amigos queridos, o que nos recuerdan lugares

que hemos visitado o cosas que nos han sucedido. Pueden ser objetos (como automóviles y lavadoras) que nos brindan algún beneficio, comodidad e independencia. Pueden ser cosas que simplemente disfrutamos tener, mantener, administrar, proteger y desarrollar: muchos propietarios de viviendas dirían esto de sus propios hogares, por ejemplo, y muchos empresarios dirían lo mismo de sus propios negocios.

Algunos anticapitalistas argumentan que los recursos deben ser compartidos, no poseídos. Pero los recursos valiosos no *existen* por sí mismos, ni están disponibles en la naturaleza para ser repartidos como queramos: deben ser creados. Un desierto árido es simplemente eso, hasta que alguna persona ve su potencial y lo despeja para la agricultura, perfora un pozo de petróleo o construye en él. Compartir por la fuerza un recurso que ha requerido trabajo y esfuerzo para crearlo no es solo injusto, sino contraproducente: ¿por qué alguien se esforzaría si no ve beneficio en ello?

Igualdad y prosperidad

Se ha escrito mucho sobre la supuesta desigualdad de riqueza e ingresos en las sociedades capitalistas y sobre cómo esto justificaría la redistribución. Pero los hechos no respaldan tal argumento. Las cifras de desigualdad generalmente miran los ingresos antes de que se tengan en cuenta los impuestos y los beneficios sociales. Pero después de que los mayores contribuyentes han pagado sus impuestos y los de menores ingresos han recibido ayudas estatales como beneficios por desempleo, enfermedad o jubilación, la distribución de ingresos resultante muestra poca diferencia entre los países capitalistas y los socialistas. La diferencia es aún más estrecha cuando se incluyen servicios estatales que se brindan sin costos a los más pobres, como a menudo ocurre con la atención médica y la educación. Además, las estadísticas, generalmente, ignoran cualquier efecto dinámico. Según la lógica de una encuesta anual, las personas más pobres del mundo son jóvenes estadounidenses

que recientemente se graduaron de las mejores universidades (*Ivy League*): sus cuantiosas deudas estudiantiles les dan una 'riqueza negativa'; pero, con sus prestigiosos títulos, este mismo grupo terminará entre los más ricos del mundo.

La desigualdad es una consecuencia natural del intercambio. Cuando miles de personas pagan unos pocos dólares cada una para asistir a un concierto de un cantante popular, el cantante termina la noche con más dólares, el público con menos. La única forma de evitar que la desigualdad crezca aún más sería redistribuir las ganancias del cantante después de cada actuación. La igualdad financiera requiere redistribución continua, lo que deja a personas como este cantante sin razón para seguir presentándose en conciertos.

Eso significa que a todos los demás se les niegan los beneficios no financieros de la transacción. Ningún intercambio ocurre a menos que ambas partes ganen valor: los asistentes al concierto pueden terminar la noche unos dólares más pobres, pero a cambio han tenido la emoción y el disfrute de escuchar a alguien a quien admiran. Ese valor no financiero no se les puede quitar ni redistribuir a otros. En términos de igualar cosas de valor, la redistribución de recursos financieros solo hace la mitad del trabajo.

El problema de definir la igualdad

En el capitalismo la desigualdad financiera refleja cuán bien o mal sirves a otras personas. La recompensa financiera solo proviene de servir a los demás y refleja lo que otros están dispuestos a darte por ese bien o servicio. No se necesita un consejo o comité para evaluar el valor que proporcionas a los demás y decidir el tamaño de tu recompensa: aquellos a quienes sirves lo juzgan por sí mismos.

De hecho, ningún consejo o comité del Estado podría decidir las recompensas racionalmente. ¿Con qué base decidirían el valor para la sociedad que aporta una estrella de rock, un

deportista, un buzo de mar profundo, un maestro, un soldador o una enfermera? ¿Cómo decidirían cuánto se les debería pagar a cada uno para reflejar ese valor? Incluso si eligieran el camino fácil y pagaran a todos por igual, eso aún no lograría ni justicia, ni igualdad. Después de todo, algunos trabajos son riesgosos, otros seguros; algunos agradables y variados, otros aburridos y frustrantes; algunos fáciles, otros requieren gran concentración; algunos lugares de trabajo son agradables y adecuados, otros no. El pago igualitario no iguala estas diferencias en ingreso psicológico. Pero en el capitalismo, la competencia en el mercado laboral lo hace automáticamente: las personas exigirán un salario más alto, por ejemplo, para realizar trabajos que son peligrosos o desagradables o que requieren de gran habilidad.

Para los partidarios del capitalismo, por lo tanto, la redistribución financiera es irracional, porque no hay una base objetiva para decidir el valor y la recompensa. La redistribución tampoco tiene en cuenta factores no financieros. Además, resulta innecesaria, porque el mercado hace un mejor trabajo de forma rápida y automática. También argumentan que la redistribución es inmoral. Las personas deberían tener derecho a las recompensas que provienen de su talento y su trabajo duro. No permitimos que los individuos roben dinero de personas más acomodadas, incluso en nombre de la igualdad. Entonces, ¿por qué deberíamos permitir que el gobierno lo haga sin ninguna base racional, teniendo en cuenta que las decisiones dependerán del capricho de los funcionarios?

Si realmente queremos ayudar a los pobres, el capitalismo parece el mejor método. En la economía comercial global de la actualidad, no son los ricos, sino los pobres quienes se enriquecen más rápido: y para los pobres, eso marca una diferencia profunda. Además, el capital enriquece a todos, no solo a quienes lo poseen. Al aumentar la productividad, nos da más de lo que necesitamos y queremos. Nos permite crear más trabajando menos y en condiciones más fáciles. Y debido a que los ciudadanos de los países capitalistas son más ricos,

tienden a ser más filantrópicos, enviando más de sus ingresos a organizaciones benéficas. Incluso sin apoyo caritativo es mucho mejor (en términos de ingresos, casi diez veces mejor) ser pobre en un país capitalista rico, que pobre en uno socialista pobre.

El capitalismo mejora las relaciones humanas

La pensadora política estadounidense, Ayn Rand (1905–82), argumentó que el capitalismo era el único sistema social moral, porque era el único que no dependía de la fuerza para sostenerse. Más bien, funciona solo a través del intercambio voluntario. Nadie está obligado a tratar con otra persona. Persuadir a las personas para que comercien contigo requiere respeto y confianza recíproca, algo de particular valor para los más pobres.

El capitalismo también elimina la discriminación. No se necesitan leyes ni regulaciones para lograr esto: una empresa que se negara a contratar trabajadores de cierto género, raza, religión o cultura, o que se negara a vender o a alquilar su producto a clientes de grupos particulares, pronto se vería superado por competidores que no discriminan de esta manera. De hecho, las regulaciones a menudo son perjudiciales para las minorías: las regulaciones de salario mínimo, por ejemplo, hacen que contratar personas sea más costoso para los empleadores, por lo que se vuelven menos dispuestos a contratar y capacitar a jóvenes o inmigrantes sin experiencia que pueden ser menos fluidos en el idioma local y estar menos familiarizados con las normas culturales, los mismos tipos de personas que la legislación pretende ayudar.

Curiosamente, el capitalismo está asociado con tasas más altas de alfabetización femenina, que es un determinante importante de la salud, la educación y la prosperidad familiar. La alfabetización femenina comenzó a aumentar rápidamente junto con el crecimiento del comercio en tiempos del Renacimiento. Al ser hombres, la mayoría de los comerciantes, les correspondía a sus esposas gestionar los negocios, mientras ellos estaban en el mar o vendiendo sus mercancías: por lo tanto, la alfabetización

y la capacidad numérica femeninas se volvieron importantes, como lo son aún en las sociedades capitalistas de hoy.

Comparando lo comparable

Para repetir: no se puede comparar legítimamente el socialismo ideal con el capitalismo real. Tampoco se puede definir legítimamente el socialismo en términos de motivaciones supuestamente buenas (como la confianza y la cooperación) y el capitalismo en términos de motivaciones malas (como la codicia). Muchos lo intentan, pero los hechos los refutan. El capitalismo no es despiadado sino cooperativo. De hecho, es un orden social notablemente cooperativo que se basa en la confianza y castiga, sistemáticamente, las motivaciones antisociales.

El capitalismo también es un sistema social realista. Enfoca nuestros esfuerzos en lo que realmente funciona, no en alguna visión inalcanzable de una sociedad perfecta de ciudadanos universalmente virtuosos y altruistas. No tiene ilusiones sobre la naturaleza humana. No supone que las personas puedan convertirse en ángeles, ya sea por exhortación o por la fuerza. En cambio, trabaja para aprovechar nuestro interés propio natural y canalizarlo para servir a un resultado social beneficioso. También es moralmente consistente: no supone que el robo, el monopolio, el favoritismo y la fuerza sean buenos solo porque el Estado los haga.

La visión capitalista también se puede ampliar más allá de grupos pequeños. Gran parte del mundo ya es capitalista o comercia con países capitalistas. Debido a que el capitalismo funciona a través de reglas generales, como los derechos de propiedad, la honestidad y el respeto por los acuerdos contractuales, no hay límites en la cantidad de personas que pueden unirse a él. Pero cuando las sociedades están dirigidas por algún objetivo colectivo, el gran tamaño de los grupos causa aún mayores problemas. Aquellos que planean y administran necesitan recopilar y procesar mucha más información sobre qué se debe producir y sobre cómo

cada individuo debe desempeñar su parte en ese proceso. Hay un mayor margen de desacuerdo sobre cuáles deberían ser los objetivos de la sociedad y qué se necesita hacer para lograrlos. Eso termina creando las condiciones que favorecen a aquellos líderes que son lo suficientemente despiadados para tomar esas decisiones y eliminar cualquier desacuerdo.

Breve historia del capitalismo

Adaptando el capitalismo a la teoría

Karl Marx vio el capitalismo, simplemente, como una etapa en una progresión histórica inevitable. Eventualmente, pensó, el capitalismo sería derribado por sus contradicciones internas y reemplazado por el comunismo. Este análisis histórico todavía tiene influencia entre los socialistas y teóricos sociales de la actualidad. Como resultado, gran parte de la discusión académica e intelectual sobre el capitalismo lo presenta solo en términos de su desarrollo histórico. La discusión sobre el capitalismo contemporáneo se centra solo en los problemas que se cree que lo socavan.

Estas preconcepciones, por lo tanto, conducen a una visión engañosa sobre el capitalismo, la cual sirve a los propósitos de sus críticos. Peor aún, los hechos mismos a menudo se distorsionan para hacerlos encajar en la teoría. Se escriben historias sobre componendas económicas que se atribuyen al capitalismo, pero que en realidad tienen poca relación con el concepto real. Además, se culpa al capitalismo por problemas sociales que nunca prometió aliviar y por problemas económicos que se deben más a las acciones de los políticos que a las de las empresas privadas de negocios.

Es difícil escribir una historia, o incluso una descripción, de algo que nunca ha existido en su forma pura. Este punto a menudo se plantea para aislar el concepto puro del socialismo de las críticas a su desempeño práctico: una historia marcada por dictaduras, purgas, genocidios, daños ecológicos desastrosos, hambrunas, crecimiento económico lamentablemente bajo

y escasez. Sin embargo, los partidarios del capitalismo están menos avergonzados por sus expresiones prácticas. Admiten sus problemas, pero señalan que su historia está marcada por una riqueza creciente y en expansión, democracia, libertad personal y paz. Así que, incluso si el capitalismo puro nunca ha existido, sigue siendo instructivo explorar la historia de aquellas sociedades que han adoptado al menos alguna versión de sus principios.

Comercio dirigido por el Estado

El período desde el siglo XVI hasta el siglo XIX se caracterizó por el nacionalismo económico, con el deseo de monarcas y ministros de construir Estados económicamente fuertes. Veían esto como algo que requería que sus países vendieran a otros tanto como pudieran y compraran lo menos posible de otros, para aumentar sus propios ingresos y acumular riqueza, en oro y plata, tanto como fuera posible. Creían que solo los vendedores se beneficiaban de un intercambio, ya que son los vendedores quienes reciben el dinero. El oro y la plata que se acumulaban en las bóvedas de una nación eran la fuente y la medida de su prosperidad y de su poder.

La política comercial externa y la política comercial doméstica se volvieron altamente proteccionistas. Se ofrecieron ricos subsidios a quienes producían para el mercado de exportación. Se impusieron altos aranceles y otros obstáculos a las importaciones. Naciones como Gran Bretaña prohibieron a sus colonias comerciar con cualquier otro país, para evitar que su riqueza se filtrara a adversarios como Francia, España o los Países Bajos. La guerra se veía como una forma legítima de aumentar la riqueza nacional, saqueando la riqueza de otros países. En casa, las ciudades levantaban barreras similares contra fabricantes y artesanos de otras ciudades, mientras que las asociaciones comerciales y los gremios, regulaban estrictamente sus propias profesiones para mantener fuera a los competidores. Los gremios, incluso, solicitaban al monarca que prohibiera dispositivos tecnológicos que ahorraran trabajo o

que amenazaran el sustento de sus miembros, y recompensaban a sus colegas comerciales otorgándoles monopolios sobre productos esenciales como el almidón y la sal.

Este era el *mercantilismo*, un sistema diseñado para el beneficio de los productores, en lugar de los consumidores. A menudo se caricaturiza como capitalismo temprano, porque se estaban creando empresas y el capital, la fabricación manufacturera, los mercados y el comercio estaban creciendo. Pero en casi todos los demás aspectos era muy diferente de la idea del capitalismo. Estaba plagado de controles y aranceles, con los que los poderosos buscaban dirigir la actividad económica de la nación. Esos controles, a su vez, dependían del poder coercitivo del Estado, el cual se utilizaba para ese propósito. Legitimaba el amiguismo, el robo y la fuerza. Si el capitalismo existía en alguna parte, existía solo en las llamadas *libertades*, fuera de las ciudades, donde no se aplicaban las reglas de los gremios y de las autoridades civiles, y donde podían surgir el comercio libre, la innovación y las nuevas ideas.

Adam Smith diseccionó el sistema mercantilista en *La riqueza de las naciones*. Señaló que tanto compradores como vendedores se beneficiaban del comercio voluntario: no se involucrarían en él de otra manera. Los vendedores pueden recibir oro y plata, pero los compradores obtienen bienes o servicios que valoran más que el dinero que pagan. El comercio no es algo a lo que nos debamos resistir: cuanto más comercio haya, más valor se crea y más riqueza se difunde entre los ciudadanos de todos los países. La competencia abierta promueve la innovación y el valor dinero. De esta manera, la especialización, que es posible gracias al capital y los mercados, conduce a enormes ganancias en productividad, lo que beneficia a todos, particularmente a los pobres. Sin embargo, todo esto puede ser sofocado, advirtió Smith, por el poder del Estado, particularmente cuando ese poder se ejerce en nombre de los compinches y con el propósito de proteger los intereses de los productores ya establecidos.

Así pues, el mercantilismo, con sus controles, subsidios, impuestos, guerras y primitivas ideas sobre el comercio y el valor, ciertamente no era el 'sistema de libertad natural' que hoy llamamos capitalismo. Pero los argumentos de Adam Smith prevalecieron. Para la década de 1860, los controles mercantilistas estaban siendo reemplazados por impuestos más bajos y desregulación. El resultado fue un notable período de libre comercio y el crecimiento económico más rápido que Gran Bretaña había experimentado en su historia.

La Revolución Industrial

Cuando la mayoría de las personas piensan en el capitalismo, quizás piensen en los talleres y las ciudades fabriles de la Revolución Industrial de Gran Bretaña a finales del siglo XVIII y principios del XIX, y en la imagen sombría que autores como Charles Dickens (1812–70) y Marx, pintaron de ellos.

Ciertamente, la economía de este período estaba más cerca de la idea del capitalismo de lo que el mercantilismo jamás estuvo. Fue una economía relativamente libre y de bajos impuestos, en la que múltiples inventos transformaron la agricultura y la fabricación. La nueva tecnología de energía hidráulica y vapor impulsó los talleres de hilado y tejido que convirtieron la lana de Inglaterra y el algodón crudo de América en ropa barata y de alta calidad para exportar al mundo.

Empero, el relato marxista-dickensiano ha oscurecido enormemente la verdadera naturaleza y efectos de estos asombrosos desarrollos. Tales críticos ven los orígenes de la Revolución Industrial en la Ley de Cercamiento (*Enclosure Act*) de finales del siglo XVIII, la cual permitió a los terratenientes cercar tierras de cultivo. Los campesinos, argumentan, fueron consecuentemente expulsados de las áreas rurales y llevados a ciudades sombrías, donde los dueños de talleres y fábricas los explotaron como mano de obra barata.

Sin embargo, esto es una caricatura. Los cercamientos no fueron ni rápidos, ni fáciles: cada uno requería la aprobación del Parlamento, y se debían considerar las objeciones. Un factor mucho más fuerte en la migración de áreas rurales a urbanas fue que los salarios en las ciudades fabriles eran más altos y aumentaban mucho más rápido que en el campo. La innovación industrial, la energía hidráulica y de vapor, la especialización y el comercio internacional aumentaron enormemente la productividad de las personas, junto con sus ingresos.

Esta no fue una historia de personas forzadas a la pobreza urbana. Para 1820, los ingresos promedio de cada grupo de ingresos en Inglaterra estaban aumentando rápidamente, incluidos los más pobres. El trabajo en fábricas también ofreció un flujo de ingresos mucho más confiable de lo que la gente podía esperar del trabajo estacional en los campos, con sus cosechas variables. Aunque las horas de los trabajadores de los talleres podrían haber sido largas según nuestros estándares actuales, no eran más largas que las horas requeridas para cultivar, mientras que el trabajo en sí era mucho menos agotador y estaba protegido de los cambios extremos del clima. En las ciudades también había tiendas y comodidades, y muchas más oportunidades para la vida social, para actividades culturales y para la educación. Las viviendas eran incómodas y estrechas, especialmente a medida que más niños sobrevivían y las familias crecían; pero las casas urbanas eran más secas, cálidas, limpias, higiénicas y mejor ventiladas que las chozas de los trabajadores rurales. Los intelectuales ciudadanos acomodados se sorprendieron de cómo vivían los pobres urbanos, pero pocos tenían alguna comprensión de la pobreza rural que habían dejado voluntariamente.

La misma riqueza que crearon las ciudades impulsó aún más mejoras en las condiciones de trabajo y de vida, consolidadas por nuevas leyes sobre trabajo infantil, horarios, salarios y estándares de calidad para las viviendas, todo lo cual habría sido imposible en la era de la agricultura de subsistencia. Adicionalmente, los salarios iban mucho más lejos, teniendo en cuenta el enorme

descenso en el precio y el aumento en la calidad de la ropa y de los muchos otros productos que los propios trabajadores urbanos estaban produciendo.

La economía gestionada por el Estado

No obstante, desde alrededor de la década de 1880 el ambiente económico relativamente libre que ayudó a expandir la producción urbana estuvo bajo una creciente presión intelectual. Los éxitos en las ciencias físicas llevaron a una creciente creencia de que la vida social y económica podría ser controlada racional y científicamente. Las comunidades urbanas permitieron a los trabajadores reunirse y organizarse políticamente, exigiendo regulaciones aún más fuertes sobre salarios y condiciones laborales. Las tensiones políticas en toda Europa llevaron al resurgimiento de políticas proteccionistas, casi mercantilistas. El comercio, gradualmente, se reguló más y, para principios del siglo XX, hubo llamados para que los gobiernos intervinieran en la operación de servicios esenciales, como los ferrocarriles, o, incluso, para que tomaran el control de industrias enteras.

En la década de 1930, después de la Gran Depresión, más países optaron por el nacionalismo económico. Una nueva oleada de economistas instó a los gobiernos a aumentar su gasto, con la esperanza de impulsar la recuperación, para luego a 'ajustar finamente' sus economías, a través de políticas fiscales, de crédito y monetarias. Para la década de 1960, prácticamente todos los países superficialmente capitalistas del mundo se habían convertido, en realidad, en economías mixtas, con empresas privadas y públicas coexistiendo una al lado de la otra. La regulación de empresas, empleo y mercados, la 'planificación indicativa' por parte de las autoridades, las barreras comerciales proteccionistas y la gestión gubernamental de la economía, se alejaban mucho de los principios del capitalismo.

Pero esta mezcla trajo sus propios problemas. Los efectos más amplios de las políticas gubernamentales fueron entendidos

equivocadamente. El gasto gubernamental que se suponía que impulsaría la economía, en realidad impulsó episodios de aumentos descontrolados de precios que frenaron su crecimiento. Las industrias estatales, siempre capaces de recurrir al dinero de los contribuyentes, se volvieron notoriamente malas, en términos de eficiencia y servicio al cliente. Los planificadores, simplemente, no podían recopilar y procesar toda la información que necesitaban para administrar una economía compleja. La política económica, que se suponía racional, se politizó y fue disputada por grupos de interés establecidos. Aumentaron las disputas laborales. El amiguismo llegó a distorsionar toda la producción.

El azote del corporativismo

Este amiguismo es, quizás, la forma predominante de economía en la actualidad. Muchas personas lo llaman capitalismo de compinches, pero es mejor llamarlo socialismo de compinches. Está muy lejos del capitalismo, en el sentido de empresa de negocios, innovación, productividad, mercados libres y competencia, todo impulsado por las demandas de los consumidores. Más bien, se trata de empresas con ambiciones monopolísticas que utilizan la influencia política para frustrar todas esas cosas: una alianza de empresas y gobiernos que podría simular (e incluso creer) que está del lado de los consumidores, pero no lo está.

Debido al crecimiento de los gobiernos en el último siglo y su penetración en cada aspecto de la vida económica, se pueden extraer muchos favores comerciales de ellos. Los gobiernos pueden otorgar subsidios y exenciones tributarias, aumentar o disminuir aranceles y barreras comerciales, hacer concesiones de tierras o de dinero o monopolios, requerir que nuevos negocios obtengan permisos para comerciar, o crear regulaciones y escalas salariales inasequibles para todos excepto para las grandes empresas ya establecidas. Pueden tolerar la colusión entre esas mismas empresas, o incluso requerir que se reúnan

en foros de planificación en los que se pueden fijar precios y producción: una especie de cartel patrocinado por el Estado. Así mismo, en nombre de prevenir crisis o de preservar empleos, los gobiernos se dejan persuadir fácilmente para rescatar empresas que están mal administradas, que no pueden igualar el precio o la calidad de los competidores extranjeros, o cuyos productos ya no son demandados por los consumidores.

Así es como bancos, aerolíneas, constructoras, proveedores de energía, compañías telefónicas, empresas de medios de comunicación, farmacéuticas, fabricantes de automóviles, supermercados, propietarios de tierras, compañías de turbinas eólicas, empresas de autobuses y trenes, importadores y muchos otros, aunque nominalmente empresas privadas, dependen de los gobiernos para que les entreguen favores, subsidios, exenciones tributarias, permisos y regulaciones que ahogan la competencia.

Incluso si las intenciones originales de todo esto eran nobles, para promover la estabilidad económica, salvaguardar empleos, mejorar comodidades, proteger el medio ambiente y demás, los efectos de esta generosidad gubernamental son malignos. Atrae a las empresas a la política. Fomenta lo que los economistas llaman búsqueda de rentas, el cabildeo por privilegios que aseguran ganancias fáciles, derivadas del erario o de regulaciones que reducen la competencia. Cuanto más grande y poderoso se vuelve el gobierno, mayores son los beneficios potenciales de dicho cabildeo, así como de la corrupción y el amiguismo. Cuanto más se complacen los intereses de los productores existentes, más depende el gobierno de ellos para dar forma a futuras regulaciones, y más se excluyen a posibles competidores con nuevas tecnologías. Los diversos intereses de los consumidores son ignorados, con un debate político monopolizado por las intrigas de los productores, cuyos intereses se encuentran más concentrados y disponen de más dinero y más habilidades profesionales para cabildear de forma más efectiva que los consumidores individuales.

Ahora bien, este amiguismo es común en todo el mundo, especialmente en el sudeste asiático, donde se acuñó el término '*crony capitalism*' (*capitalismo de compinches*) y donde los gobiernos, generalmente, apoyan a empresas 'líderes' de cada sector, protegiéndolas con regulaciones y barreras arancelarias. Para ellos, los beneficios de tener unas pocas empresas grandes y fuertes que puedan competir internacionalmente son obvios. Pero olvidan el costo de oportunidad: el hecho de que el capital, el personal y otros recursos empleados por estas grandes empresas podrían utilizarse de manera más productiva en otros lugares. De hecho, dado que los gobiernos no pueden detectar todas las oportunidades que podrían ser vistas por innumerables individuos, es casi seguro que podrían serlo.

Este privilegio comercial es posible solo donde los gobiernos están dispuestos a usar la fuerza coercitiva. No es posible en una sociedad libre en la que los gobiernos usan la fuerza solo para proteger los derechos individuales. Pero el hecho de que el amiguismo sea tan común, indica cuántos países en todo el mundo son ahora libres solo de nombre.

Creando un capitalismo para el futuro

Es difícil catalogar a cualquiera de estos sistemas económicos como capitalismo verdadero, aunque, por supuesto, muchas personas intentan hacerlo, utilizando artimañas o creando confusión para cargar el ideal del capitalismo con muchas imperfecciones prácticas que no son exclusivas de él, ni son, ni hacen parte de su esencia. El desafío para los partidarios del capitalismo es lograr separar la idea central de este sistema de las confusiones, avanzando hacia una perspectiva más cercana a su comprensión de capitalismo, con todos sus beneficios económicos, sociales y morales.

Eso, por supuesto, implica disolver las empresas estatales y reducir los impuestos, subsidios, aranceles y regulaciones que frustran la competencia y alimentan el amiguismo y el

corporativismo. Significa limitar al Estado a proteger los derechos y libertades económicas de las personas, en lugar de violarlos. Significa una separación entre el Estado y la vida económica.

Esta no es una agenda fácil de lograr en una democracia ilimitada, donde se toman más y más decisiones a través del proceso político, otorgando a la mayoría el supuesto derecho de imponer todo tipo de políticas económicas a la minoría. Eso no es democracia, sino populismo, respaldado por el poder coercitivo del Estado. Es por eso que los fundadores de los Estados Unidos impusieron límites tan estrictos a su gobierno y separaron sus poderes entre diferentes instituciones. A pesar de ello, incluso en Estados Unidos, el poder se ha centralizado y concentrado.

Estas son condiciones perfectas para el amiguismo y muy difíciles para un capitalismo bien entendido. Reemplazar el amiguismo, con todos sus defectos, por el capitalismo, con todos sus beneficios, parecería requerir una reconsideración sistemática de las limitaciones y de los límites del proceso político.

Grandes pensadores sobre el capitalismo

La Escuela de Salamanca (los ‘Escolásticos’)

Propiedad, oferta y demanda, interés

Entre los siglos XV y XVII, clérigos españoles llevaron a cabo una serie de avances en la comprensión de la economía, permitiendo que el capitalismo se reconciliara con las sagradas escrituras cristianas, que a menudo parecían criticarlo. Por ejemplo: el primero de estos llamados Escolásticos, Francisco de Vitoria (1483–1546), fue consultado por comerciantes preocupados por la manera en que Dios y la Iglesia verían sus negocios. Vitoria consideró el asunto, concluyendo que el libre movimiento de personas, bienes e ideas era parte de la Naturaleza, la cual era creación de Dios. El comercio mercantil, por lo tanto, no era malvado, sino que en realidad servía al bien general.

Las escrituras bíblicas también eran críticas con la usura, el cobro de intereses sobre los préstamos. Pero en la época de los Escolásticos, el Renacimiento había traído muchas oportunidades para la actividad empresarial, y la financiación de préstamos se estaba volviendo muy importante para los negocios y el comercio. Afortunadamente, los Escolásticos encontraron muchas formas de justificar el interés de los préstamos.

Notaron que los prestatarios se beneficiaban, lo cual era bueno. El interés era un pago, una prima, por el riesgo de que un préstamo saliera mal. Había un ‘costo de oportunidad’ para el prestamista, ya que había muchos otros usos potenciales para el mismo dinero y éste, en sí mismo, era un bien, que se debería pagar para pedirlo prestado, al igual que alquilar cualquier otro bien.

Los Escolásticos también defendieron la propiedad privada. Argumentaron, que tenía el beneficio de estimular la actividad económica y, por lo tanto, la prosperidad. Las personas también cuidaban mejor la propiedad que poseían ellos mismos, en lugar de compartirla en común con otros, lo que significaba que las creaciones de Dios eran mejor apreciadas. Concluyeron que las personas tenían derecho a poseer y beneficiarse de su propiedad, excepto en emergencias, cuando tenían el deber de compartir con los necesitados.

Los Escolásticos, incluso, identificaron la importancia de la oferta y la demanda. Vieron que los metales preciosos tenían un precio más alto en los países donde escaseaban. El 'precio justo' de un bien no era simplemente el costo de su producción y transporte, ¿cómo podría valer más el mismo fardo de lino si se transportaba de manera costosa por tierra, en lugar hacerlo por mar de forma más barata? El precio dependía de la interacción de la oferta y la demanda, siempre que el mercado se mantuviera libre y abierto.

Adam Smith (1723–90)

Los beneficios de la especialización, el intercambio y el libre comercio

El filósofo escocés, convertido en economista, Adam Smith, es más conocido por su libro, *La riqueza de las naciones* (1776), en el que entrelazó sus propias ideas y las de muchos otros autores en un enfoque nuevo, sistemático y reconociblemente moderno de la economía. El libro atacó el sistema prevaleciente del mercantilismo, que medía la riqueza de una nación por sus reservas de oro y plata, que usaba los subsidios para maximizar las ventas por exportación y que también acudía a los aranceles para bloquear las compras por importación. Smith señaló que ambas partes se benefician del comercio. De hecho, ninguna se molestaría en comerciar, si no fuera porque los hace estar mejor. Es cierto, los vendedores obtienen el pago en efectivo, pero los compradores obtienen bienes que valoran más que el precio que pagan.

Smith concluyó que lo que hacía rica a una nación no eran sus tenencias de dinero en efectivo, sino la magnitud de su producción y de su comercio, lo que ahora llamamos Producto Interno Bruto o PIB.

Podemos aumentar enormemente ese producto, observó, mediante la especialización, que nos permite ser más hábiles y más productivos, aún más si invertimos en bienes de capital especializados, como herramientas y equipos. Al intercambiar nuestros productos especializados con otros, dentro del país o en el extranjero, todos ganamos con el impulso a la productividad que aporta esta especialización e inversión en capital.

Donde hay libre comercio y competencia, argumentó Smith, los mercados dirigen el esfuerzo y los recursos a los usos más productivos, al tiempo que dirigen los productos terminados a aquellos cuya demanda por ellos es más fuerte. Es un sistema altamente cooperativo, pero solo funciona donde hay libertad de acción, libre comercio y competencia abierta. Smith fue muy crítico con el capitalismo de compinches, en el que los productores presionarían a los políticos por monopolios o favores especiales.

Concluyó que el gobierno no debería intervenir en la vida económica, aparte de mantener la estructura que permite que funcione.

David Ricardo (1772–1823)

Ventaja comparativa y eficiencia productiva

Ricardo fue un exitoso corredor de bolsa y especulador de Londres (se decía que ganó £1 millón libras apostando por una victoria británica en Waterloo). Comenzó a pensar en economía después de leer *La riqueza de las naciones* de Adam Smith. Procedió a hacer avances importantes en la teoría de rentas, salarios, ganancias, impuestos y valor.

En política comercial, rechazó medidas proteccionistas como las *Leyes del Maíz*, que restringían las importaciones de trigo; y desarrolló la teoría de los costos comparativos (ahora llamada *teoría de la ventaja comparativa*), por la que es más conocido. Los países, dijo, podrían mejorar su situación, especializándose en lo que podían producir de manera relativamente más barata que otros países, en términos de todas las demás cosas que podrían producir. Incluso si un país pudiera producir todo más barato que otro, aún estaría mejor especializándose en aquellos bienes donde tiene una ventaja comparativa, y no necesariamente absoluta.

Para dar un ejemplo actual: una estrella de cine famosa puede ser un mejor cocinero que el chef del estudio de cine. Sin embargo, a pesar de esa ventaja absoluta sobre el chef, el estudio todavía está mejor manteniendo a su estrella en el set, explotando la ventaja comparativa de su talento y celebridad, en lugar de enviarlo a la cocina. Este principio sigue siendo una de las claves del argumento a favor del libre comercio.

Ludwig von Mises (1881–1973)

La naturaleza del capital; crítica al socialismo; los beneficios del laissez-faire

Mises se convirtió en la figura principal de la ‘Escuela Austriaca de Economía’, la cual enfatizaba la complejidad de los fenómenos económicos y cómo los valores y acciones de millones de individuos eran críticos para el resultado general. Lo importante sobre el capital, por ejemplo, no era su valor total, sino su estructura, exactamente en qué bienes de capital invertían las personas y cómo esos bienes de capital trabajaban juntos de manera productiva. Esta estructura era delicada: por ejemplo, una política de tasas de interés inepta distorsionaba los mercados, induciendo a las personas a invertir en las cosas equivocadas. Una mala inversión llevaba a fracasos y pérdidas.

Donde los mercados fueron completamente eliminados, como bajo el comunismo, la inversión racional se volvió imposible. Sin precios, nadie podría calcular nunca cuál de muchos procesos de producción posibles sería el más rentable. Inevitablemente, los recursos se invertirían en los procesos equivocados, llevando al desperdicio y la ineficiencia. Los errores se acumularían con el tiempo, porque no habría presión del mercado para eliminarlos.

Mises hizo un caso robusto para el *laissez-faire*, argumentando que tan pronto como los gobiernos comenzaran a obstaculizar el sistema de mercado con controles y regulaciones, desencadenarían mareas de desajustes (como excedentes y escaseces), los cuales se propagarían de mercado en mercado, como ondas en un estanque, distorsionando un mercado tras otro. Al tratar de limitar el daño, los gobiernos luego se veían atraídos a intervenir aún más, lo que empeoraría aún más las cosas.

F. A. Hayek (1899–1992)

Orden espontáneo; crítica a la planificación; coordinación del mercado

Estudiante de Ludwig von Mises, Hayek, nacido en Viena, colaboró con él en investigaciones sobre ciclos económicos de auge y caída, concluyendo que estos eran causados por los bancos centrales cuando establecen tasas de interés demasiado bajas, lo que fomentaba el endeudamiento y el gasto excesivo. Pero las tasas bajas también desalentaban el ahorro y, cuando los fondos de los prestamistas se agotaban, los inversores enfrentaban una crisis de crédito, sus inversiones demasiado optimistas tenían que ser abandonadas, perdiéndose capital y empleos.

Una de las ideas clave de Hayek, fue *el concepto de orden espontáneo*. Las sociedades humanas y animales muestran regularidades obvias. Sin embargo, nadie planificó cómo viven las abejas o cómo los humanos usan el lenguaje. Tales órdenes

surgieron de forma natural y persistieron, porque eran útiles. A menudo ni siquiera podemos articular las reglas (como las reglas de gramática) que los sustentan. Y dado que no entendemos completamente cómo funcionan tales órdenes naturales, resulta arrogante creer que podemos hacerlo mejor, que podemos eliminar el mecanismo de precios imponiendo controles de precios y salarios o mejorar el libre mercado, a través de la planificación económica centralizada.

En la visión de Hayek, el planificador económico ni siquiera puede acceder a la información que sería necesaria para tal tarea, porque esa información está dispersa, es local, parcial, cambia rápidamente, es específica, personal y difícil de transmitir. Sin embargo, los mercados manejan toda esta información, en cada momento, en niveles locales dispersos. Ningún planificador necesita decidir cómo se deben usar los recursos: los precios proporcionan las señales simples que los dirigen, automáticamente, a sus usos más valiosos. Por lo tanto, los órdenes de mercado son mucho más eficientes y pueden crecer mucho más que los sistemas planificados.

Milton Friedman (1912–2006)

La importancia del dinero sano; los costos de la regulación

Friedman fue un comunicador particularmente hábil y persuasivo de las ideas liberales. A través de su libro *Capitalismo y Libertad* (1962) y de su serie de televisión y del libro *Libre para Elegir* (1980), ambos escritos con su esposa Rose, millones de personas llegaron a conocer el potencial de los mercados libres, del comercio abierto, de la libertad y del capitalismo.

En 1946, Friedman colaboró en una contundente refutación de los controles de alquiler. Tales políticas, observó, hacían que los propietarios estuvieran menos dispuestos a mantener y a alquilar su propiedad, reduciendo tanto la calidad como la oferta de alojamiento disponible. También estudió la regulación

y las licencias de profesiones (como médicos, abogados y contadores), concluyendo que no benefician a la gente, sino a quienes las practican. Encontró que al restringir la competencia, las licencias obligan a los clientes a pagar más por un servicio más pobre.

Friedman es mejor conocido por su trabajo sobre la política monetaria y su efecto en la inflación, un problema importante a finales del siglo XX. Criticó la visión dominante de que los gobiernos podrían controlar la inflación, ajustando sus impuestos y sus gastos. Argumentó que, en cambio, los gobiernos tenían que controlar la cantidad de dinero en circulación. Pero la política monetaria era una herramienta muy tosca, por lo que los gobiernos deberían simplemente establecer un marco sólido y renunciar a su constante intromisión económica.

James M. Buchanan (1919–2013) y Gordon Tullock (1922–2014)

Crítica a la toma de decisiones políticas

Buchanan y Tullock desarrollaron la Escuela de Elección Pública de economía, la cual desafió la idea de que las fallas del mercado justificarían la intervención gubernamental. Explicaron que las fallas del gobierno empeoraban las cosas aún más y con mayor frecuencia, porque el proceso de formulación de políticas estaba plagado intereses especiales y de explotación.

El problema comienza con las elecciones, que según Buchanan y Tullock no eran mecanismos para expresar 'interés público', sino concursos de intereses en competencia. En el capitalismo las personas pueden acceder a los diferentes productos que elijan. En las elecciones, la mayoría toma las decisiones por todos. Además, las mayorías pueden valerse de ellas para usar el poder del Estado con el propósito de ayudarles a explotar a las minorías. Eso no lo pueden hacer los productores en el capitalismo.

Las elecciones, también, están dominadas por grupos de presión especiales, que tienen un fuerte interés en el resultado. En cambio, el público en general tiene unos intereses dispersos y difusos. Incluso el político más bien intencionado a favor del servicio público necesita hacer concesiones a estos grupos de presión y de intereses especiales para resultar elegido. La política se enfoca en lo que es electoralmente conveniente, no en lo que es racional.

Además, para que sus medidas sean aprobadas por el órgano legislativo, los políticos, generalmente, tienen que hacer ajustes adicionales a sus propuestas para asegurar el apoyo de sus colegas y de otros legisladores. Pueden tener que hacer acuerdos, como por ejemplo el de 'tú votas por mi propuesta y yo voto por la tuya', lo que significa que todos terminan aprobando más legislación de la que realmente querían. Por último, los funcionarios que implementan la legislación que surge de este proceso irracional tienen sus propios intereses particulares: por ejemplo, pueden buscar expandir sus imperios burocráticos personales, haciendo las reglas altamente complejas y requiriendo más personal para gestionarlas.

El capitalismo puede no ser perfecto, concluyeron Buchanan y Tullock, pero tampoco deberíamos ser ingenuos sobre las alternativas.

Gary Becker (1930–2014)

Capital humano; soluciones económicas a problemas sociales

Estudiante de Milton Friedman, el economista estadounidense, Gary Becker, abrió nuevos caminos al aplicar conceptos económicos a muchos tipos diferentes de problemas sociales, incluyendo las motivaciones de los criminales, la discriminación contra las minorías y la inmigración. No obstante, es más conocido por su trabajo sobre el capital humano, aunque no fue él quien acuñó el concepto.

El capital humano se refiere a las cualidades, conocimientos y habilidades que hacen a los individuos más productivos. Incluye inversiones en educación y capacitación, pero también incluye valores útiles como la puntualidad y la diligencia, e incluso una buena salud. Becker identificó dos tipos de capital humano: *específico* y *general*. El capital humano específico es el conocimiento relevante para una empresa en particular, como es el caso del uso de su software. Las empresas pagan para que los empleados adquieran este conocimiento, porque saben que, si el empleado se va, la información sería inútil para los competidores. El capital humano general es el conocimiento que se puede usar en cualquier lugar, como las habilidades de mecanografía. Las empresas no están dispuestas a pagar por tales habilidades transferibles, por lo que las personas, generalmente, tienen que adquirirlas asumiendo el costo.

El enfoque de Becker proporciona otras percepciones interesantes. Por ejemplo, sugiere que una razón por la que las personas en la actualidad pasan más tiempo educándose que las generaciones anteriores es que están viviendo más, alargando y aumentando las ganancias potenciales que pueden obtener al tener habilidades transferibles. Los avances tecnológicos también han hecho que sea más rentable adquirir conocimientos avanzados y habilidades de alta tecnología, porque eso puede hacerlos mucho más productivos y más valorados. La idea del capital humano, incluso, ayuda a explicar por qué hay más mujeres educadas que nunca antes. No es solo una cuestión de cambio sociológico, sino porque la automatización del hogar ha liberado a las mujeres para seguir sus propias carreras profesionales.

Israel Kirzner (1930-)

El papel del emprendimiento; la importancia de los efectos dinámicos

Nacido en Londres, Kirzner estudió con Ludwig von Mises en Nueva York. Al igual que Mises, argumentó que los modelos

estándar de 'equilibrio estático' oscurecían la naturaleza dinámica de la economía. La actividad económica nunca se asentaba en un equilibrio perfecto: por el contrario, los individuos estaban, constantemente, corrigiendo sus planes y ajustando sus acciones en respuesta a las acciones igualmente cambiantes de los demás. Este proceso dinámico mantenía sus acciones en constante, aunque no perfecta, coordinación.

Kirzner explicó que el emprendimiento desempeñaba un papel vital en impulsar, mantener y mejorar esta coordinación. El emprendimiento es el proceso en el que individuos (no necesariamente emprendedores profesionales, sino personas comunes también) identifican vacíos y desajustes en el mercado, actuando luego para llenarlos y corregirlos. Por ejemplo, alguien podría notar que un nuevo material significa que ciertos productos pueden hacerse más ligeros o duraderos; otro podría notar que un nuevo desarrollo de oficinas impulsará la demanda de una cafetería cercana; otro podría creer que una panadería local popular podría tener éxito como una cadena nacional. Es posible que las personas actúen según este tipo de corazonadas o intuiciones solo porque puedan obtener ganancias empresariales para sí mismas, pero al hacerlo, ayudan a la coordinación de las acciones económicas humanas, al alinear mejor la producción con las diversas necesidades y deseos del público.

Esto, a su vez, muestra que el ajuste económico y la coordinación dependen, en gran medida, del conocimiento local de las condiciones del mercado que diferentes personas podrían tener. Pero esto se olvida en la idea de 'información perfecta' de la economía convencional. Además, nos recuerda que debemos tener las políticas, instituciones y mercados abiertos adecuados para que este espíritu empresarial prospere.

Deirdre McCloskey (1942-)

Valores liberales y crecimiento económico

McCloskey nació hombre, pero cambió de sexo a la edad de 53

años. Ya conocida (como Donald McCloskey) por su trabajo en teoría de precios y otros temas, su mayor impacto llegó más tarde, como resultado de su estudio de la historia económica de Gran Bretaña. Concluyó que el masivo crecimiento económico experimentado durante los últimos dos siglos se puede explicar, no tanto por el capital o las instituciones, sino por la difusión de ideas liberales, específicamente por los ‘valores burgueses’.

McCloskey subraya la enorme magnitud del reciente crecimiento económico. En 1800, la persona promedio ganaba el equivalente a solo unos pocos dólares al día. Hoy, los ingresos promedio son decenas de veces mayores. Dado que la población mundial ha crecido siete veces desde 1800, eso es un enorme aumento de la riqueza. Tampoco es simplemente un enriquecimiento material: con un aumento de la riqueza, la longevidad y la alfabetización, es también un enriquecimiento intelectual y cultural.

Este *Gran Enriquecimiento*, el salto más gigantesco en la prosperidad desde el amanecer de la agricultura, pero mucho más grande, comenzó alrededor de 1860. No se explica completamente por el crecimiento económico constante de Gran Bretaña desde la Peste Negra en el siglo XIV, ni siquiera por la Revolución Industrial, que comenzó a fines del siglo XVIII, ni por las instituciones y el Estado de derecho de Gran Bretaña. Solo las ideas, insiste, pueden cambiar tanto las cosas tan rápido. El Gran Enriquecimiento surgió de la difusión del ‘liberalismo burgués’, el cual permitió a las personas comunes, por primera vez, disfrutar de la libertad, la dignidad y la prosperidad. Durante siglos, el comercio se consideró corrupto y denigrante, pero escritores como John Locke y Adam Smith defendieron las virtudes de la libertad, el comercio, la acumulación de riqueza y capital, junto a la dignidad y autoestima que otorgaban a los ciudadanos comunes. De repente, no había nada que frenara el genio creativo de un pueblo libre.

Críticos y críticas

Irónicamente, personas como el cineasta estadounidense, Michael Moore (1954–), el economista coreano, Ha-Joon Chang (1962–), la activista canadiense, Naomi Klein (1970–), y el escritor francés, Thomas Piketty (1971–), se han hecho ricos criticando al capitalismo. Parece que si hay demanda por las ideas de ellos, el capitalismo recompensa, incluso, a sus propios críticos, a diferencia de otros sistemas, los cuales normalmente reprimen las críticas.

Igualmente, hay académicos, profesores, escritores y artistas que sienten que el capitalismo los subvalora. Creen que en una sociedad más justa tendrían un mayor estatus y autoridad. Pero olvidan que no es el capitalismo el que pone un valor a su trabajo, sino otras personas. ¿Quién puede decir que no se deben respetar las valoraciones de otras personas?

Ahora bien, sea cual sea la fuente, hay muchas críticas válidas al capitalismo que sus partidarios deben abordar: críticas morales, preocupaciones sobre la estructura de las economías capitalistas, críticas al poder corporativo y preocupaciones geopolíticas.

Críticas morales

Igualdad versus prosperidad. Las sociedades capitalistas son notablemente igualitarias, pero a medida que las personas intercambian dinero por bienes y servicios, inevitablemente habrá cambios en sus tenencias financieras (aunque equilibrados por el disfrute de lo que compran). La única forma de preservar la igualdad financiera sería una redistribución constante.

Muchas de las estadísticas sobre la desigualdad financiera son engañosas, porque se centran en los ingresos antes de deducir los impuestos y de pagar las prestaciones sociales. Cuando se

consideran los impuestos y las prestaciones sociales, la igualdad es, en realidad, muy similar en todo el mundo, con el 10 por ciento inferior de los asalariados, obteniendo alrededor del 40 por ciento del ingreso promedio. Las estadísticas también oscurecen los efectos de la edad y de la movilidad: las personas más jóvenes tienden a ser menos ricas, ya que aún no han desarrollado su capital humano y físico; mientras que los inmigrantes y otros con pocas habilidades toman trabajos mal pagados, pero los consideran escalones hacia trabajos mejor remunerados. Esta progresión es natural en cualquier sistema.

Algunos críticos, viendo la imposibilidad de una igualdad completa, abogan por impuestos muy altos a las herencias, para que la riqueza no se transfiera a individuos improductivos y todos tengan que comenzar la vida en condiciones más o menos iguales. Pero hay muchas objeciones morales a esto. Por ejemplo, desafía la naturaleza humana, porque los humanos tienen un poderoso deseo de beneficiar a sus hijos. Algunas personas viven más que otras, lo que les permite transferir más a sus hijos. Las personas derrocharían su dinero en lugar de verlo gravado con impuestos al morir, lo que llevaría a una menor inversión y a una menor prosperidad futura. Las empresas familiares desaparecerían. Y, en cualquier caso, como hemos visto, la riqueza heredada no es permanente.

Si bien casi todos apoyan, en principio, la igualdad de trato y la igualdad de oportunidades, son notablemente reacios a sacrificar su propia prosperidad por una mayor igualdad. Se dice que el dinero no puede comprar la felicidad, pero todas las pruebas indican que sí lo hace. El problema que debemos abordar no es la igualdad de ingresos, sino los ingresos suficientes: ¿tienen las personas lo suficiente para vivir decentemente?

Capitalismo y codicia. La crítica según la cual el capitalismo se basa en la codicia surge de confundir la codicia con el interés propio: si los proveedores fueran realmente codiciosos, sus clientes los abandonarían. ¿Por qué dirigir la acusación de 'codicia' solo a las

empresas? Las empresas pueden tener hambre de ganancias, pero los clientes tienen igual hambre de ahorros, mientras que los trabajadores tienen hambre de salarios más altos. Sin embargo, rara vez escuchamos críticas de ‘codiciosos’ dirigidas a los clientes y a los trabajadores.

Excepto ocasionalmente, críticos dicen que el capitalismo fomenta la codicia en todos, creando resistencia al pago de impuestos que se necesitan para financiar los servicios públicos esenciales. Pero cuestionar los impuestos no es algo malo: la mayoría de los servicios públicos (como la atención médica y la educación) pueden ser proporcionados de manera privada en el mercado o apoyados (como programas culturales y de bienestar social) a través de la sociedad civil. Aunque los impuestos pueden ser necesarios, son un mal necesario. Después de todo, se toman de las personas por la fuerza. Se gastan en cosas (como prisiones, militares o abortos) a las que algunos contribuyentes se oponen profundamente. Fomentan la provisión monopólica del Estado, que es menos eficiente y ofrece menos alternativas. Inducen a las intrigas del cabildeo y al amiguismo, ya que las personas compiten para obtener subsidios y favores o privilegios para sí mismas. Crean incentivos perversos. Por ejemplo, el impuesto sobre la renta hace que el trabajo resulte menos gratificante. Los impuestos sobre la herencia desalientan el ahorro y la inversión.

Materialismo y consumismo. Otra crítica moral es que el capitalismo promueve el materialismo y el ‘consumo excesivo’.

El argumento tiene un extraño linaje. Los primeros críticos del capitalismo decían que no funcionaba y que la planificación racional elevaría los estándares de vida más rápido: pero los hechos demostraron que esto era incorrecto. Más recientemente, la crítica ha sido que el capitalismo funciona supremamente bien, permitiendo a las personas satisfacer sus deseos hasta el ‘exceso’ de consumir frivolidades, desviando recursos de objetivos sociales importantes. Pero lo que es etiquetado como ‘exceso’ es una cuestión de opinión, lo cual es una base deficiente

para justificar políticas públicas, particularmente aquellas que impliquen usar la fuerza para sofocar dicho consumo.

Hay dos debilidades adicionales en este argumento crítico. La primera es que no tenemos autoridad moral para impedir que las personas produzcan y consuman lo que valoran, incluso si no lo valoramos nosotros mismos. Ciertamente, no tenemos autoridad moral para obligar a otros a actuar de acuerdo con nuestros valores, por virtuosos que supongamos que sean. Esto violaría sus derechos a elegir y a autodeterminarse.

En segundo lugar, la razón principal por la que adoptamos el capitalismo es, precisamente, porque es muy eficiente produciendo bienes económicos. No lo adoptamos para producir resultados sociales, como la igualdad o la solidaridad. Es la herramienta equivocada para ese trabajo y difícilmente podemos culparlo por eso. De hecho, produce algunos resultados sociales enormemente satisfactorios como la paz y la prosperidad general, pero esos son solo beneficios adicionales.

Reducción de costos y calidad. Muchos críticos piensan que la competencia obliga a los productores a reducir los costos al mínimo, dejando a los consumidores con bienes baratos pero de mala calidad. Las cosas, se quejan, no están hechas para durar, lo cual es irracional y una falsa economía.

De hecho, la presión competitiva sobre los productores consiste en satisfacer cualquiera de las demandas de los clientes. Los consumidores pueden exigir calidad en algunos casos y precios bajos en otros. Por ejemplo, si las modas de vestimenta cambian rápidamente, no tiene sentido producir ropa cara que pronto pasará de moda. Lo mismo ocurre con la electrónica personal, que podría quedar obsoleta pronto, debido a nuevas tecnologías. Por otro lado, para bienes duraderos (como cortadoras de césped o pianos de cola), entre los cuales la moda o el cambio tecnológico no son muy importantes, los consumidores pueden preferir productos mejor elaborados, en lugar de productos baratos.

En todos los casos, depende del consumidor: los compradores mayores y más ricos pueden preferir bienes de mejor calidad, pero de mayor costo, mientras que los clientes más jóvenes y menos adinerados pueden preferir bienes de menor calidad pero más asequibles. ¿Quién puede negarles esa elección?

Las personas toman malas decisiones. Algunos críticos objetan que muchas personas toman malas decisiones, como planes de ahorro que no entienden o bienes que no satisfacen sus necesidades. Argumentan que los nuevos productos, particularmente los productos financieros, deberían ser estrictamente regulados o, incluso, prohibidos, hasta que se conozcan sus efectos completos.

Pero prohibir nuevos productos con el argumento de que las personas podrían cometer errores al comprarlos es una forma segura de acabar con la innovación y el progreso. Las generaciones futuras que se beneficiarían de este progreso resultarían perjudicadas. Podrían ser aceptables y necesarias algunas protecciones simples y generales, como períodos de reflexión para ciertos productos financieros complejos. Sin embargo, gran parte de la regulación es inútil. Nadie comprueba los permisos: preguntan a amigos y a vecinos a quién recomiendan.

Ninguno de nosotros (ni siquiera un regulador) puede anticiparlo todo, por lo que compramos productos con base en la mejor información que tenemos disponible sobre ellos. La mayoría de las personas son perfectamente capaces de tomar sus propias decisiones sobre esa base. También conocen sus propias necesidades mucho mejor que algún funcionario distante: los reguladores no pueden saber qué motivos particulares impulsan a los individuos a comprar como lo que hacen, entonces ¿qué derecho o razón tienen para detenerlos? Si rescatamos a las personas cuando cometen errores, simplemente las estaremos alentando a ser descuidadas. Si les negamos el poder de elegir, los convertimos en meras cifras. Es más efectivo y moralmente

más valioso que las personas asuman las consecuencias de sus decisiones.

Críticas estructurales

Anarquía de la producción. Muchos críticos ven la producción capitalista como ineficiente, irracional y anárquica. Por ejemplo, diferentes empresas fabrican productos similares y tienen que gastar dinero en hacerles publicidad: un solo productor a gran escala sería más eficiente y la publicidad sería innecesaria. Además, los recursos podrían usarse y la producción estructurarse de manera más racional y con menos derroche si existiera una planificación apropiada, en lugar de dejar todo el proceso a la aleatoriedad de la producción capitalista.

Pero tales críticas olvidan que la competencia hace que el capitalismo sea altamente *dinámico*. No todas las empresas producen las mismas cosas, sino que intentan hacer sus propias ofertas más atractivas para los clientes, mejorándolas constantemente y eliminando costos inútiles. Como muestra la experiencia, un solo productor tendría mucho menos incentivo para mejorar, al mismo tiempo, su producto y su efectividad.

De hecho, hay mucha planificación en el capitalismo: individuos y empresas hacen planes todo el tiempo. Esos planes reciben retroalimentación constante e instantánea por parte de las decisiones diarias de los clientes sobre qué comprarán o no, y los productores ajustan rápidamente sus planes en consecuencia. Si cometen un error, solo ellos sufren. Pero las cosas son bastante diferentes cuando toda la producción de un país está planificada. Tales planes masivos son lentos de implementar y de modificar. Hay menos retroalimentación, porque los consumidores tienen menos alternativas. En consecuencia, hay menos dinamismo y menos progreso. Además, si el plan resulta erróneo, todo el país lo sufre.

Especulación improductiva. Muchos críticos objetan la

especulación financiera que existe en el capitalismo: apuestas en acciones o en precios de divisas, en mercados de futuros y en todo lo demás. Esto, dicen, no produce nada, pero absorbe mucho tiempo, energía y dinero.

De hecho, la especulación es una señal de una economía vigorosa y de un mercado de capitales animado. Los especuladores *sí* producen algo de valor. Teniendo en cuenta que la producción es especializada, los especuladores deben adquirir amplios y detallados conocimientos sobre unas pocas empresas o sobre un solo sector si quieren igualar a sus competidores. Por lo tanto, sus decisiones informadas sobre dónde invertir o *desinvertir* son un indicador valioso de la salud y de las perspectivas de esas empresas y de esos sectores, ayudando a otras personas a tomar mejores decisiones sobre dónde comprometer su propio dinero. Al reducir el riesgo de invertir, se fomenta una mayor inversión, llevando a más creación de capital y, por lo tanto, a más eficiencia productiva, lo cual acelera la utilización de los recursos en sus usos más productivos.

Producción no democrática. Otra crítica es que en el capitalismo, la producción se organiza para beneficiar a los propietarios, cuando de hecho debería estructurarse para beneficiar al público y otros grupos de interés. Por lo tanto, la producción debería estar bajo control democrático, de modo que pueda ser administrada en el interés a largo plazo de la nación, no en el interés a corto plazo de los propietarios.

Desafortunadamente, control 'democrático' significa control político, con todos los problemas propios de la política, incluido el poder de los grupos de presión y el interés propio de los votantes, políticos y funcionarios. Una economía administrada políticamente para el beneficio de ciertos sectores, significa una administración para el beneficio de los grupos de poder actuales, los cuales tienen el claro interés de mantener las prácticas existentes, en lugar de permitir que el progreso las interrumpa. Además, ¿quién es más cortoplacista que los políticos, siempre

preocupados de las próximas elecciones? Por el contrario, los propietarios sí se benefician si promueven el fortalecimiento a largo plazo de sus empresas, lo cual atraerá capital y aumentará su valor.

Poder corporativo

Grandes corporaciones. Muchas críticas al capitalismo se centran en el poder de las grandes corporaciones. Se les ve como entidades poderosas que pueden manipular a los políticos, a la opinión pública y hasta las decisiones de los consumidores, al tiempo que extraen favores regulatorios y tributarios del Estado, y crean monopolios.

Pero los monopolios y las grandes corporaciones no son una parte inevitable del capitalismo. En el marco de la competencia capitalista, la única forma en que las empresas pueden mantenerse grandes es continuar sirviendo al público. Incluso la empresa más grande puede ser desafiada por otra, o por empresas más pequeñas que se comen diferentes partes de su negocio. La única forma en que pueden crear monopolios es frustrando la competencia, mediante favores tributarios o regulatorios del Estado. Esto no es capitalismo, sino amiguismo.

La culpa de eso recae firmemente en el Estado. El Estado tiene el poder de gravar y de imponer leyes y regulaciones. Incluso puede encarcelarte o hacerte luchar en guerras. Las empresas no tienen ese poder. Por mucho que la gente se queje del poder de las grandes empresas, el Estado es donde reside el verdadero poder. Necesitamos políticos que promuevan la competencia, no que sirvan a los intereses de los grandes productores ya establecidos.

Gestión frente a propiedad. Algunos críticos argumentan que las grandes corporaciones que cotizan en bolsa son disfuncionales, porque la gestión se ha separado de la propiedad. Los gerentes se han vuelto desenfrenados, poderosos y remunerados de forma exagerada.

Pero la división de la propiedad y la gestión es, simplemente, otro ejemplo de la división del trabajo. Ciertamente, los propietarios (es decir, los accionistas) de las empresas deben tener el poder de controlar a sus gerentes o administradores, aunque la mala legislación empresarial ha erosionado ese poder en muchos países, debido a la interferencia de la política en el buen funcionamiento del capitalismo.

Además, cuanto más grande es una empresa, más capacitado es el gerente que se necesita para dirigirla. Hay muy pocas personas que pueden dirigir una corporación internacional de alcance mundial, por lo que no es sorprendente que estén bien pagadas. Pero no necesariamente pagadas de forma 'exagerada': cuando un buen director ejecutivo decide irse, el valor de una empresa puede desplomarse. Debería ser decisión de los propietarios determinar si los gerentes valen el dinero que cobran, no los políticos, quienes tienen otras motivaciones.

Relaciones globales

Multinacionales. Pocas empresas atraen más críticas que las corporaciones multinacionales. Los críticos las acusan de presionar por protecciones especiales, trasladar costos entre países para ahorrar impuestos y mover sus procesos más contaminantes a países más pobres. Los mercados globales, argumentan, están debilitados por el gran capital. Las multinacionales, algunas tan grandes como países enteros, actúan más como potencias imperiales que como jugadores del mercado económico.

Nuevamente, son los gobiernos y el amiguismo los que permiten que las empresas crezcan a gran escala. Los países tienen diferentes regímenes tributarios, precisamente, porque algunos desean atraer negocios y capital que impulsan el crecimiento. De hecho, las multinacionales han hecho enormes inversiones en países más pobres, aportando capital que hace que sus industrias sean más productivas. Abren oportunidades laborales y elevan

los salarios. Puede ser que parte del trabajo sea más arduo y que algunos de los procesos sean menos limpios que los que la gente de los países ricos elegiría; pero la alternativa es que el desarrollo de estos países se retrase, que su esperanza de poder permitirse una producción más fácil y más limpia se posponga y que su gente viva en la pobreza por más tiempo.

En cuanto al imperialismo, las multinacionales y los mercados globales han promovido, en realidad, la paz mundial. Sus inversiones en economías emergentes han ayudado a sacar a miles de millones de seres humanos de la pobreza y han contribuido a crear una clase media próspera que tiene todo que ganar al preservar la paz y el comercio.

McDonaldisación. Sin embargo, algunos críticos argumentan que con la inversión de los países más ricos viene también el imperialismo cultural, con marcas, estilos de vida y prácticas occidentales que destruyen las culturas locales.

Pero la verdad es que la globalización ha promovido, en realidad, la difusión de bienes y servicios más diversos. Ahora que grandes áreas de Europa del Este y del Sudeste Asiático ya no están cerradas a Occidente, ambos lados pueden disfrutar de más productos de más países que nunca antes. La creciente riqueza que el comercio ha proporcionado a los países con economías emergentes, ha permitido que más personas de allí vayan a los países ricos, como estudiantes o como turistas, llevando sus valores y su cultura con ellos. El resultado no es imperialismo cultural, sino diversidad y elección.

Protección laboral. A menudo se dice que las economías emergentes necesitan protección especial para que puedan hacer crecer sus industrias 'nacientes' y volverse económicamente fuertes. Esto significa controles, aranceles de importación y subsidios a las exportaciones que evitarían que los países más ricos se aprovechen de ellos.

Pero, de hecho, el mayor problema en los países más pobres es la falta de capital. Su apertura a la inversión extranjera es la forma más rápida de obtenerlo. El nuevo capital los hace más productivos, aumentando su capacidad de ofrecer bienes y servicios que pueden competir con cualquier otro en el mundo y ayudando a la gente local a perseguir sus propias ambiciones.

El proteccionismo es posible solo en países que no son libres, donde los estados pueden obligar a los contribuyentes a subsidiar industrias favorecidas, o pueden imponer aranceles y cuotas contra los importadores. Pero los mercados ahora son globales: los países ganan al ser parte de ellos, y no pueden desarrollarse, o incluso mantenerse actualizados, detrás de muros proteccionistas.

Confundiendo a los *amiguistas*

Algunos de los críticos del capitalismo argumentan que no existe tal cosa como mercados libres. Siempre hay presiones de grupos poderosos, cabildeo y colusión, por lo que se necesitan regulaciones y reglas fuertes para hacer que el capitalismo funcione de manera tolerable.

Pero los defensores del capitalismo también rechazan la colusión y el amiguismo. Los ven como fenómenos que nos son exclusivos del capitalismo. De hecho, son más comunes en sistemas socialistas. Las reglas que permiten que los mercados funcionen - de justicia, de propiedad y de comercio libre - son mucho más simples y generales que las regulaciones exhaustivas que proponen los críticos.

Más bien, el gobierno debería centrarse en su obligación de proteger los derechos y libertades individuales, no en intentar dirigir la economía: una especie de división entre economía y Estado. La triste lección de la historia es que los funcionarios públicos no son ni más sabios ni más éticos que las personas comunes. De hecho, el poder estatal atrae lo peor de aquellos que lo desplegarían y les permite cometer errores más grandes.

El futuro del capitalismo

El capitalismo tiene muchas fortalezas y hay muchas oportunidades para que se expanda la paz y la prosperidad en todo el mundo. Pero también tiene debilidades y enfrenta amenazas que podrían debilitarlo aún más, alterando sus delicados mecanismos, distorsionando sus efectos y reduciendo su apoyo entre el público.

Fortalezas

Prosperidad. El principal argumento a favor del capitalismo, incluso en su forma actual altamente regulada, es que rápidamente impulsa la prosperidad, particularmente para los más pobres. La globalización reciente de los mercados y de los capitales del mundo ha sacado a miles de millones de personas de la pobreza extrema, aumentando los ingresos y la riqueza, mejorando los servicios de salud, aumentando la longevidad, disminuyendo de la mortalidad infantil, extendiendo más la alfabetización y el conocimiento matemático (especialmente entre las mujeres), entre muchos otros beneficios para la humanidad.

Adicionalmente, el acceso al capital mundial ha hecho que las empresas de las economías emergentes sean más productivas. Eso permite que la gente de esos lugares pueda disfrutar de mejores productos locales, más baratos y más abundantes, y que sus ingresos rindan más. Una mayor productividad también facilita el éxito de nuevas empresas de negocios, reduciendo el riesgo de emprender y fomentando la innovación y el progreso.

Liberando mentes. Al hacer la producción más fácil y más productiva, al suministrar bienes que liberan a los seres humanos de las tareas aburridas y repetitivas, y al crear riqueza que salva a la gente de preocuparse por su existencia cotidiana, el

capitalismo libera a las personas para dedicar sus mentes a las cosas que valoran y usar su inteligencia para resolver sus otros problemas. Liberar muchas mentes diferentes para pensar sobre cómo vivimos, también promueve el progreso. Diferentes personas proponen diferentes planes que pueden ser probados en los mercados de bienes y también en los de ideas. Podemos, entonces, construir sobre lo que funciona y abandonar lo que no sirve de forma mucho más rápida que si estuviéramos comprometidos con algún plan nacional único.

Muchas utopías personales. El capitalismo es pluralista. Como dice Brennan, el capitalismo no promueve una utopía, promueve muchas utopías. Diferentes personas pueden perseguir diferentes ambiciones y vocaciones que elijan. No tienen que esperar a que el gobierno les asigne su papel en el proyecto colectivo. Pueden construir su propio paraíso, sin impedir que otros desarrollen el suyo. Todo lo que tienen que hacer es llevarse bien con los demás, no tienen que oprimirlos, como Marx sugirió que hacían las clases burguesas. El capitalismo permite que germinen muchas flores diferentes.

Naturaleza humana. El capitalismo también está arraigado en la naturaleza humana. Las personas tienen un fuerte apego a su propiedad: sus posesiones son importantes para ellos y tienen un significado para cada individuo que va más allá de su valor material. Nuestras ideas de justicia son igual de profundas, al igual que nuestro compromiso con las personas que honran las promesas que hacen. La gente quiere ser libre para vivir y actuar como elija, mientras coexiste pacíficamente con los demás. Las personas quieren mejorar su condición y la de sus familias. Estos son los cimientos mismos del capitalismo. Por lo tanto, no es de extrañar que, incluso en los países colectivistas más despiadados, la gente intente construir y proteger su propiedad, al tiempo que los mercados irrumpen cada que hay una oportunidad.

Debilidades

Estatismo y amiguismo. Es difícil defender lo que comúnmente se denomina 'capitalismo' hoy en día. Lo que se entiende por 'capitalismo' en la mayoría del mundo tiene más que ver, de hecho, con economías mixtas, en las cuales las empresas privadas están fuertemente gravadas y reguladas. En ese tipo de economías, la mitad o más del ingreso nacional está en manos del gobierno. Las empresas estatales tienen monopolios o cuasi-monopolios en sectores importantes, incluyendo la salud, la educación, los servicios públicos, el transporte ferroviario y la entrega del correo. A menudo son economías de amiguismo, en las que las grandes empresas aumentan su poder económico extrayendo favores de los políticos, a veces a cambio de apoyo financiero.

Sin embargo, es igualmente difícil defender el 'socialismo', el cual ha predominado en países como la Rusia soviética, la China de Mao, Corea del Norte o Cuba, con su falta de responsabilidad y su ausencia de democracia; con sus dictaduras, sus élites partidistas, sus purgas y sus hambrunas que le han quitado la vida a, quizás, cien millones de personas.

La diferencia es que el amiguismo no es una parte inevitable del capitalismo, mientras que estos males son una parte inevitable del socialismo. Esto se debe a que el capitalismo se basa en el principio de libertad individual e intercambio voluntario. El socialismo, por el contrario, requiere la existencia de un poder político que dirija toda la actividad económica. En el capitalismo las personas no tienen que estar de acuerdo: pueden llevar a cabo sus propios negocios y consumir su propia mezcla preferida de bienes, sin que otros tengan que estar de acuerdo con sus elecciones. El socialismo, sin embargo, presupone un objetivo colectivo y medios colectivos para lograrlo, en los que la gente debe estar de acuerdo. Aquellos que no estén de acuerdo deben ser forzados a participar en el esfuerzo colectivo.

Mientras que el capitalismo se basa en la diversidad y la elección,

el socialismo se basa en la conformidad y el poder. Pero la conformidad no es amiga del progreso, mientras que el poder corrompe incluso a los individuos con un espíritu más altruista y atrae a aquellos que son más despiadados en su uso. Uno puede imaginar un 'capitalismo puro' en el que las empresas prosperan solo sirviendo a los clientes en una competencia abierta, y no son apoyadas por favores de amiguismo del Estado. Pero uno no se puede imaginar un 'socialismo puro' en el que todos estén felices de participar en el esfuerzo colectivo sin algún aparato de poder estatal para forzarlos.

Hipocresía empresarial. Pero el poder que permite a los políticos otorgar favores a los amigos explica por qué aquellos empresarios son algunos de los defensores más débiles del capitalismo, o incluso sus mayores enemigos. Las corporaciones empresariales privadas rara vez apoyan la competencia en su propio sector. Por el contrario, piden regulaciones para restringir la competencia, a menudo alegando que están salvando al público de operadores peligrosos. Aunque profesan apoyo al 'capitalismo', son hábiles para argumentar a favor de subvenciones, alivios tributarios y otros favores que los políticos tienen a su disposición.

La incapacidad (o falta de voluntad) de las personas de negocios para explicar los beneficios públicos del emprendimiento y de los mercados libres es, sin duda, una gran debilidad del capitalismo y una gran amenaza para él. Al confundir el capitalismo con el amiguismo, estos supuestos campeones del sistema no hacen ningún favor a la causa. La idea del capitalismo ya es lo suficientemente difícil de entender: los beneficios inmediatos de las intervenciones son fáciles de comprender, pero no así las ventajas a largo plazo de dejar que los mercados y la competencia funcionen. Así mismo, pocas personas se dan cuenta de lo delicado que es el orden del mercado, y de cómo puede ser desequilibrado salvajemente, incluso por pequeñas intervenciones políticas.

Explicaciones falsas. Además, dado que la realidad en la mayoría

de los países desarrollados es que cuentan con economías mixtas, es difícil para las personas discernir qué eventos son causados por el capitalismo y cuáles son causados por las intervenciones políticas que lo distorsionan. Por ejemplo, casi todos los políticos y la mayoría de las personas comunes creen que la crisis financiera de 2007- 2008 fue causada por el capitalismo y por los ‘banqueros codiciosos’ que creó. Pero los defensores del capitalismo replican que la crisis fue, en realidad, alimentada por décadas de bajas tasas de interés y por una política monetaria laxa. La crisis fue desencadenada por regulaciones gubernamentales de Estados Unidos, bien intencionadas, pero equivocadas, que obligaron a los bancos a prestar a familias pobres a sabiendas de su alto riesgo crediticio, desencadenando el desastre de las hipotecas *subprime* o de alto riesgo, lo cual llevó al colapso de varias instituciones financieras. Igualmente, advierten que la respuesta de los gobiernos a la crisis, al rescatar a los bancos, creando aún más dinero y reduciendo, aún más, los costos de endeudamiento, solo prolongó la agonía, produciendo estancamiento económico. La solución correcta, según ellos, es sanear los bancos, exponiéndolos a la competencia, adoptando políticas monetarias y crediticias sostenibles, y permitiendo que los mercados funcionen para restaurar una economía sólida.

En consecuencia, las explicaciones comunes del colapso financiero son equivocadas. No obstante, los eventos de 2007-2008, los malos remedios aplicados y el largo período de bajo crecimiento que siguió, han creado una desilusión generalizada con el capitalismo y con los mercados libres, provocando llamados a más controles, a más regulaciones y a otras intervenciones gubernamentales. Sin duda, todo esto ha dejado seriamente debilitada la idea del capitalismo.

Oportunidades

La expansión del capitalismo. A pesar de todo, el capitalismo continúa expandiéndose. Aunque en una época pareció que el comunismo eventualmente cubriría todo el mundo, en la

actualidad hay pocas partes del mundo en las que las ideas y prácticas capitalistas no hayan penetrado. Tras la caída de la Unión Soviética, a principios de los años 1990, gran parte de Asia, Europa del Este y África, se vincularon a la red mundial de comercio e instituyeron reformas que permitieron a las personas desarrollar sus propias empresas de negocios y comerciar más libremente. Esto, a su vez, ha creado una nueva clase media de personas que dirigen o que trabajan en empresas capitalistas, anhelando más de esa misma libertad y prosperidad. Con la apertura de nuevos mercados, más los avances en comunicaciones y transporte globales, este cambio seguramente se acelerará. Los políticos pueden preocuparse por el libre comercio que toma empleos en sus países, pero todos los economistas reconocen sus beneficios: ahora la gran mayoría de la población mundial depende del capitalismo y del comercio para los bienes baratos y de alta calidad que ya pueden disfrutar.

Poder para los pobres. Asegurar que los más pobres puedan participar plenamente en este desarrollo es tanto un desafío como una oportunidad. Aunque las personas en países más pobres tienden a ahorrar más, sus activos no son capital: de hecho, sus ahorros a menudo se mantienen, improductivamente, en dinero en efectivo. Como señaló el economista peruano, Hernando de Soto Polar (1941–), algunos de los más pobres del mundo construyen hogares donde pueden, pero sin título legítimo de propiedad, y manejan empresas y tiendas informales sin obtener las detalladas licencias requeridas por el Estado. Dado que sus hogares y sus negocios no tienen una posición legal, no pueden usarlos como garantía para acceder a créditos y para respaldar contratos, por lo que nunca pueden hacer crecer sus empresas o lograr una verdadera seguridad financiera. Sin embargo, los estados pueden ayudar a estas personas a prosperar emitiéndoles un título de propiedad de su tierra y haciendo la regulación más simple y realista, convirtiendo sus ahorros en capital productivo y dándoles una verdadera participación en la economía de su país.

Sin límites geográficos o morales. No hay límites naturales para la expansión del capitalismo y de los nuevos mercados. La innovación continúa desarrollándose, creando nuevas oportunidades para que los empresarios satisfagan las necesidades y deseos de las personas de mejor manera, más barata, más rápida y en ubicaciones incluso más remotas. Nadie sabe a dónde nos llevará esta libertad y este progreso, lo cual debe deprimir a los pesimistas y planificadores, pero emocionar a los individualistas y optimistas, quienes constituyen la mayor parte de la humanidad.

Tampoco las oportunidades se detienen en los beneficios materiales. Los valores de propiedad, independencia, libertad, paz y el rechazo al uso de la fuerza, que son parte del paquete capitalista, se fortalecen con la expansión de los mercados libres y del comercio. Eso tiene que ser una ganancia moral que avanza el espíritu humano.

Amenazas

Intelectuales. Quizás la mayor amenaza al capitalismo proviene de los intelectuales. Sus motivos pueden ser altruistas, o no: tal vez se sientan infravalorados por el mercado, se imaginen dirigiendo un nuevo orden económico o no confían en que otros hagan elecciones racionales. De cualquier manera, el público y los políticos, generalmente, consideran a los intelectuales como personas bien informadas y sabias, aceptando sus críticas al capitalismo y concluyendo que necesita serias modificaciones.

Pero los intelectuales rara vez entienden la naturaleza y los intrincados mecanismos del capitalismo, y, a menudo, tienen poca experiencia personal en él. Por lo tanto, con frecuencia, se imaginan sus problemas, diagnostican mal las causas y aplican los remedios equivocados.

Errores de los libros de texto. Muchos intelectuales, por ejemplo, siguen inmersos en el modelo de libros de texto de 'competencia perfecta', el cual supone una gran cantidad de proveedores

vendiendo bienes idénticos a precios idénticos. Por lo tanto, suponen que cualquier variación en los precios o en la participación de mercado debe ser una falla. Ven el rápido crecimiento de una cadena de supermercados, por ejemplo, como una señal de que el mercado debe ser 'imperfecto', en lugar de verlo como una señal de que los consumidores simplemente prefieren lo que ofrece. Las reducciones de precios del mismo supermercado son percibidas como 'prácticas depredadoras', en lugar de ser entendidas como intentos de ganar clientes en un mercado en rápida evolución. Como resultado, proponen restaurar la mítica 'competencia perfecta', limitando el crecimiento de las empresas o controlando sus precios, con lo cual se destruyen las mismas fuerzas que hacen que los mercados sean tan dinámicos. No se dan cuenta de que la competencia solo funciona porque la vida económica es imperfecta, con empresas que intentan llenar los vacíos que surgen y luchan por ofrecer algo diferente, mejor y más barato, no productos que sean idénticos a los de todos los demás.

Populismo. La amenaza de que el capitalismo sea aplastado por el socialismo estatal es, por supuesto, mucho menor que antes de los años 1990. El socialismo se ha convertido cada vez menos en un gran diseño y cada vez más en una serie de quejas sobre el funcionamiento y los resultados del capitalismo, como sucede con el caso la desigualdad. Pero el capitalismo nunca prometió resolver todos los males sociales, ni podría hacerlo: su valor radica en la producción y distribución eficiente de bienes económicos. Muchos de los malos resultados que se le achacan son, en realidad, el resultado de la intervención gubernamental, no del capitalismo. La política populista, con sus diagnósticos y recetas simplistas, ha llevado a un gran crecimiento en el intervencionismo económico. Hemos pasado de la idea de la propiedad estatal de los activos productivos al control estatal de los mismos. No deberíamos sorprendernos si tal intervención política produce efectos perversos.

Control creciente. Aun así, la regulación sigue creciendo. Hay muchas razones: por ejemplo, las regulaciones requieren

agencias gubernamentales para implementarlas, y estas agencias tienen un interés natural en expandir su papel, convirtiéndose, típicamente, en una fuente importante de nuevas y aún más complejas regulaciones. A medida que el gobierno se convierte en un actor económico más grande e importante, hay más oportunidades para la búsqueda de rentas, de amiguismo y de corrupción. Más gobierno hace que los beneficios potenciales del cabildeo también aumenten. Los políticos ganan en poder, en estatus y en privilegios, al tiempo que disfrutan al imponer sus propios valores en la vida económica y social, señalando su propia virtud al electorado del que dependen para la reelección.

Todo esto es desafortunado, pero lo peor es el hecho de que la regulación es casi siempre contraproducente, precisamente porque los efectos a largo plazo de la intervención se entienden tan mal y raramente se tienen en cuenta. Por ejemplo, las leyes de salario mínimo pueden parecer una acción positiva contra la pobreza; pero, de hecho, tienen el efecto opuesto, al excluir del mercado laboral a personas que pueden ser pobres o jóvenes inexpertos o sin habilidades. Otro ejemplo son las regulaciones que exigen pruebas prolongadas para las nuevas medicinas que bien podrían salvar al público de medicamentos no probados; pero igualmente niegan a personas con enfermedades terminales la posibilidad de tomar nuevos medicamentos que podrían salvarles la vida. Puede parecer que los controles de alquileres hacen que la vivienda sea asequible para todos, pero al hacer menos rentable alquilar propiedades, causan que los propietarios retiren viviendas y oficinas del mercado o los mantengan en peor estado.

Lamentablemente, es el capitalismo, no los políticos, el que carga con las culpas de estas consecuencias, lo que, invariablemente, lleva a pedir más regulaciones. Sin embargo, una vez impuestas, las regulaciones son difíciles de eliminar, porque crean grupos de interés que dependen de ellas, como aquellos que disfrutan de alquileres baratos controlados, sin mencionar a los reguladores que gestionan la política. Esta regulación, en expansión y en

constante crecimiento, representa una seria amenaza para el futuro del capitalismo.

La durabilidad del capitalismo

Lo que sigue siendo notable del capitalismo es su resiliencia y su durabilidad. De una forma u otra, ha estado con nosotros durante milenios. Como un orden social individualista, en lugar de colectivista, permite a los individuos encontrar su propia manera de lidiar con las realidades sociales, políticas o tecnológicas que la vida les presenta. Al aprovechar el genio creativo de cada individuo, puede sobrevivir, incluso, a las intervenciones políticas más dañinas: desde regulaciones ineptas, pasando por políticas económicas mal orientadas, hasta la planificación y control total por parte de los estados.

Sin duda, la versión politizada del capitalismo que predomina hoy en día puede mejorarse, liberándose de la política y de la intervención estatal, dejándolo más libre para trabajar, de manera sistemática y abarcadora, en beneficio de todos. Pero sin algo parecido al capitalismo genuino, es difícil ver un futuro próspero y liberal para la especie humana.

Lecturas adicionales sobre el capitalismo

Textos introductorios hostiles

Es notable cómo muchas supuestas introducciones al capitalismo son, en realidad, críticas a él, inspiradas en el análisis histórico de Karl Marx. Este es el caso de *Capitalismo: Una muy corta introducción* (*Capitalism: A Very Short Introduction*) (2004) de James Fulcher, quien comparte la fijación de Marx con el beneficio, el sistema de salarios, la explotación, la pobreza urbana y las megatendencias históricas. Aplica el mismo pensamiento a las preocupaciones actuales sobre la inestabilidad financiera y la globalización. Pero no logra explicar qué es el capitalismo, cómo funciona realmente o las ideas detrás de él.

La entrada de Wikipedia sobre el capitalismo (<https://en.wikipedia.org/wiki/Capitalism>) es un texto confuso de muchos autores, nuevamente aceptando, en su mayoría, el punto de vista marxista. Salta desde las definiciones marxistas a su visión de la historia del capitalismo. Aborda las variedades y características del capitalismo, pasa por los mercados, la propiedad y el beneficio, el capital financiero, el monopolio, los mercados y la guerra. Reitera los tipos de capitalismo. Sigue con el papel del gobierno y continúa con más críticas, solo brevemente contrarrestadas, dejando a los lectores completamente desconcertados.

El libro *23 Cosas que no te cuentan sobre el Capitalismo* (*23 Things They Don't Tell You About Capitalism*) (2011) de Ha-Joon Chang es una serie de ensayos que sugieren, en gran medida, que el capitalismo es lo mejor de un mal grupo, pero que necesita ser controlado y regulado. Sugiere que los negocios

son cortoplacistas, que la globalización ha logrado poco, que la riqueza se queda con los ricos, que el capitalismo se está volviendo menos eficiente y que los mercados libres no existen.

El libro de Chang debe leerse junto con *23 Cosas que nosotros te estamos contando sobre el Capitalismo (23 Things We Are Telling You About Capitalism)* (2014, <http://tinyurl.com/y8fxth82>) de Tim Worstall, el cual responde que los políticos son aún más cortoplacistas, que el proteccionismo no funciona y que se basa en la fuerza, que la regulación promueve el amiguismo y que los gobiernos grandes son mucho menos progresistas y flexibles que los mercados libres.

Textos introductorios a favor

Existen varias introducciones útiles, escritas por defensores del capitalismo, brindando una mejor oportunidad de entenderlo y explicarlo. Una de las más influyentes, y un excelente punto de partida, es la serie de videos y el libro *Libre para elegir (Free to Choose)* (1980) de Milton y Rose Friedman, en el que defienden enérgicamente un enfoque de *laissez-faire*, de no intervención, mostrando la conexión entre la libertad y el progreso económico. Abordan muchos asuntos como los altos impuestos, los bajos estándares de calidad en la educación estatal y en otros servicios públicos, la política monetaria y el bienestar social (donde los Friedman proponen un impuesto negativo sobre la renta).

Los mismos autores colaboraron anteriormente en *Capitalismo y libertad (Capitalism and Freedom)* (1962). Aunque parte del material sobre políticas públicas está desactualizado, concentrándose, en gran medida, en la política monetaria (la inflación era entonces un gran problema), hay muchos puntos útiles sobre el papel del gobierno en la creación de monopolios, sobre cómo el capitalismo reduce la discriminación, sobre cómo las regulaciones benefician a los proveedores y no al público, y sobre la importancia de la libertad económica.

Robert Hessen ofrece una breve introducción al capitalismo en la biblioteca en línea de Economía y Libertad (<http://www.econlib.org/library/Enc/Capitalism.html>), en la cual muestra cómo la palabra 'capitalismo' fue inventada como un término hostil que aún deja a las personas pensando que los capitalistas quieren devolvernos a las oscuras ciudades industriales de la Inglaterra del siglo XIX. La supuesta solución - un socialismo utópico de armonía - no funcionó, por lo que Marx creó un socialismo 'científico', prediciendo que el capitalismo fracasaría. Cuando prosperó, los críticos dieron un giro, quejándose del materialismo y de los 'excesos' del capitalismo. Lamentablemente, escribe Hessen, los occidentales no entienden su propio sistema y han sido malos en defenderlo.

Un poco más filosófico, *¿Por qué no el capitalismo? (Why Not Capitalism?)* (2014) de Jason Brennan compara el caso moral del socialismo y del capitalismo, argumentando que la visión socialista no es inherentemente más virtuosa que la capitalista. Al contrario, el capitalismo se basa en la cooperación voluntaria, el respeto mutuo y el cuidado de los demás. A diferencia del socialismo, sus principios funcionan en sociedades grandes y pequeñas. Además, protege y hace crecer los recursos, permitiendo a las personas desarrollarse y expresarse para perseguir su propia visión de utopía.

Capitalismo: Una versión condensada (Capitalism: A Condensed Version) (2007) de Arthur Seldon, un poco anticuado (siendo una condensación de un libro de 1990), analiza cómo la Revolución Industrial -contrariamente a la opinión común- proporcionó a las personas casas en lugar de chozas, ropa barata en lugar de harapos, jornadas laborales más cortas, mejores servicios de salud y muchos otros beneficios. Luego esboza los rudimentos del capitalismo, como la propiedad, el sistema de precios y los derechos del consumidor, antes de mostrar cómo el bienestar, la educación, la atención médica y la vivienda no necesitan ser proporcionados por el Estado.

En Capitalism, Democracy, and Ralph's Pretty Good Grocery (2001), John Mueller explica que el capitalismo y la democracia no son perfectos, ni desastrosos, sino que son 'bastante buenos' en lo que hacen. Aunque se dice que el capitalismo se basa en la codicia, en realidad premia acciones honestas, justas, civilizadas y compasivas. Se dice que la democracia es igualitaria y participativa, pero en realidad es caótica, desigual y apática. Juntos, nos dan libertad, seguridad y prosperidad, pero no el paraíso.

La conferencia de Matt Ridley, *The Case for Free-Market Anti-Capitalism* (2017), señala que los mercados libres no son lo mismo que el capitalismo de amiguetes, el corporativismo y el monopolio. Las grandes empresas han hecho que el término 'capitalismo' sea inutilizable, porque ahora dependen no de la libertad económica sino de los favores del gobierno, de subsidios, de exenciones tributarias y de regulaciones. Pero la libertad económica ha reducido a la mitad la pobreza en veinte años, impulsado la productividad y la generosidad, al tiempo que ha reducido la discriminación y la desigualdad.

The Best Book on the Market (2008) de Eamonn Butler es una guía breve de cómo funciona el individualismo económico. Muestra cómo los mercados nunca son 'perfectos', pero cómo son las imperfecciones las que motivan a todos dentro de ellos. Sí, existen las fallas del mercado: pero las fallas del gobierno son aún peores. El intercambio aumenta el valor; los controles lo matan. El libro abarca el papel orientador de los precios y de la competencia, el papel de la honestidad y de la propiedad, así como la moralidad del mercado.

La Revolución Capitalista (The Capitalist Revolution) (1986) de Peter Berger muestra cómo las características del capitalismo, como la propiedad, los bienes de capital, los mercados libres, la asignación automática de activos y un sistema jurídico predecible, lo hacen adecuado para promover la eficiencia y el progreso. Ofrece un refugio del poder político, a diferencia del socialismo,

que tiene que ser impuesto por la fuerza. Cuanto más grandiosa es la visión socialista, más despótico debe ser el régimen. Pero el capitalismo está plagado de virus, como los intelectuales a los que crea, pero que se oponen a él, o como los grupos de interés que intrigan por privilegios legales.

La Naturaleza benevolente del Capitalismo (The Benevolent Nature of Capitalism) (2012) de George Reisman explica por qué la libertad económica y personal son esenciales para la paz, el progreso y la seguridad. El capitalismo aumenta el suministro de recursos útiles, mejora el medio ambiente y crea una enorme productividad. Los precios y las tasas de interés orientan la inversión hacia los usos de mayor valor, proporcionando beneficios tanto a los no propietarios como a los propietarios. El capitalismo es racional, no anárquico, y se basa en la competencia, no en el monopolio.

Sobre el capitalismo y la pobreza

Hay varios libros a favor del capitalismo que muestran cómo la expansión de este sistema ha tenido un gran impacto en la reducción de la pobreza. *Heavens on Earth* (2013) de J. P. Floru muestra cómo la liberalización económica en Chile, Nueva Zelanda, China y Hong Kong ha impulsado el crecimiento, y ha ayudado a incrementar y a difundir la riqueza, incluso entre los más pobres. La conclusión es que los impuestos, la regulación y la planificación central, simplemente, prolongan la pobreza.

El economista sueco, Johan Norberg, en su libro *En Defensa del Capitalismo Global (In Defence of Global Capitalism)* (2001), presenta una exposición clásica del impacto positivo del capitalismo y del comercio en la prosperidad, la educación, la atención médica, la esperanza de vida, la supervivencia infantil y mucho más. Repleto de hechos y de cifras, contrasta el desempeño de países vecinos capitalistas y socialistas (como Taiwán y China, Alemania Occidental y Oriental, Corea del Sur y del Norte) para demostrar los amplios beneficios de

la globalización y de la competencia. Norberg ha actualizado el argumento con su libro *Progreso: Diez Razones para mirar al Futuro con Optimismo* (*Progress: Ten Reasons to Look Forward to the Future*) (2016), que describe las mejoras posteriores a la liberalización en la calidad de los alimentos, salud, esperanza de vida, medio ambiente, paz, alfabetización, libertad e igualdad.

El Misterio del Capital (*The Mystery of Capital*) (2001) de Hernando de Soto Polar, muestra cómo el capitalismo y los derechos de propiedad convierten cosas sin valor en capital productivo y valioso. Observa que, aunque las personas pobres en su Perú natal construyen sus hogares y sus empresas, no son 'capital' útil, porque la gente no tiene título legal de propiedad de la tierra, ni cumple con todas las licencias detalladas necesarias para comerciar. Argumenta que estos activos muertos se pueden convertir en capital, otorgando estos derechos legales, permitiendo que las personas más pobres tengan una participación real en la economía, se desarrollen y prosperen.

Sobre filosofía y moralidad

La Moralidad del Capitalismo (*The Morality of Capitalism*) (2011), editado por Tom Palmer, es una serie de ensayos de filósofos, escritores, economistas y pensadores de centros de pensamiento o *think tanks*, incluyendo dos premios Nobel (Vernon Smith y Mario Varga Llosa). Argumentan que el comercio es una medida antipobreza mejor que la ayuda extranjera. Dicen que el capitalismo es altamente moral: se basa en la confianza, no en la codicia; fomenta la innovación y la creación de valor; crea respeto mutuo y confianza; y promueve y defiende los valores culturales.

El Espíritu del Capitalismo Democrático (*The Spirit of Democratic Capitalism*) (1982) de Michael Novak examina el capitalismo en términos de religión y el espíritu humano. Argumenta que las sociedades capitalistas democráticas y pluralistas crean comunidades solidarias, a través de clubes, iglesias, organizaciones benéficas y otras instituciones de la sociedad civil.

Pero este aspecto esencial de nuestra vida moral y de nuestra plenitud personal se pierde cuando la actividad económica y social se politiza.

Capitalismo: El Ideal Desconocido (Capitalism: The Unknown Ideal) (1966) de Ayn Rand, es una serie ecléctica de ensayos sobre una variedad de temas, que exponen el firme apoyo de Rand al capitalismo radical. Fundamenta el capitalismo en la naturaleza, la evolución y los derechos de la humanidad. Sostiene que la guerra no proviene del capitalismo, sino del estatismo. Lamenta la persecución a las grandes empresas. Discute los mercados en el campo de la radiodifusión. Examina las patentes y las formas de propiedad de derechos de autor. Y argumenta que los partidarios 'conservadores' del capitalismo están suicidamente lejos de comprender, apoyar y defender sus ideales.

Acerca del IEA

El Instituto es una organización benéfica de investigación y educación (Nº CC 235 351). Su misión es mejorar la comprensión de las instituciones fundamentales de una sociedad libre, analizando y exponiendo el papel de los mercados en la solución de problemas económicos y sociales.

El Instituto cumple con su misión mediante:

- Un programa editorial de alta calidad.
- Conferencias, seminarios, charlas y otros eventos.
- Apoyo a estudiantes de colegios y universidades.
- Intervenciones y apariciones en medio de comunicación.

El Instituto fue fundado en 1955 por el fallecido, Sir Antony Fisher. El instituto es una organización benéfica de carácter educativo, no es una organización política. Es independiente de cualquier partido o grupo político y no lleva a cabo actividades destinadas a apoyar a ningún partido político o candidato a alguna elección o referéndum. Se financia con la venta de publicaciones, entradas a congresos y donaciones voluntarias. Además de su serie principal de publicaciones, el Instituto también publica (junto con la Universidad de Buckingham) Asuntos Económicos. El Instituto es apoyado en su trabajo por un distinguido Consejo Académico Asesor y por un eminente panel de miembros honorarios. Junto con otros académicos, publicaciones del Instituto y sus comentarios se transmiten, de forma anónima, a sus autores. Por lo tanto, todos los artículos del Instituto están sujetos al mismo riguroso proceso de evaluación independiente que utilizan las principales revistas académicas. Las publicaciones de Instituto son utilizadas, de forma generalizada, en cursos de colegios y universidades. También se venden en todo el mundo y, a menudo, se traducen o se reimprimen.

Desde de 1974, el Instituto ha ayudado a crear una red mundial de 100 instituciones similares en más de 70 países. Todas son independientes, pero comparten la misión del Instituto.

Las opiniones expresadas en las publicaciones del Instituto son de sus autores, no son las del Instituto, ni de sus administradores, ni de sus miembros del Consejo Académico Asesor, ni de su personal directivo.

El Instituto agradece el apoyo financiero para su programa de publicaciones y otros trabajos por parte del aporte del difunto profesor Ronald Coase.